COMENTARIOS

Las comisiones de la Cámara o la musicalidad de los diputados.

¡Oh, Leguizamón,
Solanet, Becú!
¡Oh, Pagés, Mingrand,
Beltrán, Marcó, Puch!

Otra combinación igualmente melodiosa:

Becú, Pagés,
Beltrán, Marcó,
Mingrand, Robín,
Leguizamón.

Otra mucho más melodiosa todavía:

Pagés, Marcó, Beltrán,
Davel, Mingrand, Becú,
Robín, Leguizamón,
Garat, Cornet y Puch.

¿Qué vale la armonía de las esferas comparada con la que Pitágoras oiría en la Cámara?

* * *

Un viejo tenor, *Marina*
cantó temblando de miedo.
— Pero ¡cómo desafina! —
dijo Alvarez de Toledo.
Y se calló de repente,
porque, sin duda, pensó:
— En Marina es, justamente,
donde desafino yo.

* * *

Se trata, afablemente o con desdén,
de Gallo; lo que es cosa natural.
En la Cámara un Gallo está muy bien
y en el Colón un gallo está muy mal.

* * *

Piadosa reflexión del doctor Albarracín.

— Los combates de submarinos son inhumanos. ¿Se imaginan lo aterrorizados que han de estar los pobres peces?

* * *

Ya la misión británica llegó
y, como agasajarla le interesa,
el canciller tomó,
diplomáticamente, sal *inglesa*.

* * *

En un «menú» vegetariano, leemos: *Tortillas sin huevos*.

A quien ha discurrido semejante novedad, se le ha de ocurrir muy pronto: Lechuga al asador.

* * *

— ¡Ojo! Muchachas discretas:
nunca os caséis con poetas
porque tendréis ¡pobrecillas!
por desayuno, cuartetas
y, para cenar, quintillas.
Esto un pedazo de atún
afirma y añade aún:
— Y cambiaréis tal guisote,
los domingos, por algún
soneto con estrambote.

El ministro Gómez... ¿Qué hace Gómez? ¿Por dónde anda Gómez? ¿A qué se dedica Gómez? ¿Quién ha visto a Gómez? ¿Está aquí Gómez? ¿Se ha marchado Gómez? ¿Piensa volver Gómez? ¿Ha regresado Gómez? ¿Hay realmente un ministro que se llama Gómez?

* * *

Es digno de admirar el sorprendente
sobretodo con pliegues de Fulano.
Se lo hizo su mamá, seguramente,
con la funda del piano;
y volverá a ser funda nuevamente
cuando llegue el verano.

* * *

— Don Pelagio — opina don Victorino de la Plaza — ha tenido que quitarse la banda para cedérsela al Presidente. Va creciendo, pues, el número de los «desbandados».

* * *

De color rojo subido,
ha adquirido tal matiz
que eso, más que una nariz,
es un cangrejo cocido.
Deja que el tono violáceo
tome y, así, ganarás,
pues hoy, por donde tú vas,
se siente olor a crustáceo.

* * *

Ha renunciado el Vicepresidente del Consejo Nacional de Educación, por creer que la política está de más allí.

Mal hecho.

¿Acaso no nos estamos quejando siempre de nuestra falta de educación política?

* * *

— ¿Ha visto a la nueva tonadillera?

— Sí; no me gusta. Canta como un sochantre de capilla.

— No importa. En cambio, se pone el mantón de Manila como un canónigo.

* * *

— Yo creo que Ramona jamás podrá casarse,
aun cuando no es ni fea ni zonza ni coqueta.
— Entonces, ¿por qué causa soltera ha de quedarse?
— Porque es más antipática que una motocicleta.

* * *

Un niño, que ve dirigir la banda al maestro Malvagni, pregunta:

— Papá, ¿eso es lo que llaman gimnasia sueca?

* * *

En la isla de Luzón un igorrote
se limpia la nariz con un cascote.
Y en Egipto, un grosero mameluco,
se limpia la nariz con un bejuco.
Esto demuestra que es ¡gracias al cielo!
innecesario el uso del pañuelo.

* * *

A todos sus amigos les saca en igual fecha,
el joven Caradúrez, la misma cantidad.
¿Quién puede criticarle? No hay duda que les pecha
con ecuanimidad.

Correo sin estampilla

C. N. D. — Buenos Aires. — La sinalefa no es, según parece que supone usted, una cosa que se toma con el chocolate, como los churros.

J. M. C. — Buenos Aires. — Pinta a Dios colérico; pero le pinta de un modo que, más que Dios, parece un pedagogo enfurecido.

Preguntón. — Buenos Aires. — «¿Por qué las solteronas son partidarias de los alemanes?» Lo ignoramos. En cuanto veamos a una solterona, se lo preguntaremos.

B. P. — Buenos Aires. — Es imposible contar el número de disparates que se le han ocurrido a usted. Y no es cosa de que compremos una máquina de calcular, exclusivamente con ese objeto.

D. L. F. — Buenos Aires. — Suponiendo que los ripios sean a los versos lo que el aroma a las flores, la poesía de usted es un ramo enorme de magnolias y nardos.

O. A. I. — Buenos Aires. — Debe usted hacer arreglar el «laúd mágico» de que se sirve para sus ex abruptos poéticos.

C. P. — Buenos Aires. —
Si quiere usted pasar por hombre honrado,
aquí y en cualquier parte,
conviene, ¡oh, corderillo descarriado!,
que no copie las fábulas de Iriarte.

J. L. — Buenos Aires. —
«Amada mía, oídme,
¿por qué es tu corazón inospitalario?
¿por qué ese desdén rutinario?
Amada mía, oídme.»

No le oiga usted, señorita o señora. Un joven desafinado como ese no merece ninguna atención.

F. U. N. — Buenos Aires. — ¿A quién se parece usted? Es difícil saberlo. Se halla usted entre Gustavo Flaubert y Carolina Invernizio.

C. R. — Buenos Aires. — En esta sección no se suele contestar a las personas con vestigios de sentido común.

E. — Buenos Aires. — ¡Cachafaz! Esa historieta, que qüiere hacer pasar por original, se la ha contado de seguro su señora abuelita.

Salteñita. — Salta. — «Era una «hermoza» tarde de «berano»...». Ponemos este original a la disposición de nuestros lectores, para que no nos crean capaces de inventar tan absurda ortografía.

E. P. M. — Jujuy. —
Es una tontería
«asaz» inconveniente
en que ha incurrido usted tranquilamente
con premeditación y alevosía.

Dalmiro. — San Luis. — Macanea usted con suma discreción.

Notas sociales en provincias

CORDOBA. — Enlace de la señorita Ana Loza Paz, con el doctor Isaías R. Bas.

PARANA. — Enlace Viñas Núñez-Perincioli. Los contrayentes, momentos después de haberse celebrado la ceremonia nupcial.


Lysoform
Es hoy reconocido por todos como el mejor y más poderoso desinfectante para todos los usos. **No es tóxico ni irritante.**
PARA: la desinfección de las habitaciones de los enfermos, no existe nada mejor; es poderoso e inoloro.
PARA: la desinfección de las heridas, raspaduras y toda clase de lastimaduras, producidas durante la tarea diaria del hogar, es superior, pues evita las infecciones que en la mayoría de las veces suelen ser de fatales consecuencias.
PARA: la toilette íntima de la mujeres verdaderamente ideal, y prueba de ello es la gran aceptación.
PARA: la limpieza diaria de una casa es indispensable, pues con su uso se evitan los contagios.
Se halla en venta en la farmacia más próxima donde usted se encuentre.
REPRESENTANTES:
En Montevideo: MACEDONIO FERRARI - Juan Carlos Gómez, 1513
En Asunción (Paraguay):
GUILLERMO PERONI - Calle Benjamin Constant esq. Ayolas
JABON de toilette **LYSOFORM,** insubstituíble para el tocador y baño, deliciosamente perfumado y al mismo tiempo desinfectante.
Precio de réclame, $ **0.45**
VENTA EN TODAS PARTES
LYSOFORM
Antiséptico Desinfectante
Lysoform
LYSOFORM
Buenos Aires

CONSULTORIO DE CARAS Y CARETAS

Todas las preguntas que se nos hagan respecto a Artes, Ciencias, Historia, Geografía, Curiosidades, etc., serán contestadas en esta sección. — Las preguntas deben ser formuladas en forma breve y clara; las publicaremos con la firma y domicilio del remitente. — Confiamos en la buena voluntad de nuestros lectores para que cuando sepan algo de lo que se pregunta, envíen la respuesta, que publicaremos con la firma del remitente.

N.º 1316. — **¿Cuál es el origen de la frase: «Hay de todo, como en botica»?**

FARMACÉUTICO.—Salta.

El erudito sacerdote don José María Sbarbi publicó hace algunos años su «Florilegio o Ramillete alfabético de refranes y modismos comparativos y ponderativos de la lengua castellana», que sería bueno consultaran todos los curiosos aficionados.

En este librito dice el autor que antiguamente se llamaba en castellano «botica» todo almacén o tienda en general, como sucede entre los franceses con su voz «boutique»; y que en este sentido, y no en el de «farmacia», es opinión suya que está tomada la palabra, cuando, con la indicada frase, se trata de expresar que nada falta de lo necesario o de lo que se presume debe existir en un paraje dado.

—o—

N.º 1317. — **¿De qué proviene el dicho «Meterse en camisas de once varas»?**

JUAN MANUEL GARAY.—Capital.

Débese el origen de dicha frase, a la ceremonia que se acostumbraba a hacer antiguamente para adoptar a uno por hijo suyo.

Esta ceremonia era o consistía, en que el que se hacía desde aquel momento padre, metiese al adoptado por hijo, por una manga muy ancha de una camisa y le sacase por el cabezón o cuello de la misma, hecho lo cual le daba un fuerte beso en la frente y con esto ya estaba hecho hijo suyo.

Sucedía a veces que salían mal muchas adoptaciones y por esto se aconsejaba el no meterse «en camisas de once varas», es decir, no adoptar a quien luego sería un ingrato.

—o—

N.º 1318. — **¿Qué cuadrúpedos efectúan emigraciones anuales?**

ESTUDIOSO. — Capital.

Los renos llevan anualmente a cabo emigraciones hacia las llanuras del Norte por mayo, y por septiembre regresan a las regiones de las selvas. Se trasladan al Norte con el fin de evitar las plagas de insectos que trae el calor. Se congregan por millares y se van en rebaños de 200 ó 300 caminando en masas compactas, y recorriendo a veces distancias de sesenta a ochenta kilómetros en un día. En Siberia siguen igual camino todos los años, y no hay obstáculo ni peligro que los haga retroceder.

El buey almizclero deja también las nieves árticas todos los años para buscar climas más meridionales. La rata del Kamtschatka emprende viajes en grandes rebaños todas las primaveras, viajando a veces dos mil kilómetros y atravesando a nado los ríos y los lagos que encuentra en su camino.

El asno salvaje de Tartaria vive durante el verano en el Norte y Este del lago Aral, y en el otoño emigra a Persia y a las altas llanuras del Noroeste de la India.

Entre los que hacen emigraciones irregulares se puede mencionar el espringbock o gacela de bolsa que emprende peregrinaciones de un lugar a otro en las vastas llanuras del Africa meridional.

Estas emigraciones se llevan a cabo generalmente cuando los pozos y manantiales de los desiertos del Sur del río Orange se secan, lo cual ocurre tres o cuatro veces al año. Entonces el espringbock emigra por miriadas de la región seca y va a buscar su vida en las regiones cultivadas del Cabo. El conejo de Noruega atraviesa Finlandia y las tierras árticas en vastos rebaños una o dos veces cada siglo, siempre acompañado de gran número de lobos árticos.

—o—

N.º 1319. — **¿En qué parte de la tierra existe el árbol más viejo del mundo?**

GEÓGRAFO. — Catamarca.

Anuradhapura, la antigua capital de los reyes de Ceilán, posee un árbol que es probablemente el más viejo del mundo. Es un ficus religioso, procedente de una rama cogida del árbol a cuya sombra descansó Gautama el día en que se convirtió en Buda, y consiguió la perfección suprema.

Se le conoce con el nombre de bo-gaha, o bo-sagrado.

Fué plantado en el año 288 (A. J.), y el rey que lo plantó profetizó su larga vida diciendo: «Florecerás y reverdecerás hasta el fin de los tiempos.»

El bo-sagrado ha sido objeto de honores por todas las dinastías, y respetado por todas las invasiones.

Desde hace veintidós siglos, millones de peregrinos han acudido de todas partes de la India a postrarse al pie suyo; bajo su sombra se han desarrollado las escenas más conmovedoras que ha inventado la imaginación de los sacerdotes y de los reyes, y aun hoy día sus hojas son recogidas religiosamente por los peregrinos, los cuales se las llevan para venerarlas como sagradas reliquias.

Seguramente que no se encuentra en la superficie de la tierra otro árbol que haya recibido los homenajes de tantas generaciones, que haya sido testigo de tantos acontecimientos y cuya historia se halle detallada tan minuciosamente como la de éste en una larga serie de crónicas auténticas.

Se ha supuesto que tenía millones de años el dragonero de Orotava, el castaño del Etna, el árbol de la Virgen de Egipto, los cedros del Líbano, las Wellingtonia de California, los eucaliptus de Tasmania y los caobos del Senegal; pero estos cómputos están fundados en simples conjeturas, mientras que la edad del bo está comprobada por textos de la mayor autenticidad.

Este árbol maravilloso está rodeado por un templo. Para conservar el tronco ha sido preciso construir gruesos muros de mampostería para que se apoye en ellos, y que forman una especie de pirámide cuya altura va creciendo de siglo en siglo. Al pie del árbol hay altares en los cuales depositan los peregrinos sus ofrendas. Los sacerdotes del templo son los encargados de cuidar del árbol. Las hojas tienen el tamaño de la palma de la mano y la forma de un corazón.

—o—

N.º 1320. — **¿Cuál es el origen de la frase «Aquí está el busilis»?**

MIGUEL DRUIJ.—Capital.

El origen de la frase objeto de la pregunta, se atribuye a un examinando que, encontrándose apurado para traducir el libro del Exodo que empieza con las palabras «In diebus illis», salió del paso diciendo que «In die» ya sabía que significaba las Indias; pero la dificultad de traducir estaba en el «bus illis»; desde entonces, se indica con estas palabras todo lo que ofrece duda o es difícil de investigar.

—o—

N.º 1321. — **¿El ferrocarril más septentrional del mundo es el transiberiano?**

A. SALIS — Capital.

El ferrocarril más septentrional que circulaba era el transiberiano; pero hay otro más inmediato al Polo Norte: el de la Laponia, país del N. de Europa, que está ya en la región ártica, puesto que, como es sabido, se extiende desde el círculo polar hasta las costas extremas septentrionales de Noruega.

Este ferrocarril, es hoy el más septentrional del mundo, parte de la villa sueca Lulea, en el Báltico, y termina en las costas de Noruega, cerca de las islas Lofoden, habiendo sido construído por los gobiernos de Suecia y Noruega, principalmente para el transporte de mineral de hierro, tan abundante en aquellas regiones, que han sido considerados sus yacimientos como los más importantes de Europa.

El «traslapón», que así se llama este ferrocarril, será enlazado dentro de algunos años con el transiberiano, facilitando con ello mucho el comercio del Norte de Europa y Asia.

N.º 1322. — **¿Es perjudicial la costumbre de morderse las uñas?**

JUAN MARTÍN — Jujuy.

M. Berillon, famoso médico de los manicomios de París, ha demostrado que el morderse las uñas es no sólo un hábito malo y sucio, sino que, además, puede causar graves trastornos a los que tienen semejante vicio, porque los pedacitos de uña ingeridos, por muy diminutos que sean, no los puede disolver el jugo gástrico y permanecen largo tiempo en el estómago. A este hecho, que por sí solo es muy perjudicial, hay que añadir que las uñas sirven de vehículo a una porción de gérmenes patógenos.

Por otra parte, ha comprobado el doctor que los que se dan a esta costumbre, que deforma los dedos, pierden paulatinamente el sentido del tacto y la destreza en el movimiento de los dedos, no pudiendo dedicarse, por lo tanto, a trabajos que requieran ligereza y precisión en el movimiento de los dedos. Y por si eran pocas las malas consecuencias que la costumbre puede acarrear, M. Berillon dice que el vicio es hereditario.

Como remedio, teniendo en cuenta que casi todos los enfermos de este género son nerviosos o no gozan de cabal raciocinio, indica el hipnotismo, con el cual casi siempre ha obtenido felices resultados.

—o—

N.º 1323. — **¿Por qué se dilata el agua al helarse y al hervir?**

CHACARERO — Chivilcoy.

Es un hecho curioso el de que el punto de mayor densidad del agua no es el punto del hielo, como ocurre con todos los demás líquidos, sino que está entre los dos puntos extremos de su existencia como líquido, es decir, a los 4º centígrados. Desde este punto el agua se dilata, baje o suba su temperatura. En el punto de ebullición, la conversión del líquido en vapor va acompañada naturalmente, de una enorme expansión, creciendo su volumen 1.700 veces. Pero aún es más notable el fenómeno de la expansión, al helarse, debido a la formación cristalina peculiar del hielo. El proceso de expansión es uniforme de 4º centígrados a 0º, en cuyo punto la temperatura permanece estacionaria mientras pierde el calor latente; pero la expansión continúa cuando el hielo se hace visible, hasta que se pone más voluminoso que el agua, de la cual se ha formado.

—o—

N.º 1324. — **¿Cuáles son, a su juicio, los testamentos que contienen cláusulas más originales?**

ESTUDIANTE — La Plata.

En el siglo XVIII se hicieron en Francia dos testamentos muy curiosos.

Uno de ellos fué el de un abogado, que dejó cien mil francos a una casa de locos, diciendo: «Este dinero lo he ganado merced a las personas que se pasan la vida pleiteando. Al legárselo a los locos no hago más que una restitución».

El otro testamento curioso fué el de cierto M. Colombier, que legó 1.200 francos a una señora de Ruan por haberle dado calabazas veinte años antes, «lo cual me ha permitido — decía el testador — vivir feliz e independiente en mi estado de soltería».

—o—

N.º 1325. — **¿Existe alguna raza de perros rabones?**

AFICIONADO — San Martín

El «schipperke», perro de raza pequeña que viene de los Países Bajos, es rabón. En su país es el perro favorito de los boteros flamencos, y de aquí el nombre que se le da y que significa el patroncito. El año 1876 se exhibieron en Inglaterra dos perros rabones indios. También hay una raza pequeña de perros de pastor que son rabones, cosa que se explica porque durante el siglo pasado en Inglaterra los perros de ganado rabones estaban libres de pagar contribución, y por esta causa los pastores ingleses no querían perros con rabo. Al nacer se lo cortaban y, según Darwin, esta mutilición suele hacerse muchas veces hereditaria.

De Córdoba



El doctor Borda, gobernador de la provincia, con el ministro de gobierno, diputado nacional A. Amasa, el señor Atilio Palma y señora y otras personalidades.



PORTEÑA. — El gobernador de la provincia, doctor Héctor Borda, en el acto de colocar la piedra fundamental del nuevo edificio del colegio de la localidad.



Parte de la concurrencia que asistió a la recepción dada en la casa de gobierno, con motivo de la toma de posesión del cargo de ministro de obras públicas por el ingeniero Carlos Argarañaz.



ALEJANDRO (F. C. C. A.) — Pic-nic celebrado en las pintorescas riberas del Río IV, por conocidas familias de la localidad.

Del Paraguay

Fiestas conmemorativas de la Independencia



Llegada de la embajada argentina a la estación del Ferrocarril Central. — El vicealmirante Domecq García, el señor Urquiza, con el ministro argentino, doctor Cantilo, y el Subsecretario de Relaciones Exteriores, señor Carlos Sosa, que acudieron a recibirlos.



El embajador y miembros de la embajada, llegando a la Casa de Gobierno. El pueblo los hizo objeto de evidentes muestras de simpatía, aplaudiéndolos con entusiasmo en todo el trayecto recorrido

Distinguidas damas y caballeros, que asistieron al gran banquete ofrecido en el palacio de gobierno, por el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Eusebio Ayala, a los embajadores y diplomáticos.

Ministro de Norte América, señor Mooney; vicealmirante Domecq García; el vicepresidente, doctor Montero; Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Ayala; embajador brasileño, doctor Feitoso; ministro del Uruguay, señor Silva y Antuña, y diplomáticos.

El embajador argentino, departiendo con un grupo de señoras, en el baile realizado en su honor, en el «Unión Club».

El Presidente de la República, contestando a discurso del embajador argentino, en el banquete celebrado en la embajada.

Levadura de Frutas GIBSON

El jugo de las frutas vitalizado por sus levaduras.



EL MAS EXQUISITO DE LOS REMEDIOS.

Cura granos, eczemas, manchas de la piel, etc. Mejora la nutrición. Mantiene el vientre libre. Da apetito a los niños.

CUIDARSE DE LAS IMITACIONES

PEDIR FOLLETOS

Farmacia y Droguería DIEGO GIBSON

168, DEFENSA, 192 - Sucursal: FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)



La señora viuda de Arturo Prat, rodeada de sus nietos, recibiendo el saludo de los boy-scouts, el día 21 de mayo, aniversario del combate de Iquique.

Enlace de la señorita Laura Bunster Carmona, con el señor Luis Edwards Irarrazabal.

Enlace de la señorita María Sánchez Errázuriz, con el señor Samuel Guzmán Aranguiz.

Enlace de la señorita Filomena Salas González, con el señor Fernando Orrego.

Aventuras extraordinarias

Hace diez y ocho o diez y nueve años, estaban construyendo un nuevo rompeolas en Ramsgate y los contratistas pidieron a la casa a que yo pertenecía, una bomba y un mecánico, y fuí yo. No lejos del mar habían hecho un pozo de unos dos metros y medio de diámetro por veintisiete de profundidad, desde cuyo fondo partían dos galerías que ascendían ligeramente. Estas galerías, que se extendían bajo la playa, se habían llenado de agua del mar, impidiendo trabajar en ellas, por lo cual teníamos que sacar el agua con la bomba y conservarla funcionando para que no se inundasen de nuevo, sobre todo en la pleamar.

Bajada la bomba con el cable, enchufé el tubo de vapor y la puse en marcha. La operación se realizó perfectamente durante una hora. A medida que descendía el nivel del agua, bajábamos la bomba y la obra progresaba; pero cuando estábamos bajando el aparato por tercera vez, cayó al pozo un tablón que había en la boca de éste; inmediatamente la bomba comenzó a rendir menor cantidad de agua, indudablemente porque el golpe del tablón le causara alguna avería, cuya reparación me obligaba a descender. En las paredes del pozo habían puesto unas escalerillas para que bajasen y subiesen los obreros, y por ellas descendí.



Cuando llegué a la bomba me encontré con que había bajado tanto el nivel del agua, que ya quedaban al descubierto tres cuartas partes de la altura de las galerías. El tablón, en su caída, chocando violentamente con el tubo del vapor en su punto de unión con la bomba, aflojara uno de los sujetadores del tubo y se salía el vapor. En el fondo del pozo estaba casi a obscuras y mi lámpara daba poca luz, pero se distinguían las entradas de los túneles.

En aquellos momentos, la bomba estaba sacando agua de una poza abierta en el fondo del pozo, de unos tres metros de profundidad, y para ver el daño causado por la caída del tablón, me había separado de la escalera y acercado al borde de la poza, donde el agua no me llegaba más que a las rodillas.

Al volverme para tomar la escalera sonó una gran detonación seguida de un terrible redoble. Se me apagó la lámpara y el pozo se llenó de vapor inmediatamente. Sin darme cuenta exacta de lo acaecido, corrí como un loco hacia donde suponía que se hallaba la escalera, pero me desorienté. Sabía que si titubeaba un segundo moriría escaldado por el vapor recalentado, y corrí por la galería tropezando en las desigualdades del suelo, y dándome golpes en la cabeza con el techo, pues la bóveda tenía menos de dos metros de alto. Además, me hallaba completamente a obscuras. El ruido infernal continuaba en el pozo. Todo el que haya oido el ruido del vapor al escaparse por la válvula de seguridad de una locomotora, multiplíquelo por ciento y tendrá una ligera idea del que producía el que salía por el tubo, desprendido sin duda de la bomba. El espantoso ruido paralizaba mi cerebro, y sólo podía taparme los oídos con las manos.

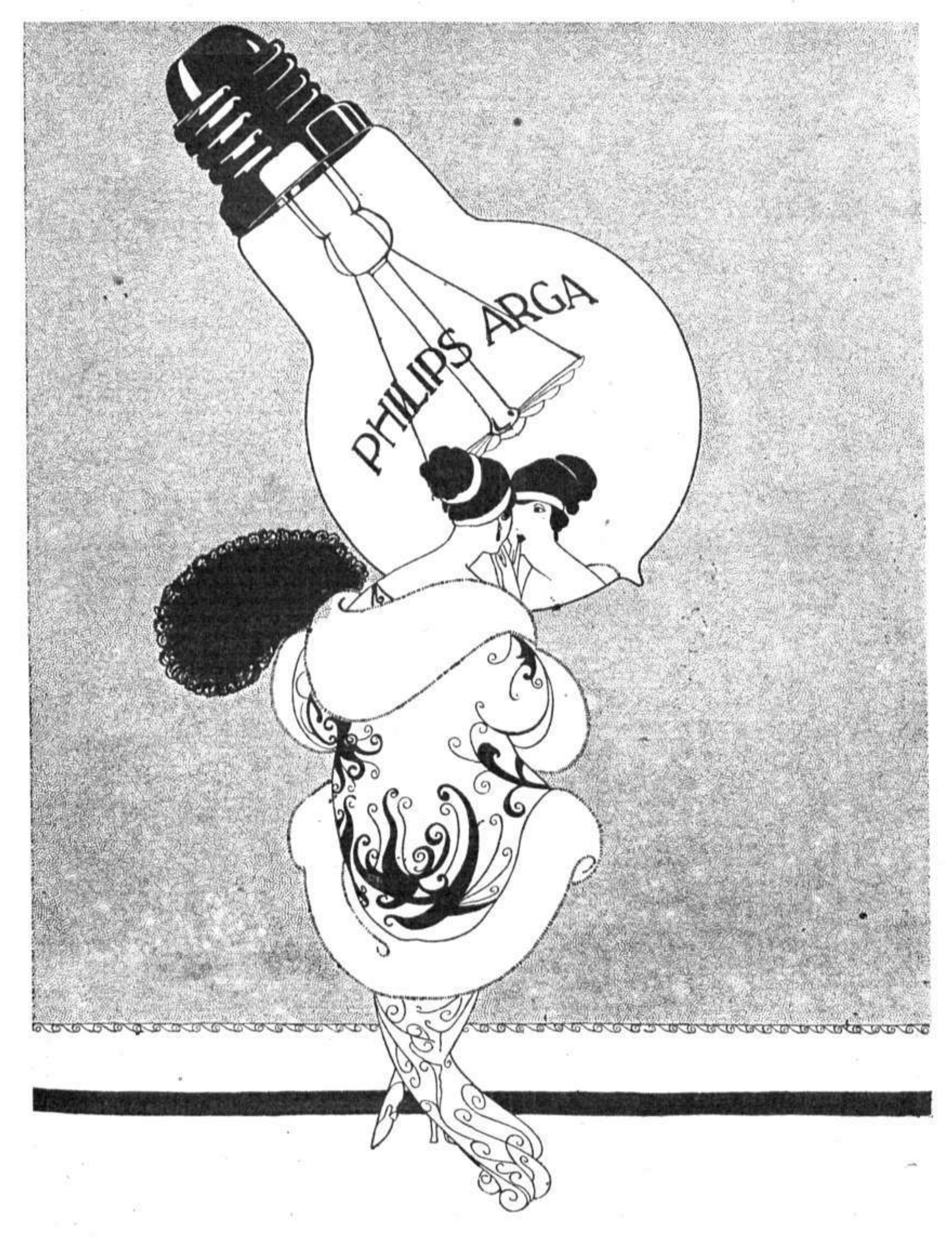
El aire de la galería comenzó a caldearse, y las ráfagas de vapor abrasador que llegaba hasta mí me obligaron a internarme más y más en mi posición hasta que llegué a un extremo, y allí me acurruqué, a treinta metros bajo el mar, y a setenta de la boca del pozo, de la cual me conservaba separado el vapor sofocante.

Ignoro cuánto tiempo permanecí agazapado en el túnel; sólo sé que de repente cesó el ruido. Ya había tenido que ponerme de rodillas y aún así me llegaba el agua más arriba de la cintura.

Medio loco por el miedo de que volvieran a dar salida al vapor, eché a andar por la galería. Dos veces me caí al agua, pero logré ponerme de pie. Próximo ya a la entrada de la galería, el agua me alcanzaba al cuello y temía que la salida se hallase obstruida por completo, en cuyo caso podía considerarme enterrado vivo bajo el mar. Ya me llegaba el agua a los labios, pero la entrada no distaba más de un metro y la gané. Mis ojos, acostumbrados a la profunda obscuridad, pudieron descubrir a la débil luz del fondo del pozo el punto donde se hallaba la escalera; pero cuando llegué a ella con mucho trabajo, vi que me era imposible alcanzarla, porque el tablón, al caer, había roto y arrancado la parte inferior.

Yo estaba casi exhausto. En cualquier momento podían volver a dar salida al vapor y nada me salvaría. Me dirigí, vadeando, hacia la bomba. Un sólo paso, uno falso, me podía precipitar en la poza y ahogarme; mas, por fortuna, llegué sin novedad y reuniendo todas mis fuerzas me encaramé en ella y pude asirme a la cadena, por la cual trepé hasta la boca del pozo donde me recogieron mis compañeros, que no sospecharan el peligro que había corrido.

Cuando recobré el conocimiento, me explicaron que no cortaran antes la salida del vapor porque la caldera estaba algo distanciada de la boca del pozo, y desde allí no parecía sospechoso el ruido del vapor que se escapaba. Además, por efecto de la profundidad, el vapor se condensaba antes de llegar a la superficie, y, por lo tanto, no se advertía nada anormal. Sólo un momento dudaron y cortaron la salida del vapor, pero como no oyeron ningún ruído ni yo salía a la superficie, creyeron que no había novedad.



PHILIPS ARGA

luz blanca y brillante

SE VENDEN EN LAS BUENAS CASAS DE ELECTRICIDAD. Fabricantes: PHILIPS Ltd.

Apareció "La Historia de Arga", que es un librito interesante; se remite, gratis y franco de porte, a quien tiene a bien pedirlo a BOSCO, VILA & MARZONI, PARANA, 220 - Buenos Aires.

Las construcciones navales



Un tronco arrastrado por las aguas, sirvió el primero, de flotante medio de transporte.

Las tres cuartas partes del globo terráqueo están cubiertas por el mar; es este el elemento de comunicación más natural, libre, más sencillo de que dispone la humanidad, sirve de vía de unión entre los más apartados pueblos, y sus favores alcanzan a todos, por ello el carácter de libertad distingue al mar: *mare liberum* como afirma y prueba Hugo Grocio, así la *libertad del Océano* debe ser siempre respetada. Ante el Océano inmenso nada valen los poderosos; todos son igualmente pequeños, insignificantes. Sólo los marinos pueden llegar a comprender bien la grandeza del Océano, y ante ella, «por muy enemigos que sean, un fondo de solidaridad aparece siempre en su corazón, y los combatientes, los matadores, se unen o transforman de *asesinos* en salvadores, instantáneamente, cuando el mar inmenso, sacudido por la tempestad, les demuestra cuán infantiles y pequeñas son sus cóleras.»

La vida del mar es muy rica en lecciones de psicología. Desde las más remotas edades, los pueblos han reconocido al mar su utilidad, aprovechándose directamente de él los que habitaban las costas, y codiciando su posesión aquellos que se hallaban alejados de la parte líquida del planeta.

Los primeros habitantes conscientes de la tierra, reconocieron desde luego al mar y a las vías fluviales su gran importancia y utilidad, y al ver pasar flotando sobre las aguas, árboles, leños y camalotes, arrastrados desde el interior al mar libre y luego por las corrientes llevados a extremos lejanos, surgió en su mentalidad primitiva la idea rudimentaria de la navegación; aprovecharon primero los grandes troncos, formando con ellos balsas o jangadas, construyeron luego las piraguas, de tronco ahuecado por medio del fuego, forma la más embrionaria que perfeccionándose en la sucesión de los tiempos, dió origen a las canoas de corteza, de los indios, y las naves de cuero de los intrépidos escandinavos, las galeras, galeones, grandes navíos de vela, hasta los *modernos mastodontes* de acero, los ultra novísimos submarinos y los macizos *charge boats* de cemento armado; pasando sucesivamente para el impulso de estos cuerpos flotantes tan varios en formas y tamaños, de los bicheros a los remos, de las velas de piel y madera a las de lona y de éstas a las máquinas de vapor y a los motores de combustión interna o eléctricos.

Un resumen ordenado del desarrollo de la construcción naval, por ser ésta una de las manifestaciones del ingenio humano de mayor transcendencia, creemos ha de ser de interés general; así comenzando por exponer los tipos de embarcaciones desde las épocas más remotas en breves consideraciones, seguiremos la evolución del arte naval.



Canoa (voz caribe), embarcación hecha de una pieza, con un tronco de árbol apenas desbastado, chata, sin quilla ni proa o popa. Hoy se da este nombre a un bote muy ligero, de regatas, recreo, etc.

Polvo Grasoso de **Brissac.**

PARIS

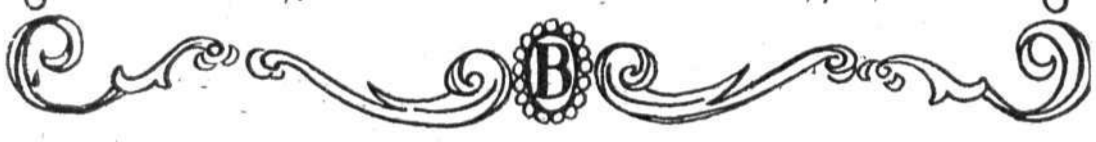
La predilección que nuestras damas elegantes dispensan a nuestro polvo grasoso de Brissac, es debido a sus cualidades de adherencia e invisibilidad, que lo hacen insustituíble, y a su riquísimo perfume.

$ 1.40 LA CAJA

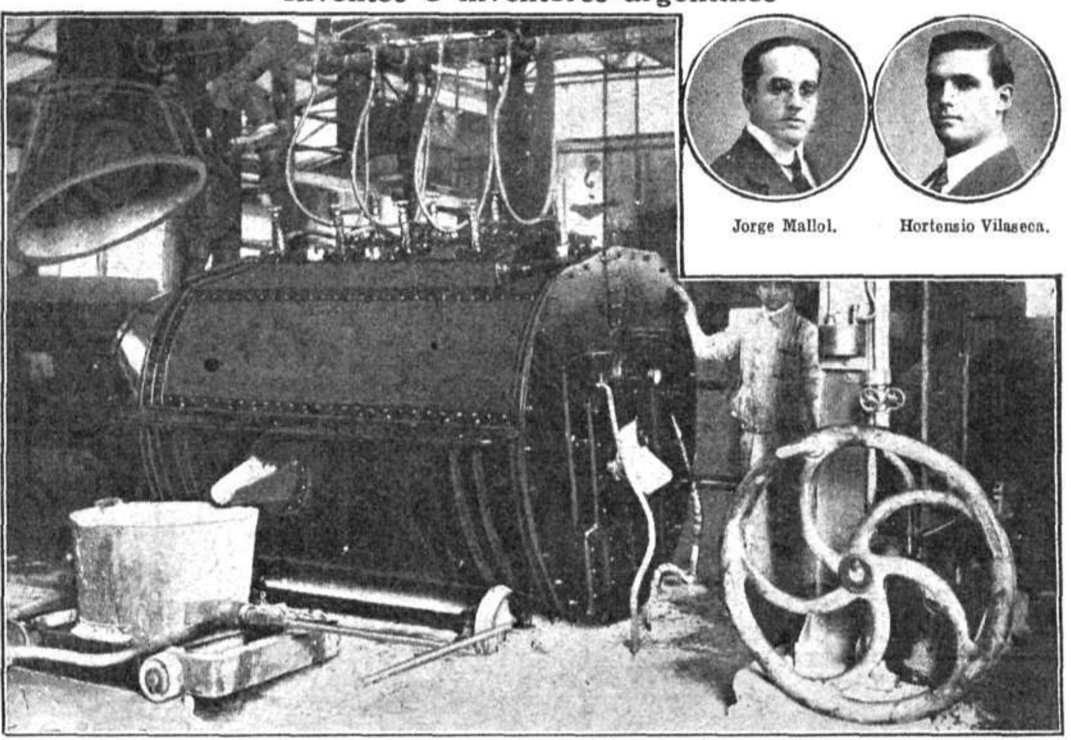
Pídase en todas las grandes Tiendas, Perfumerías y Farmacias.

Unicos Concesionarios: L. AUBERT y Cía.

CHILE, 1958/72 - Buenos Aires U. T., 7260, Libertad



Inventos e inventores argentinos



Jorge Mallol. Hortensio Vilaseca.

En presencia del presidente de las Obras de Salubridad y miembros del Directorio, inauguróse en el establecimiento de la Recoleta un nuevo horno a petróleo para la fundición de hierro, ideado por los ingenieros Jorge Mallol y Hortensio Vilaseca, jefe y segundo jefe de los talleres de aquella repartición. Este aparato, al eliminar el carbón como combustible, representa una economía del 80 por ciento, con la ventaja de exigir menor número de obreros para su funcionamiento. Los miembros del Directorio y autoridades técnicas de las obras sanitarias han adoptado el nuevo horno, autorizando la construcción de uno de mayor capacidad.

Dos momentos interesantes, durante el partido jugado entre la tripulación del acorazado «Minas Geraes» y el team de la «Prefectura Marítima», que resultó un empate de un goal por cada bando.

Equipo de la «Prefectura Marítima».

Team del «Minas Geraes».



Un sueño tranquilo

es tal vez el factor de mayor influencia para el estado general de la salud. Es el reconfortante natural, el tónico que repone el desgaste diario de las fuerzas físicas y mentales.

El debilitamiento del sistema nervioso y la mala digestión, son causas habituales del insomnio. Aplaque los nervios, estimule la digestión y un sueño profundo, reparador, seguirá.
Tome Vd., antes de acostarse, una o dos copas de la



EL EXTRACTO PREFERIBLE A TODOS

Vd. quedará encantado de su efecto verdaderamente sorprendente. La Malta Palermo es un puro extracto compuesto por los elementos altamente tónicos del lúpulo y las substancias nutritivas de la cebada. Suaviza los nervios y favorece notablemente la digestión. Desde hace muchos años los médicos, desinteresadamente, recetan este gran tónico como el tratamiento más indicado para estos males. Nunca puede hacer daño, bien al contrario, siempre es altamente beneficioso para el organismo. Si Vd. padece de insomnio, tome la MALTA PALERMO.



DE VENTA EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO, S. A. - BUENOS AIRES

En Montevideo: JUAN MUSANTE, 25 de Mayo, 701



El salón teatro «Mariano Moreno», durante el grandioso festival artístico, teatral y gran baile familiar de gala, que celebró la sociedad recreativa «Los Alegres con la Victoria».

Gran fiesta teatral y baile familiar, que el «Centro Berciano» dió en ocasión de las fiestas mayas y a beneficio de su caja social, en el espacioso y elegante salón del «Centro de Almaceneros».


CAT
La gente chic fuma cigarrillos
Reina Victoria
5

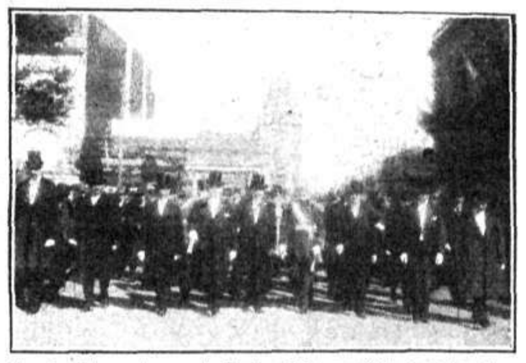
De Tucumán



El interventor y sus secretarios, rector y alto personal del Consejo Educacionista, en el acto de la colación de grados de la Universidad, celebrado en la Casa de Gobierno.



Reunión de médicos en el ministerio de gobierno interior, bajo la presidencia del doctor Gregorio Araoz Alfaro, presidente del Consejo Nacional de Higiene, para tratar de la próxima campaña antipalúdica.



El señor interventor y autoridades civiles y militares, a la cabeza del desfile verificado después del Tedéum con que se solemnizó la fiesta patria.



Reparto de carne y pan al pueblo, con motivo del 25 de Mayo, acto ordenado por el intendente señor Marcos A. Maciel, y que se llevó a efecto en las ferias de la ciudad.


SARMIENTO
esquina
MAIPU
CARLOS RASETTI
CASA
IMPORTADORA DE ARMAS,
MUNICIONES y CUCHILLERIA
LA CASA MAS ANTIGUA EN EL PAIS
FUNDADA EN 1857
en la calle RIVADAVIA, 526
El 14 de Mayo de 1917, y en ocasión del 60 aniversario de su fundación, esta casa abrió un gran anexo y exposición en SU EDIFICIO PROPIO
Calle SARMIENTO
esquina MAIPU
Buenos Aires
Esta casa está en condiciones de vender todos los artículos a precios sin competencia.
Visiten el nuevo local
CONSULTEN LOS PRECIOS
CASA EN PARIS
3 Rue Lentonnet

Necrología



Señora Cayetana Santacroce de Buoncone — Capital.

Señorita María Margarita Braga.



Pablo C. Vella — Santiago del Estero

El ejemplo de su vida, que fué un verdadero apostolado de bien, quedará como ejemplo en ésta, donde consagró sus ideales en favor de la educación, formando toda una generación, que rindió en su muerte el justo y sentido homenaje a que se había hecho acreedor. Fundador y propagador de muchos centros de cultura, a los que, a pesar de haberse jubilado, seguía prestando su ayuda, generosa y desinteresada, pierden con su deceso, un grande y noble protector.

Su sepelió dió ocasión a una impresionante manifestación de duelo.



Señorita María Luisa Martínez — San Nicolás.



Señora María Celina Coria de Balzarotti — Lobería.



Señor Martín F. Varona — Paraná.

Señor Calimero A. Rossi — Chivilcoy.



Señor Gregorio Sáenz — Quilmes.



Señor Juan Delucchi — Capital.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE "CARAS Y CARETAS"

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre	(3 ejemplares)	$ 3.00 m/n.
Semestre	(6 »)	» 6.00 »
Año	(12 »)	» 11.00 »
Número suelto	....	» 1.00 »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.00
Número suelto	» » 0.50

Para subscripciones o números sueltos, dirigirse a todos los agentes de "Caras y Caretas", ó directamente a la Administración, Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

En las siguientes oficinas de los "Mensajeros de la Capital", se anotan subscripciones y se venden ejemplares. B. Mitre, 479; Esmeralda, 527; Libertad, 1027; Chacabuco, 330; Callao, 224; Rivadavia, 2854; Rivadavia, 1294.

VENTA PERMANENTE DE NÚMEROS SUELTOS EN TODOS LOS KIOSCOS DE LA REPÚBLICA

Administración de PLVS VLTRA

Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires (R. A.)

Adjunto la suma de $ ....

por un .... de subscripción a PLVS VLTRA

Nombre ....

Domicilio ....

Ciudad ....

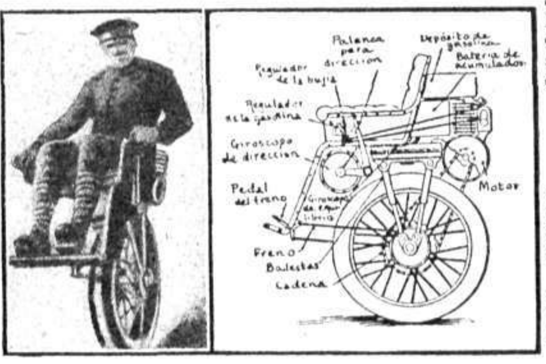
Provincia ....

Curiosidades de todas partes

MOTO DE UNA RUEDA

El giróscopo se venía usando para evitar el balanceo en los buques y asegurar el curso de los torpedos; hoy un inventor lo emplea para asegurar la estabilidad de una motocicleta o auto de una sola rueda.

En este original vehículo el operador va en un



asiento colocado encima y algo adelante del centro de la rueda. A su respaldo va un motor de gasolina de un cilindro, que equilibra el peso.

La rueda es movida por una cadena en conexión con el motor de gasolina.

El giróscopo, o el doble giróscopo, va debajo del asiento sostenido por dos brazos de dos palancas; una a cada lado del conductor y levantando la de un lado o la de otro se hace virar al vehículo a la derecha o a la izquierda.

Ambos giróscopos están montados en una cámara donde se ha hecho el vacío, y son impulsados por una pequeña batería colocada tras el respaldo del asiento. Nuestro diseño indica en detalle la construcción de esta nueva máquina que en principio resuelve algunos problemas y que, seguramente, invitará a muchos a perfeccionar las motocicletas de una rueda.

El inventor se ha olvidado de proveer al vehículo con un aditamento que permita sostenerse en equilibrio cuando no están en movimiento los giróscopos, o cuando la moto esté parada, pero puede ponérsele un soporte como el que usan las motocicletas corrientes.

LA AVIACION MILITAR EN CHINA

Como una de las naciones de múltiple alianza en la presente guerra, creemos de algún interés conocer el estado de la aviación militar en China, si bien poco se puede decir, pues las noticias de aquella lejana región no llegan ni con regularidad ni con abundancia.

China, por lo que sabemos, inauguró el servicio aéreo en el año 1913, encargando a Francia seis biplanos de 80 caballos Candron, y otros seis de 50 de la misma marca.

Al mismo tiempo, el Gobierno chino decidió construir una fuerte flota aérea añadiendo unidades a la nueva, por períodos más o menos regulares, y desde entonces su servicio de aviación militar ha ido aumentando lenta, pero constantemente.

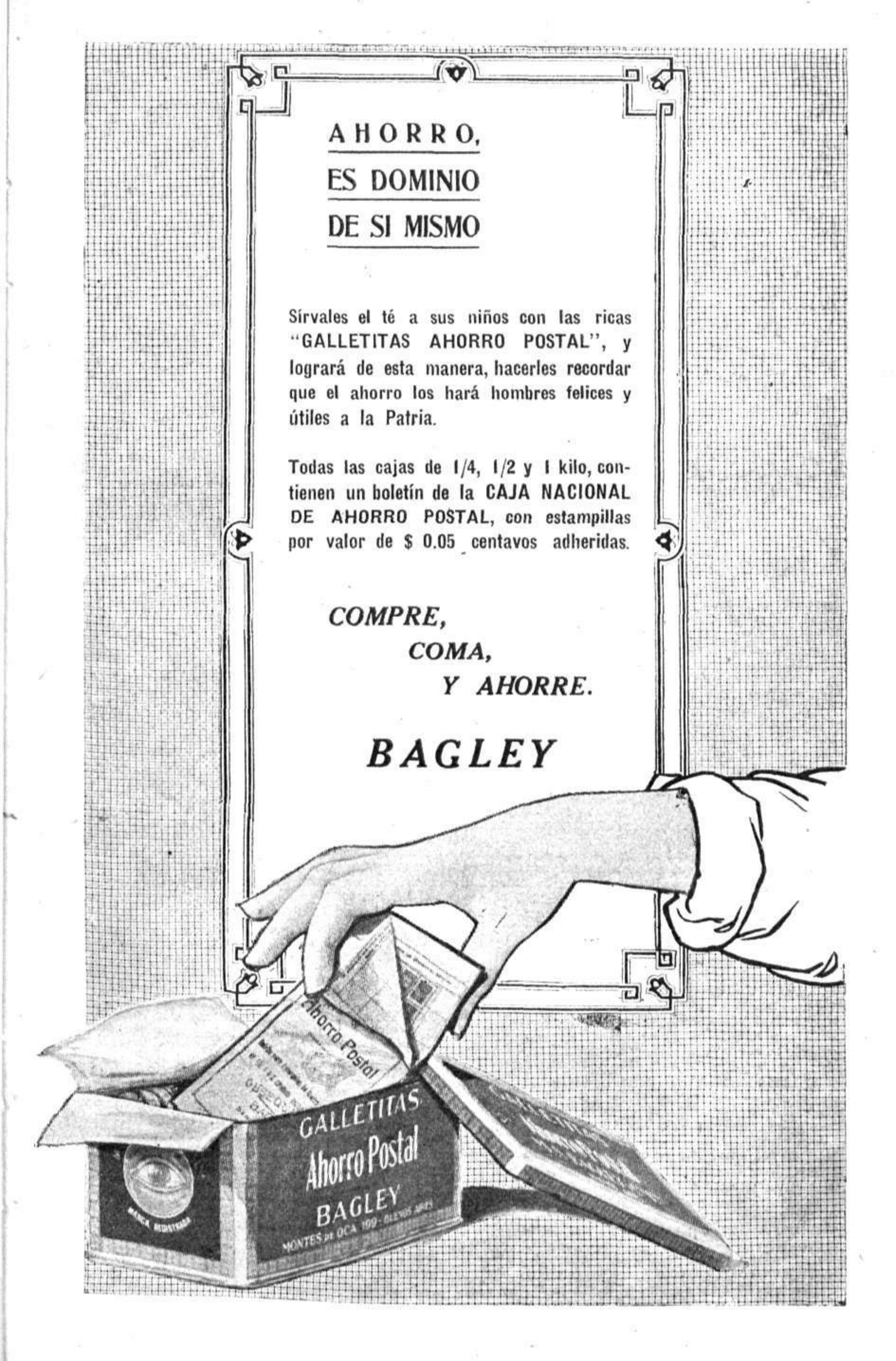
En el citado año de 1913 se construyó en Nanuan el primer aeroplano de industria china, pero en general prefieren comprarlos en las fábricas europeas.

La escuela militar de aviación está en Pekin, en la que se usan para las prácticas aeroplanos franceses, generalmente biplanos Candron.

La marca o sello de los aviones militares chinos es una estrella de cinco puntas.

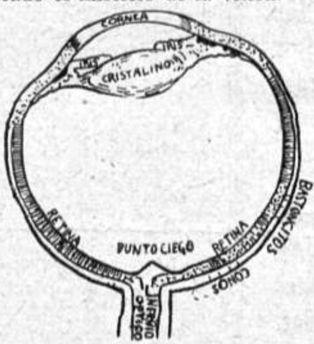
Un maravilloso shampoo

«He tenido una verdadera sorpresa sabiendo que esta señorita con el cabello tan bellamente aterciopelado, no se lo lava nunca con jabón o con polvos de shampoo artificial. Se hace ella misma su propio shampoo disolviendo una cucharadita de las de café llena de granulados **stallax** en una taza de agua caliente». «Yo le encargo el stallax a mi boticario — dice esta señorita — y él lo recibe en paquetes que vienen sellados, y solamente se venden así, conteniendo cada paquete cantidad suficiente como para hacerme de veinticinco a treinta lavados de cabeza. Es de tan rico olor el stallax que muchas veces lo comería como si fuera una golosina». «Ciertamente, y aun cón esta extraña idea, el pelo de esta señorita se conserva tan hermoso que desde este momento voy a probar en mí misma el efecto del plan».


AHORRO,
ES DOMINIO
DE SI MISMO
Sírvales el té a sus niños con las ricas "GALLETITAS AHORRO POSTAL", y logrará de esta manera, hacerles recordar que el ahorro los hará hombres felices y útiles a la Patria.
Todas las cajas de 1/4, 1/2 y 1 kilo, contienen un boletín de la CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL, con estampillas por valor de $ 0.05 centavos adheridas.
COMPRE,
COMA,
Y AHORRE.
BAGLEY
Ahorro Postal
GALLETITAS
Ahorro Postal
BAGLEY
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES

La acromatopsia, o confusión de los colores. — Daltonismo

Nuestros ojos semejan cámaras fotográficas, y así como éstas enfocan alargando o recogiendo la distancia entre el objetivo y la placa receptora, el ojo enfoca adelgazando o engrosando un lente elástico objetivo para que la imagen se grabe en la retina, impresión que ésta transmite al cerebro por conducto del nervio óptico, el cual penetra en el globo del ojo, se ensancha y ramifica, cubriendo toda la superficie cóncava del interior del ojo, formando la red finísima de nervios que constituye la retina: especie de acerico donde se encuentran ciento treinta y siete millones de diminutas agujas o varillas y de conos o alfileres. Estos conos y varillas bañados en la luz que penetra en los ojos, son los que perciben las imágenes, sus colores y sus movimientos, y en ese baño ondulante está encerrado el misterio de la visión.



Sección del ojo humano.

La teoría más satisfactoria sobre la visión del color, es que los conos y varilias son las fibras nerviosas que interpretan las vibraciones lumínicas y de color, las varillas o agujas, la luz en su fase puramente luminosa independiente del color, y los conos o alfileres registran los colores y los *distinguen por la* longitud de sus ondas, y los diversos matices que son el producto de la mezcla de los colores fundamentales, son reconocidos por dichas fibras nerviosas merced al alargamiento o por la reducción de sus ondas todas comprendidas entre las extensas del rojo y las cortas del violeta.

Cuando el ojo ve el rojo puro, 481,000.000.000 de ondas impresionan la retina en un segundo; si se mira un violeta, el número de ondas aumenta hasta 764.000 millones. Entre estos dos extremos hay un número casi ilimitado de vibraciones.

El ojo más perfecto sólo puede apreciar el 20 por 100 de las ondas luminosas que vibran en el espacio; para el resto de los colores, todos padecemos de *acromatopsia*. Todas las ondas más largas que 7.200 por centímetro, color rojo, y más cortas que 12.200, color violeta, son invisibles para nuestro órgano visual. Las ondas más largas que las del rojo se llaman *intrarojo*, desconocidas y eléctricas; las más cortas que el violeta, se denominan ultra-violeta y Rayos Roentgen. Con ayuda del fluoroscopio que retarda la velocidad, el ojo puede percibir los rayos ultra-violeta; los rayos intra-rojos se dejan sentir en forma de calor.

Hay dos clases de ondas luminosas: las de color y las blancas. Cuando un foco de luz, el sol, por ejemplo, ilumina un objeto, parte de la luz es absorbida y parte reflejada; esta última es la luminosidad del objeto, forma de luz siempre perceptible.

Cuanto más luminoso es un objeto, más intenso es el efecto en la retina, más estimulante la luz y, por consiguiente, mayor cansancio para la retina que momentáneamente se paraliza en los conos correspondientes a tal color. Mírese al sol, luego a otro sitio, y veremos la imagen del sol, pero de color azul pálido, que es el contraste del amarillo anaranjado del sol; su color complementario. Si miramos fijamente a una imagen, los conos o alfileres que perciben el rojo, se cansan, se anulan, y si miramos a otra imagen no veremos ninguno de sus rayos rojos. En este caso padecemos de daltonismo del rojo momentáneamente.

Las ondas de cada color impresionan sus respectivos conos en la retina, y cada color primario tiene su serie de conos. Si en un ojo faltan, por ejemplo, los 500,000 conos o alfileres del verde, aquel ojo tendrá la ceguera del verde y no percibirá tal color, pero como conserva las agujas o varillas, percibirá la intensidad de la luz, un gris más o menos acentuado, y así con los demás colores. Si una persona que padece de daltonismo del rojo contempla la bandera española, verá bien el amarillo, pero del rojo verá el amarillo, más la luminosidad del rojo; es decir, un amarillo sucio, ceniciento. Generalmente se percibe un tanto del color, pues es muy raro que falten en absoluto todos los conos de un color, y en este caso el rojo de la bandera no sería enteramente gris, sino que tendría algún matiz rojizo. Para el que padece de acromatopsia total, todos los objetos aparecen en blanco y negro con todos sus grados intermedios, como una fotografía; pero este daltonismo absoluto es rarísimo. Lo general es la ceguera de uno o dos colores, el rojo y el verde, o ambos a la vez. La acromatopsia ha existido, probablemente, desde el principio de la humanidad, pero sólo hace ciento cuarenta años que se conoce y se estudia.

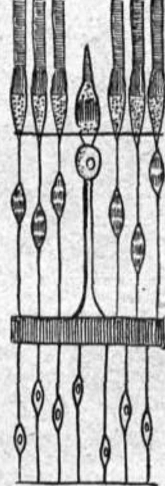
Proporción en que se hallan los colores visibles y los invisibles.

El primero que lo describió con su propio caso fué el químico inglés Daltón, en 1774.

Pertenecía este químico a la secta *de los cuáqueros que* siempre visten de gris. Un día, Daltón se presentó ante la Asamblea de Amigos con el traje gris de costumbre, pero con medias rojas. La indignación de sus correligionarios fué grande; escandalizados le apostrofaron duramente y la indignación llegó al colmo cuando el acusado negaba llevar medias rojas. Según él, iba vestido como los demás, y ante su tenacidad y la negativa de su falta se pensó en expulsarle de la Congregación. Daltón no sabía que se había puesto unas medias de color escarlata; para él eran grises. Cuando en la Universidad de Oxford recibió la toga roja del doctorado, Daltón pudo apreciar la honorífica distinción, mas no el color de la vestidura; padecía de ceguera del color rojo.

El rojo y el verde, los colores más frecuentemente inapreciables en el daltonismo, son los que más se usan en las señales ferroviarias y marítimas, y todos los empleados en estos servicios deben ser debida y escrupulosamente examinados antes de encomendarles estos cargos.

El daltonismo es, por lo general, un defecto de nacimiento y se considera incurable; pero también puede ser producido por un golpe, una sacudida o por el inmoderado uso del tabaco, y algunas drogas causan un daltonismo temporal.



Un cono y varios bastoncitos de la retina, muy aumentados.

En la ambliapia tabélica el rojo es el color que desaparece el primero; lo mismo ocurre en la esclerosis en placas.

Las estadísticas demuestran la frecuencia de esta enfermedad. Holmgren la calcula en un 2 por 100. Los *hombres son más atacados* que las mujeres. Joy Jeffries, asegura que el 5 por 100 de la población americana padece ceguera de los colores.

Los trastornos en la percepción de los colores pueden agruparse en tres tipos: *Acromatopsia total*, la que sólo aprecia el claro obscuro, la intensidad luminosa; *Acromatopsia parcial*, en la que no se perciben uno o algunos de los colores fundamentales, con frecuencia el rojo, *daltonismo*, o el azul, *acianoblepsia*; y la *Discromatopsia*, en la que los enfermos reconocen con dificultad uno, varios, o todos los colores, percibiendo los fundamentales cuando son muy vivos.

En el lenguaje común se confunden y dan como sinónimas estas palabras, usando preferentemente la de Daltonismo para cualquiera de estas afecciones.



La comisión directiva del club social y deportivo «José E. Rodó», que organizó la fiesta realizada en el salón «Nazionale Italiana», en conmemoración de las fiestas patrias y del primer aniversario de su fundación.



El doctor Raimondi, director del hospital «Tornú», y personal superior, concurrentes y enfermos, presenciando los festejos organizados en dicho establecimiento, en ocasión de las fiestas mayas. El simpático acto constituyó un agradable momento de solaz para los numerosos enfermos que allí se asisten.

"AGUILA". *La marca que corresponde al mejor calzado SUIZO que se fabrica, y de la que es único depositario GATH & CHAVES Ltd.—Para Señoras, Niños, Niñas y Bebés, tenemos el surtido completo de medidas en los modelos más prácticos y novedosos.*




CINZANO
VERMOUTH
Preferido por sus cualidades tónicas
IMPORTADORA PRODUCTOS CINZANO
ARGENTINA URUGUAY E PARAGUAY
VERMOUTH
TORINO

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XXI — BUENOS AIRES, 8 DE JUNIO DE 1918 — N.º 1027

Exposición oficial



Salinas. — Me parece que estos cuadros están al revés.
Gómez. — Son modos de ver. Yo los encuentro derechos.
Salinas. — ¡Claro, si los miramos patas arriba!

Dib. de Sirio.

EFEMÉRIDES DE LA SEMANA

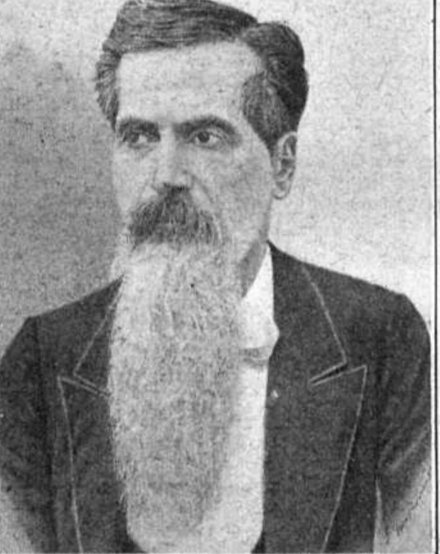
La crisis del ochenta

1.º a 4 de junio de 1880

La organización nacional, lograda merced a cruentas luchas, después de la batalla de Pavón, el 17 de septiembre de 1861, y presidida por el general Mitre, dejó pendiente por entonces la solución de una cuestión trascendental. El país se había organizado bajo la forma federal de gobierno. Las autoridades nacionales debían, pues, residir en un territorio federalizado, esto es, en el que aquellas tuvieran jurisdicción exclusiva. Para ello se hacía necesario obtener de la provincia o las provincias, según el caso, el respectivo territorio. La Constitución sancionada en 1853 por el Congreso de Santa Fe, había «cortado el nudo gordiano». No obstante ser una constitución federal, y reconocer la autonomía y la integridad de las provincias, dispuso de la capital de la provincia de Buenos Aires, cercenó a ésta sin consentimiento suyo, y convirtió a la ciudad de Buenos Aires, en capital federal de la Nación. Cuando el Congreso histórico y glorioso de 1826 sancionó una disposición idéntica bajo la inspiración superior de Rivadavia, los federalistas de la época, bajo la advocación de los caudillos que los encabezaban, encendieron la guerra civil. La soberanía provincial había sido vulnerada. Los ideales federalistas rechazaban el atentado. En 1853 el cercenamiento de la primer provincia se realizaba en nombre de la causa federal. Sic transit...



Doctor Nicolás Avellaneda.



Doctor Leandro N. Alem.

Pues bien: la disidencia de Buenos Aires con la política del general Urquiza y la Constitución de Santa Fe, tuvo en esta cláusula una de sus bases fundamentales. Los ex unitarios resultaban entonces más federales que los correligionarios de Urquiza. Requirieron el examen y revisión de la Constitución, y como no se accedió a ello, se mantuvo la disidencia. Cuando por el pacto de 11 de noviembre de 1859 se convino en realizar aquella revisión, se modificó entre otras la cláusula en cuestión por la convención de 1860, reconociendo a las provincias el derecho de disponer libremente de su territorio. Entretanto, las autoridades nacionales residirían en Buenos Aires, sin jurisdicción en ella, en virtud de la llamada «ley de compromiso». Muchas fueron las iniciativas para resolver el problema. El propósito de federalizar toda la provincia, o de establecer la capital en el Rosario, o en Córdoba, o en Villa Casilda, no llegaron a consumarse. El problema era un verdadero problema político y social que movilizaba las opiniones y ahondaba disidencias. El general Mitre, leader del partido nacionalista, presidía la tendencia en pro de la capitalización. El partido autonomista nació para contrariarla, y el doctor Alsina, que lo inspiró, se caracterizó por la resistencia a todo cercenamiento de la autonomía provincial.

Así transcurrieron los años hasta 1879. Era Presidente de la República el doctor Avellaneda. En su mensaje de ese año anunció, como los presidentes anteriores, su propósito de llegar a la solución de la ardua cuestión. Empero, la más perentoria y por otros conceptos, más interesante, de la renovación presidencial, absorbía el interés público. Sería causa circunstancial de una honda crisis política, que traería consigo la solución. Sarmiento, al abandonar el Ministerio del Interior, denunció ante el Senado, estupefacto, que el Presidente Avellaneda de quien dejaba en ese momento de ser su colaborador, era el jefe de una liga de gobernadores, para imponer al país la presidencia del general Roca. «Tengo los puños llenos de verdades», decía iracundo el grande hombre. Tenía, en efecto, la prueba de esa liga y abandonaba el gobierno sabiendo, porque así lo dijo, que era esa la última vez que hablaría ante el parlamento de su patria, por no complicarse con la maniobra política que denunciaba.

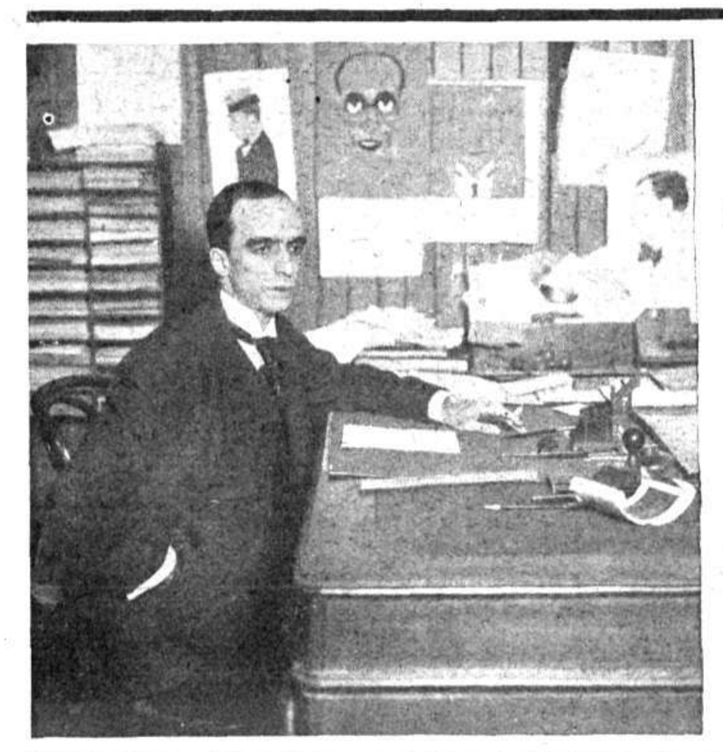


Doctor Carlos Tejedor.

Entretanto la oposición al Presidente Avellaneda tomaba cuerpo en toda la provincia de Buenos Aires. El gobernador don Carlos Tejedor, que no pertenecía a la liga, fué proclamado candidato a la presidencia por los opositores. Estos se prepararon a todo evento. A la imposición oficial contestarían con la acción armada, entendiendo que así salvaban sus derechos. El Presidente Avellaneda abandonó la ciudad en la noche del 1.º de junio, y se instaló en el cuartel de la Chacarita. Desde allí declaró rebelde al gobierno de Buenos Aires y se preparó para someterlo y someter a la oposición por la fuerza. El día 4 dictó en acuerdo de ministros, en el pueblo de Belgrano, entonces parte integrante de la provincia, el célebre decreto en que por su sola autoridad declaraba a Belgrano, Capital provisional de la República.

Luego vino la guerra civil. Las armas nacionales triunfaron. El doctor Tejedor nombró al general Mitre jefe militar de Buenos Aires. El patricio sólo aceptó el cargo, con la condición de que concertaría la paz. Después de hecha, una vez depuestas las armas, y previa renuncia espontánea del doctor Tejedor a su candidatura presidencial y a la gobernación de la provincia, se dictó la ley de capital. Entre los ecos de la gran crisis, se destacó la voz del doctor Leandro Alem, que desde su banca de legislador defendió hasta el último extremo la autonomía de Buenos Aires. Hoy la solución alcanzada a fines del 80 se ha impuesto definitivamente. Tiene la autoridad del hecho consumado. La crisis que comenzó en junio, la trajo envuelta. Hoy ya no suscita disidencias, y las que antes provocó, se han acallado. A esta altura ya no es posible volver atrás. No habría objeto tampoco. Y el esfuerzo colectivo debe tender a asentar sólidamente las instituciones, tales como quedaron fundadas, lo que naturalmente no excluye, sino que por el contrario presume, el progreso gradual y necesario en todos los órdenes de la actividad política.

M. DE VEDIA Y MITRE.



Mi primer estreno



Demás está decir que mi primer estreno, no fué mi primer obra. La primer obra la conservo aún, como un modelo de incorrecciones, de las que procuro librarme al acometer un nuevo trabajo. No la presenté a ninguna compañía. Crítico de mí mismo, evité a los directores de entonces la dolorosa necesidad de esquivar una respuesta definitiva y entretenerme por algún tiempo.

Mi primer estreno, pues, fué «Gente bien». Por aquellos tiempos, Parravicini cultivaba un género mixto de comedia y sainete, y a don Atilio Supparo, director del popular actor en esas fechas, me dirigí, comedia en ristre.

No me procuré recomendaciones de ninguna especie. Yo escribía entonces en el «Suplemento» de «La Nación» y en «P B T», — mis recuerdos retroceden hasta el año 1907, — y mi modestia no era tanta para suponer que, a pesar de mis artículos firmados, de aparición casi hebdomadaria, en ambos semanarios, sería para Supparo un ilustre desconocido.

Mi presentación fué, por esto, un tanto aparatosa. Pasé mi tarjeta, en la que, no obstante mis presunciones, no se consignaba en ella los mencionados atributos.

El mismo portero que entró con mi cartulina, regresó con ella.

— Dice el señor Supparo que vuelva otro día.

Se me cayó el alma a los pies. ¿Cómo? ¿A Federico Mertens, colaborador de «El Suplemento» de «La Nación» y de «P B T», se le respondía así?

Miré al portero de arriba a abajo.

— Diga usted al señor Supparo que repare bien en la tarjeta.

El portero sonrió. ¡Me dió una vergüenza! ¡Me dió una rabia! ¡Me dió un estrilo! Tanto, que aun, al recuerdo de esa sonrisa, cuando aquel portero, actualmente en otro teatro, me saluda con deferenciosa galantería, me pongo tan serio como entonces, y apenas si le respondo.

En fin... Debí someterme... Pero, yo no era hombre de amilanarme... Esperé en el foyer del teatro Argentino a que terminara el ensayo, y una vez que esto ocurrió me instalé frente a la portezuela del escenario.

Yo tenía mi comedia debajo del brazo. Comenzaron a salir cómicos, — Battaglia, Parravicini, Vittone, Rosich, Pomar, Muiño, etc. — No dieron importancia a mi presencia, y eso que mi fotografía apareciera por esos días en CARAS Y CARETAS como autor de una novelita sentimental, de la que se agotaran cien ejemplares. En seguida, desfilaron ante mí las actrices de la compañía, — la Ortiz, la Cornaro, la Telma, la Borda, — una de éstas, no recuerdo cuál, con un perrillo faldero en los brazos.

La del perrillo, reparó en mí, y se detuvo. ¡Siquiera! ¡Una me conocía!...

— ¿Viene usted de lo de Madame Toupet? — me preguntó. — ¿Trae usted el tapado para mi perrita?...

— Señora... Traigo una comedia...

— ¡Ah, pardón!...

Una carcajada se perdió en el obscuro pasillo. Impetus me dieron de salir corriendo hasta la estufa de mi casa, y enterrar en el fuego mis aspiraciones. A punto de realizar esto, apareció Atilio Supparo.

— Señor... Supparo...

— ¿Señor?...

— Federico Mertens...

— ¡Ah!... ¿Y?

— Una comedia...

— Déjemela...

— Quisiera leérsela yo, para entonar, para darle carácter, color a las situaciones...

— ¡Imposible, señor... señor...

— ... Mertens...

— ... Señor *Márteusen*... ¡imposible!... Yo me las entono mejor; yo les doy carácter y color a las situaciones como nadie...

— ¡Sírvase!

— Pase la semana entrante...

¿Una semana de angustias? ¡Ah, no! ¡Mil veces no! Yo volvería al día siguiente.

Así lo hice, y con tal fortuna que al entrar me hallé con Supparo en el vestíbulo del teatro. Se acercó a mí, amable, atencioso. Había leído «Gente bien». Iría después de «El Derrumbe», de Vicente Martínez Cuitiño.

— Tendrá usted un éxito. Casualmente aquí tengo su comedia para mandarla copiar. ¿Ve usted?

Y para testimoniar sus palabras, la entregó al mismo portero que sonriera tan despectivamente el día anterior.

— Libro y partes. Para Rico.

El portero se inclinó esta vez, grave y genuflexivo, ante una mirada mía que caía sobre él desde lo alto, como cumplía a mi condición de autor «aceptado».

Llegó, pues, el día del estreno. Ese día me levanté yo a las seis de la mañana. Tenía una verdadera ansiedad de ver los cartelones fijados en las calles, con el título de la comedia y el nombre del autor.

El primer cartel logré verlo en la calle Callao y Riva-

davia. Pero, ¡ah!, ¡oh!, ¡miserables! Me habían equivocado el nombre. En vez de Federico me habían puesto Francisco. Pensé recorrerme la ciudad, a fin de corregir la errata con lápiz. Pero ¿medio Buenos Aires no había visto la fotografía de CARAS Y CARETAS? ¡Cuántos me conocerían! ¡No! ¡No! ¡Haría un papelón!... Desistí, pues, de semejante propósito; pero me paseé por diversas calles, buscando los carteles anunciadores del estreno para contemplar el título, por lo menos.

Estas pequeñas satisfacciones, unidas a los sueltos de algunos diarios que daban la noticia del estreno, añadiendo que el autor era conocido en los círculos intelectuales, no permitieron a mi espíritu un instante de reconcentración para pensar juiciosamente en el acontecimiento que debía determinar de una manera decisiva las futuras actividades de mi vida.

Sólo por la noche, instantes previos del estreno, rumbo al teatro, de muy dentro del autor dramático posible y de muy dentro de mis veinte años, surgió la reflexión del hombre en camino hacia la adultez.

—¿No habrás hecho una macana, muchacho? Si triunfas, bueno... Pero, si no, ¿cuáles serán tus actividades futuras que no te recuerden eternamente el desastre?

En tales cavilaciones llegué al teatro. Entré con ánimos, empero. Tenía cierta confianza en mi comedia, en lo que al gusto del público se refería. Pero, no había contado con la crítica. Y allí estaban en el foyer los representantes más distinguidos de ella: Roberto F. Giusti, que sucediera, en oportunidad, a Juan Pablo Echagüe en «El País», Vicente Martínez Cuitiño de «El Nacional», el finado Morante de «La Prensa». Faltaba Joaquín de Vedia, de «La Nación», pero no tardó en llegar con una mano en el bolsillo, la otra en la barba, entonces de considerables dimensiones, y el paso mesurado, de característica.

Yo siempre he temblado ante la opinión de don Joaquín, y con mayor razón aquella noche. No obstante, a él debo el primer elogio.

Al finalizar la comedia, De Vedia dijo en corrillo de críticos:

—Aquí hay verdad y arte. El autor de esta obra dará interesantes comedias al teatro nacional.

El elogio de la crítica fué unánime al día siguiente. En cuanto a lo que representa en mi labor teatral aquella comedia, la cantidad de representaciones me evitará todo egotismo.

Tales, los recuerdos de mi primer estreno, a los que se asocian, naturalmente, la eficacia interpretativa de los que lo representaron.

Muchos de los que entonces tuvieron a su cargo un rol de relativa significación, son hoy cabeza de compañía: Rosich, Muiño, Vittone, Pomar, la Rico que, a los pocos días, llegó a cubrir una deserción y, sin ensayo alguno, afirmó el éxito de mi obra.

FEDERICO MERTENS.

Una feliz iniciativa

Pro sociedad de S. M. de los empleados del tranvía Anglo Argentino



Comisión directiva: señores (sentados, de izquierda a derecha) Marino Jalikis, tesorero; Avelino Zavala, vicepresidente; Ernesto Cooper, presidente, y Arturo Ruggiero, secretario. (De pie, de izquierda a derecha): Carlos Cooper, vocal; José Murray, delegado por la compañía; Avelino Sendín, vocal; ingeniero León T' Serterens, delegado por la compañía; Enrique Mathews, Pedro Gómez y Nicolás Martínez, vocales.

Loable por todo concepto y por la finalidad que ella encierra, ha sido la idea sugerida por el espíritu emprendedor e infatigable que anima al administrador de esa compañía, ingeniero Pedriali, y que consiste en la rifa de dos casas, con cuyo producto, se haría práctica la idea abrigada por la comisión directiva de esa sociedad, de ofrecer a sus asociados, en un consultorio médico, todo lo que la moderna ciencia aconseja para la mejor asistencia de los enfermos.

Con una acogida amplia y espontánea, ha deseado el público, asociarse a esa idea, queriendo con ello demostrar a los empleados de los tranvías de esa compañía, toda la simpatía y consideración a que se han hecho acreedores por su actitud durante las pasadas agitaciones de los obreros y por los servicios que prestan diariamente.

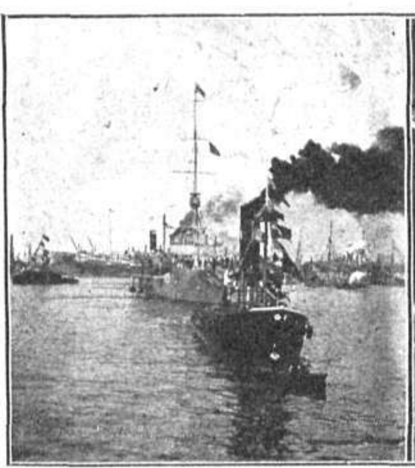


Señor Marcos A. Rebello, secretario rentado.

Puestos en circulación los billetes, han sido solicitados en su totalidad, con lo que el humanitario propósito, será pronto una realidad, resultando así beneficiados todos los empleados de esa compañía.

Plácenos dejar constancia de este franco éxito obtenido por la comisión, a cuyo cargo se halla la marcha de esa ya importante sociedad mutual, y especialmente, por los señores Jaliskis, Ruggiero y Rebello, autores del proyecto citado, que viene a coronar los esfuerzos de celo y actividad hasta ahora desarrollados por su mejoramiento.

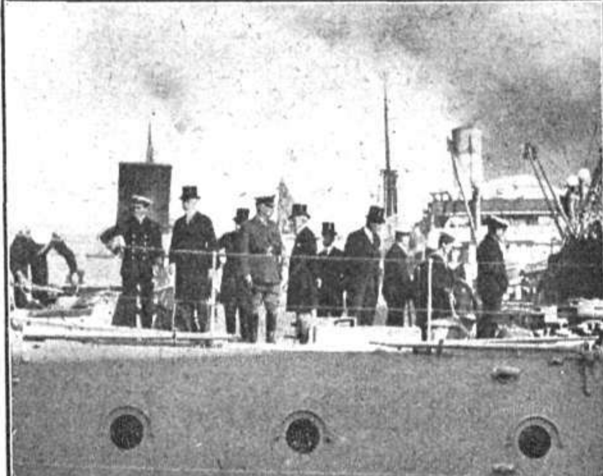
Llegada de la embajada británica



El crucero de la armada inglesa, «New Castle», que condujo al embajador y su comitiva, entrando a la Dársena Norte.



El embajador inglés, Mr. Tower, el introductor de embajadores, que llevó a los distinguidos viajeros el saludo del gobierno, y los miembros de la comisión organizadora de los festejos, que acudió a recibirlos.



Mr. Bunsen, con las demás personas que componen la embajada, en la cubierta del «New Castle», mientras éste atracaba al murallón del desembarcadero.



El señor embajador, recibiendo las primeras bienvenidas, en el instante de pisar tierra argentina.



En el balcón del «Plaza Hotel», en momentos en que el doctor Piñero pronunciaba una brillante arenga.



Vista parcial de la enorme concurrencia que, estacionada frente al «Plaza Hotel», hizo a los miembros de la alta representación inglesa, objeto de una hermosa y entusiasta manifestación de simpatía.

El Uruguay tendrá un gobierno pluripersonal

¿Quiénes van a ir a ese Ejecutivo Colegiado?

Oficiar de profeta, en política, es bastante peligroso. Porque ni la meteorología endiablada de estos países tiene avatares más rápidos e inesperados. Un «primer astro» político de hoy, mañana se obscurece y nadie más lo divisa. Los eclipses se suceden de continuo.

Si en toda América es de suyo quebradiza la política, convengamos en que en el Uruguay la fragilidad es aún mayor. Hemos visto candidaturas presidenciales que parecían predispuestas al triunfo; y duraron erguidas lo que dura en mantenerse lozana una rosa.

A despecho de todo, nosotros vamos a pronosticar. Emplazamos a los lectores, para que en marzo de 1919 nos digan si fueron o no acertados los vaticinios.

Ustedes saben que Batlle y Ordóñez, con su proyecto de gobierno pluripersonal, agitó intensamente la vida de su patria. La lucha por y contra el Colegiado fué tenacísima. Y trajo como consecuencia, primero el fraccionamiento del partido gobernante y, en seguida, la ascensión del Partido Blanco hasta un límite... que está muy cerca del poder.

En horizonte preñado de sombrías perspectivas (¡valga el tópico manido!), destacó un acuerdo constitucional.

Los miembros de la Asamblea que discutieron la reforma de la Constitución, transaron.

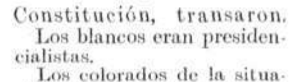
Los blancos eran presidencialistas.

Los colorados de la situación, colegialistas.

Pues bien, se fué a un gobierno mixto. Esto tuvo la virtud de ser aceptado por todos, no obstante no gustarle a ninguno. Quiere decirse que los que pedían presidente, tendrán Colegiado; y los que anhelaban Colegiado, tendrán presidente.

Aun cuando es cierto también, que así quedan con Colegiado los colegialistas y con presidente los partidarios del presidencialismo.

Bueno, basta de exégesis. El hecho que en marzo de 1919 empezará a go-

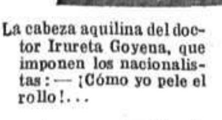




El actual presidente y el futuro. Aunque parecen que van marchando de acuerdo, note el lector que traen el paso cambiado.



Don Francisco Soca, sabio facultativo, que figurará en el Consejo de Estado: — ¿Por qué no me dejarán tranquilo?...



La cabeza aquilina del doctor Irureta Goyena, que imponen los nacionalistas: — ¡Cómo yo pele el rollo!...



El presidente del directorio blanco, con su infaltable galera cuadrada: — ¡Ya verán como los nuestros vencen!...



El doctor Areco, primera figura del Senado: — ¡Si en el Consejo no nos peleamos, vamos a marchar muy bien!...

bernar el Uruguay, simultáneamente, un Presidente de la República y un Consejo de Administración.

El presidente tiene a su cargo las relaciones exteriores, los ejércitos...

El consejo tutela todo lo que concierne a la Administración.

Pero se nos ocurre pensar: ¿dónde empieza una cosa y termina la otra? ¿Si los



El ironista don Aureliano Rodríguez Larreta. Ante su actitud en una revolución, le preguntaron por los principios. Y él dijo: — ¡Están buenos, gracias!

consejeros no pagan a los plenipotenciarios, y a los cónsules, y a los soldados, y a los marinos? ¿le obedecerán éstos?...



Don Martín C. Martínez, personalidad en materia de cifras, terrible impugnador parlamentario: — ¡A mí, con números no me la da ni Batlle!

Quiere decirse que un desacuerdo entre un poder y otro poder planteará situaciones que a los que estamos dentro nos van a parecer muy críticas, pero que tal vez resulten divertidas a los que miren de afuera.

En esto como en todo, el papel de espectador, tiene siempre ventajas.

He aquí ahora la lucha en vías de plantearse.

¿Quiénes van a ir al Consejo de Estado? Se trata de nueve miembros, que tienen presidente a la vez. El presidente del Consejo de Estado o Administración ya se conoce.

Es el doctor Viera, que actualmente rige los destinos del Uruguay.

El «presidencialismo», régimen que caduca en cuanto tenía de más absorbente y abusivo, aún «manda fuerza», como dice la gente de los comités, sea en un barrio montevideano, sea en Barracas de Buenos Aires; como «el presidencialismo» manda fuerza, — repetimos, — los consejeros oficialistas han de salir fácilmente.

¡Para qué está sino la «influencia moral»!

Y ya suenan los nombres del doctor Francisco Soca, miembro de la Academia de Medicina de París, hombre eminente sí que un poco extravagante; del doctor Ricardo Areco, político sagacísimo que preside el Senado; del doctor Domingo Arena, hombre cordial y pintoresco que preside la Cámara de Representantes.

Estos, con Viera, son los seguros. Tienen una probabilidad don Pedro Cosio, actual plenipotenciario en Wáshington, don Benito Cuñarro, de la Alta Corte, y en poco más lejana, el senador Varela Acevedo.

Domingo Arena, actual presidente de la Cámara de Diputados: — ¡Todo me da lo mismo!

Campistegui, Lagarmilla y Manini, los tres ases del Riverismo (fracción colorada anticolegialista): — ¡El Consejo va a ser una olla de grillos! No vayamos.



Don Benito Cuñarro, miembro de la Alta Corte, hombre que navega con el oficialismo: — Aceptaré un cargo de consejero... ¡para no desairar!

Los anticolegialistas se resisten a entrar en ese «multánime» organismo. Sin embargo, cabría una posibilidad con el doctor Alejandro Lagarmilla.

Pero el espectáculo más interesante en esta pugna lo ofrecen los blancos o nacionalistas. El directorio prestigiaba una terna y muchos afiliados de prestigio otra. Total que hubo que parar los trabajos, a fin de que no se alborotara el avispero.

No obstante, se sabe que va a triunfar la candidatura de don Carlos Berro. Eso se descarta. A Irureta Goyena lo sostienen tirios y troyanos. (¡Es un decir!). Quedan frente a frente, para llenar el otro puesto, don Aureliano Rodríguez Larreta y el formidable financista, doctor Martín Martínez. El ascendiente político del primero es quizá mayor. Hacia ese lado inclínase nuestro pronóstico.

Como ustedes notan, todo «lo que se nos avecina» es muy entretenido. Si no se pelean, tutelados por tantos talentos, vamos a estar muy bien.

Présidente de la República, Presidente del Consejo de Administración, Consejeros de Estado, Ministros...

¿Y el promotor de todo ese «catálogo gubernativo»? — me dirán ustedes por don José Batlle y Ordoñez.

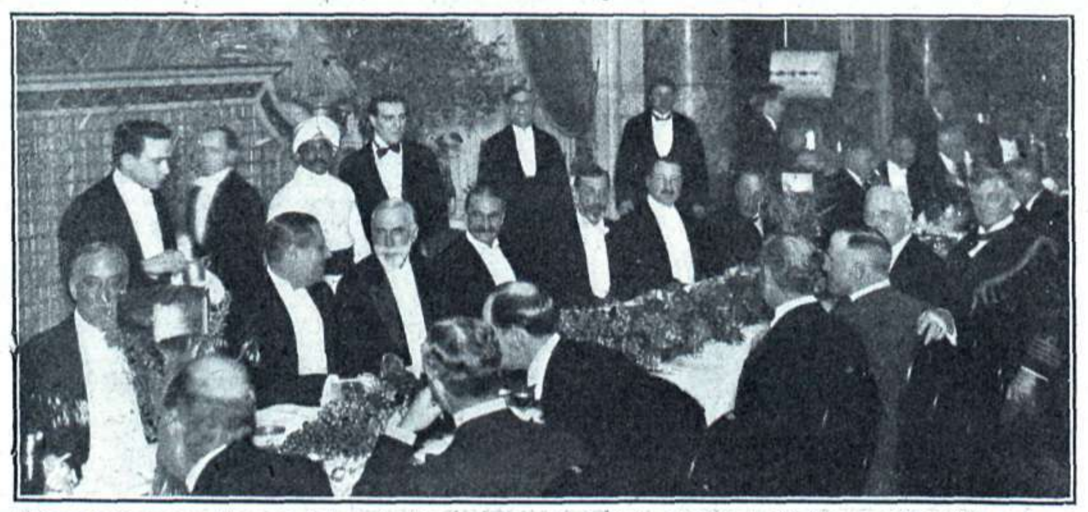
Cansado de demoler se apresta a edificar. ¡De Lord Mayor vamos a tenerlo!...

OBSERVATOR.

Montevideo.

Don Pedro Cossio, ministro plenipotenciario en Norte América, financista, que opondrán los colorados al torrente numérico del doctor Martínez... ¡si sale!

En honor de la embajada británica

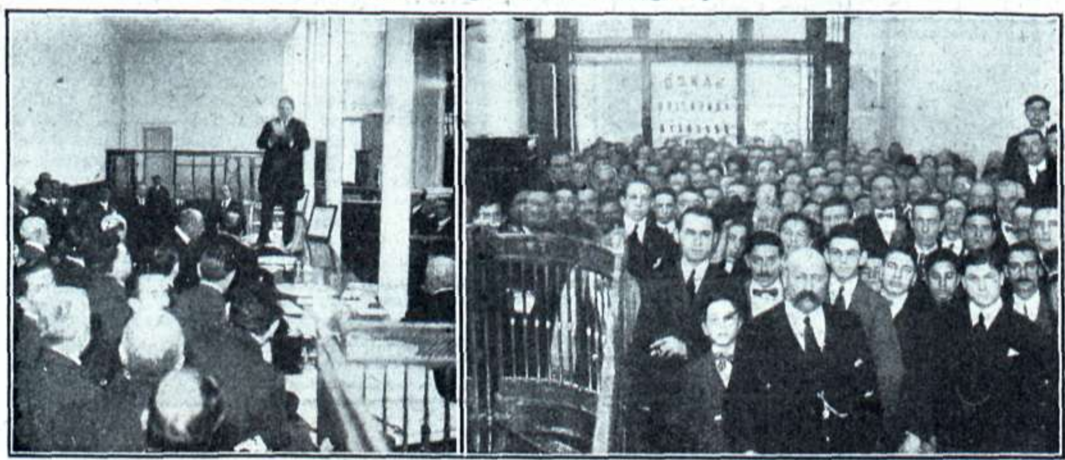


Cabecera de la mesa en el banquete dado por la Cámara de Comercio Británica al embajador, Mr. Bunsen, y su comitiva, en el gran salón del «Plaza Hotel».



El embajador de Inglaterra, señor Reginald Tower, ofreciendo el banquete, con que la «Royal Colonial Institute» obsequió a los miembros de la embajada británica, el día lunes 3 del corriente, fecha del cumpleaños del Rey Jorge. La demostración adquirió grandiosas proporciones, siendo comensales lo más distinguido de la colectividad británica.

Banco Argentino-Uruguayo



El señor Augusto Coelho, inaugurando el banco Argentino-Uruguayo, cuya fundación se debe a su fecunda y feliz iniciativa. — Empleados y público concurrente al nuevo establecimiento, el que ha iniciado sus funciones bajo los mejores auspicios.

FIGURAS DE ACTUALIDAD, POR ALONSO

Señor OSVALDO SAAVEDRA



Todo artículo que escriba
tiene malicia, intención...
y aunque es sesudo varón
es también, *Barón de Arriba.*

LA AUSENTE

Los viajeros que parten de Buenos Aires hacia la Mesopotamia, por el camino de Zárate, conocen a un hombre barbudo, de rubia melena y ojos glaucos. Desde las tierras lacustres y adyacentes al río, se acerca al tren; viene descalzo y semidesnudo, aunque se advierte en su tipo a un hijo de las razas próceres de Europa.

El agua y el cieno le llegan hasta las rótulas, pero él logra encaramarse al puente de hierro, y mira uno por uno los coches, y atisba en los camarotes como buscando alguna viajera... Cuando se persuade que no viene, cambia su talante y masculla quién sabe qué palabras amargas.

En su rostro se ven patentes las huellas del hambre, y los mozos le ofrecen comida. El hombre no se inmuta por ello, permanece abstraído cual si su alma viajara por un país imaginario. Insisten en el ofrecimiento, y él sonríe con amargura, y mueve negativamente la cabeza. Luego extiende el brazo y el índice rumbo a Buenos Aires, y nos significa con su gesto y sus pupilas suplicantes, que su hambre no es de pan. El no quiere vituallas, sino algo que viene en todos los trenes, pero nunca llega.

El convoy se prepara a proseguir la marcha, y lentamente penetra en la balsa enorme que lo llevará en brazos a la tierra firme de Entre Ríos. Nos vamos, y el misterioso personaje nos da la espalda y se encamina hacia el saucedal, bajo cuyas sombras tristes se desploma y hunde la cabeza en sus manos como si llorara.

—¡El loco, el loco! —gritan los pasajeros.

—El loco del bosque, —repiten las gentes que transitan por el andén.

La estigma llena los ámbitos, y llega hasta el infeliz que aún tiene el coraje de volver la cabeza y amenazarles con el puño cerrado.

Yo, que en la Metrópoli he descubierto más de un corazón exquisito en el cuerpo de un hamposo; y allá en la montaña materna, un torrente de armonías, brotando del gañán áspero y simple, presumí que también allí, en el fondo de esa vida derrotada y casi desnuda, habría un poema sin nombre, quizá uno de esos dramas, donde no se rompen tendones ni arterias, pero desangran los sentimientos más grandes del espíritu.

No faltó quien me contara la historia de aquel hombre. Un día llegó a Zárate una pareja amante. Eran provenzales, de la tierra de Mistral; y venían a América en busca de un campo propicio a sus actividades. El, un pianista admirable; y ella, una bella mujer, enamorada fanática del compañero. Se habían encontrado y comprendido, y desde ese día no se apartaron un solo instante.

¡Qué grande, qué libre era nuestra tierra para la pareja extranjera! Y nada turbaba la bienandanza de aquella casita, cuando una noche la bien amada se sintió mal.

—¡La herencia, querido mío! —alcanzó a decir, y no articuló una palabra más.

Era en verdad el atavismo que no perdona. La aorta frágil, que atormentara a sus antepasados, hasta romperse al fin, le gritó desde el fondo de la estirpe. La voz de la sangre había sonado aquella noche, para mal del amor. Y así la casta, el hogar lejano se vengaban de la hija volandera que un día abandonara la vieja huerta para seguir a un hombre...

Al otro día del síncope, la enferma, acompañada de una amiga, partió a Buenos Aires, en busca de la ciencia. Pero lo que ambos creían ciudad de la esperanza se tornó en ciudad de la muerte y la viajera no regresó más. ¡La herencia! Aquello fué inesperado. La muerte no les dió tiempo de combatir siquiera, ni de decirse adiós con un beso.

El cuitado olvidó el arte, y buscó en el alcohol la sombra, el noser del pasado y del futuro. Arrastró por las calles y los campos su beodez de artista. Bebió tanto y bajó tan hondo en la escala humana, que estuvo en los dinteles de la bestia. Se retiró entonces del mundo, y fué hacia el saucedal umbrío y triste.

Todo había matado en él, la miseria y el alcohol. Y cuando creía que nada restaba en su vida, vió que muy a pesar suyo, y a manera de un fuego ritual se elevaba de entre los escombros de su espíritu, la llama de aquel amor perdido. Buscó el agua para apagarla, y fué inútil: buscó el lodo, y el lodo hizo aún más tremulante y viva la llama solitaria.

Pasaron los años, y el fuego arde todavía. El nombre y la imagen de la amada están en el infeliz, tan hondamente grabados que sólo la muerte será capaz de borrar el poema. Por eso al arribo de los trenes, cuando él oye el grito ululante de la máquina, abandona el bosque, sale de su escondrijo y viene en peregrinación a los coches en busca de la ausente.

Nada importa que día tras día el desengaño quiera matar su esperanza. Su obsesión y optimismo pueden más, y ahora y siempre, hasta que él también se vaya sin retorno, irá a buscarla en los trenes que llegan.

—¡El loco, el loco! —le gritan las gentes.

Alma irredenta, digo yo; espíritu sediento como el tuyo, lector amigo, que también aguardas algo que nunca llegará... y sin embargo esperas.

Abril, 1918. CÉSAR CARRIZO.

Dib. de Bolins.

EL TEATRO EN LA COLONIA ARGENTINA (1)

En aquella sociedad colonial, tan escrupulosamente legislada por las dos potestades de la iglesia y del trono, la vida literaria hubo de ser forzosamente precaria para nosotros. Méjico gozó la presencia de grandes escritores peninsulares como Gutierre de Cetina y Bernardo de Balbuena, que pasaron a la Nueva España atraidos por la fama de Cortés y la leyenda del imperio azteca; tuvo universidad, prensa y academia desde sus orígenes, y en ese temprano ambiente de riqueza y humanismo, vió nacer en su suelo dos escritores, — Alarcón y Sor Inés de la Cruz, — que han entrado en la historia de la literatura hispanoamericana, a la par de gloriosos clásicos peninsulares. Aunque inferior a Méjico en tales predicamentos, también el Perú conoció desde el primer día los estímulos de la vida intelectual, bien que en Lima y el Cuzco la literatura colonial no fué sino un vano remedo de la literatura española, realizado por versificadores sin talento, que escribian en una tierra sin nacionalidad. No obstante esos reparos, la literatura colonial del Perú aventaja también a la nuestra, aunque dentro de ese común carácter de teología, conceptismo y remedo, que invalida toda la producción de los siglos XVI, XVII y XVIII en las diversas regiones coloniales de América. En sus orígenes del siglo XVI y XVII, fué la Argentina una periferia semisalvaje del Perú virreinal. Entre el Plata y España, otra metrópoli,— el Perú,— se nos interponía. Los caminos iban, no por el mar, sino por el interior del continente, a través de pampas desiertas y de ásperas montañas. Ni la llanura pastoril ni la distancia enorme, eran incentivo para la radicación de una aristocracia entre nosotros. Los hidalgos desdeñaban la agricultura y preferían las minas. El indio de nuestras pampas, desnudo y errante, era inferior al del Cuzco, que civilizaron los Incas. Por todo ello fuimos nosotros los últimos en alcanzar aquellos relativos bienes de la cultura colonial en sus formas urbanas y cortesanas. Mejor que en las ciudades,— pues aun en pleno siglo XVIII sólo eran fortines y rancherías, — nuestra nacionalidad germinó en las campañas pastoras, como lo demostró en la emancipación el advenimiento gauchesco. Hasta 1776, no vió en nuestra tierra un virrey y, apenas pasado un cuarto de siglo, ya se dió Buenos Aires la libertad de deponer y elegir virreyes por su cuenta. Hasta 1800, el Plata no tuvo periódicos ni asociaciones literarias de ninguna especie. El único foco de cultura intelectual en nuestro territorio fué la ciudad de Córdoba, con su universidad y su imprenta de la Compañía; pero ya hemos visto en qué consistió realmente. Ni siquiera una academia como la del virrey Castelldos Rius, famosa en el Perú del siglo XVII, pudimos ver aquí, ni aun concluído el siglo XVIII; academia de pésimo gusto aquélla, pero al fin mejor que ninguna. Y así también carecimos, a la vez que de asociaciones y periódicos, hasta de representaciones teatrales como las de Méjico y Lima.

Las *constituciones* de la Universidad de Córdoba, disponen que la institución ha de tomar un *teatro* para sus actos literarios. Se refiere a él la constitución 61 del padre Rada, que dice así: «Hase de procurar que para los actos, principalmente de la ignaciana, se señale un buen *teatro* en el patio de nuestras escuelas, el cual tendrá sus asientos altos en que se asienten los doctores y enfrente de la cátedra el del padre rector; tendrá también asientos aparte para religiosos y caballeros, y se adornará para el día de los actos con alfombras y tapetes, bufetes y algunas buenas colgaduras: pero con advertencia que este ornato no ha de estar a cargo del colegio de la Compañía sino del graduando como también el acompañamiento con que deben ir a su casa y volver a ella para recibir los grados». Si bien se mira, este tablado de las antiguas fiestas universitarias es el mismo que ha sobrevivido en el salón de actos de los colegios jesuíticos y en el estrado de nuestras modernas colaciones universitarias.

Ocurrió a veces que dentro de esos colegios y quizá en aquel *teatro*, se hicieron representaciones escénicas, de inofensivo recreo o de edificación moral, compuestas por los maestros, que eran clérigos, y a veces por algún discípulo aventajado y precoz. Pero de aquello no han quedado sino rastros borrosos. Posible es que allí



se representaran también, en días de buen humor, algunos autos de Calderón: quizá también algunos sainetes o pasos de comedia. En las ceremonias oficiales, recitaron allí los doctores, alguna «elegante oración latina», según lo prescriben las constituciones, o alguna poesía alusiva a los fastos de la Iglesia. Toda esa vida intelectual estaba regida por los cánones de Santo Tomás, del padre Suárez, de Pedro Lombardo y Aristóteles en lo filosófico y teológico. En lo literario, el gusto disciplinábase, desde los primeros cursos de gramática, en la traducción de Fedro, Virgilio, Horacio, Ovidio, Cicerón, Tito Livio, Tácito, Salustio. De ahí que todos los escritores de la época, incluso los de la emancipación, como Moreno y Monteagudo, tuviesen gran familiaridad con el anecdotario clásico, citado por ellos con frecuencia.

No podemos decir, sin embargo, que aquello fuera un teatro en realidad. Algunas representaciones litúrgicas hacíanse por entonces en los templos y los atrios, especialmente pesebres en Navidad, con villancicos y églogas, o pasos en Semana Santa, con trágicos íconos y decoraciones. En las obras del cordobés Luis de Tejeda, alguna reminiscencia encontramos de aquellas fiestas litúrgicas.

Representaciones profanas también las había; pero sólo de tarde en tarde. Organizábase la farándula para celebrar los onomásticos del rey o su ascensión al trono. En el advenimiento de Fernando VI, hiciéronse tales representaciones, aun en nuestros pueblos más humildes. Un acta capitular de 1747, en Santiago del Estero, dispone la fiesta teatral a costa del Cabildo, y al mentar la comedia, postérgala «hasta que se aprendan los papeles de ella». Buenos Aires disponía de medios propios para tales representaciones ocasionales. Acompañáronse estos festivales públicos en 1766, con obras de Calderón de la Barca, dramaturgo cristiano por

(1) De la *Historia de la Literatura Argentina*. Tomo II. "Los coloniales", que tanto éxito ha obtenido.

excelencia, cuyas piezas gozaban de predilección.

Teatro estable, es decir, edificio teatral e institución permanente de representaciones, no lo hubo en territorio argentino hasta el virreinato de Vértiz, quien fundó en Buenos Aires nuestro primer «coliseo» el año 1781. Pero, según se ve, dicha institución literaria no nació entre nosotros, a par del periodismo, sino cuando ya la época colonial llegaba a su término.

Claro es que una institución democrática de ese género, no pudo arraigarse sin luchar antes con la resistencia de la casta sacerdotal, que aun gobernaba. Quiso Vértiz prohijarla destinando las utilidades al mantenimiento de los niños expósitos, y establecióse además la censura previa, para evitar la guerra del clero. Vértiz, en su memoria virreinal, decía de esta fundación: «he admitido después de varias consultas la representación y teatro público por el arrendamiento anual de dos mil pesos en beneficio de los mismos expósitos; pero cuidando atentamente de que se justifique de cuantos defectos puedan corromper la juventud o servir de escándalo al pueblo; que se revisen antes las comedias y se quite de ellas toda expresión inhonesta o cualquier pasaje que puede mirarse con este aspecto: y teniendo dadas las más estrechas providencias porque allí no haya el menor desorden, sobre que celan el señor intendente general y los oficiales militares destinados, y aun yo asistía para certificarme del cumplimiento y precauciones con que debían obrar todos, dirigidos al mismo fin. Y a la verdad que así acrisolado el teatro, no sólo le conceptúan muchos políticos por una de las mejores escuelas para las costumbres, para el idioma y para la urbanidad general, sino que es conveniente en esta ciudad que carece de otras diversiones públicas...» (1).

A pesar de tan loables razones, los frailes de San Francisco protestaron. Uno de ellos predicó acerbamente contra las representaciones y bailes públicos del corral primitivo, que funcionó en la Ranchería (actual rincón de las calles Perú y Alsina). Poco tiempo más tarde, el teatro, simple barracón de madera y paja, desapareció en un incendio, y no faltó quien murmurara que un cohete lanzado la noche de San Juan, desde la iglesia del mismo nombre, cercana al sitio del suceso, había sido el origen del incendio. Y cuando hubo de reinstalarse el tablado, el virrey otorgó nuevo permiso para que éste se levantara en otro barrio; y como eligiera el empresario la esquina actual de Reconquista y Cangallo, — frente a la Merced, — entonces fueron los mercedarios quienes protestaron de semejante vecino. El convento de la Merced y el nuevo teatro viéronse frente a frente, con tal escándalo de la congregación, que ésta elevó al virrey el siguiente memorial: «El lugar es muy impropio: la ciudad abunda de acomodados, con que no se verifique que el Arca del Testamento se coloca al lado del ídolo Dagon. Vexelencia no ha de permitir que tan de cerca resuenen ecos tan opuestos y dissonantes que se perturven los sacrificios sagrados, que se interrumpa el silencio de una comunidad Religiosa, y que se abra margen especialmente en el día en que abunda este Pueblo de Hereges para que se burlen de Nuestra Católica Religión.»

El gobierno resolvió que era una construcción provisional, y que se tomarían precauciones para evitar los inconvenientes señalados.

Todo esto ocurría entrado ya el siglo XIX. La hora de la revolución no tardaría en sonar. Entretanto, el teatro había funcionado, pero resistido por el clero, y sin dejar otro fruto de su estímulo, que el *Siripo* de Labardén, en dichas tablas representado: pero que por ser obra perdida y única, no tiene para nosotros mérito más alto que el de su propia leyenda...

RICARDO ROJAS.

Dib. de Fortuny.

(1) *Revista del Río de la Plata*, tomo I, página 531.

TIPOS POPULARES DE LA REPUBLICA

"LA AGUSTINA" DE VILLA BALLESTER



Doña Agustina, ante el objetivo, manifestándose enemiga de Daguerre.

Posiblemente no haya, por los alrededores de Villa Ballester, a quien no le sea familiar la figura de la Agustina, como generalmente se le llama.

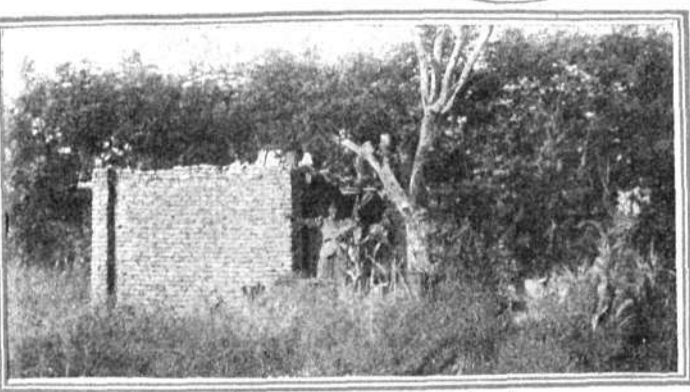
En actitud beatífica unas veces, pues ella es muy creyente, con gesto sombrío otras, paséase por las calles causando la hilaridad, tanto como el terror, a los chicos y el cuidado también a los que no lo son, porque ¡guay! del que se le acerque cuando, como una poseída, arroja piedras con certera puntería.

En su rancho se le ve, en sus momentos de calma, que, arrodillada, ora ante un árbol, que dice es un regalo de Dios.

Refiérese de ella que su locura data de la muerte de su hija, y que su posición, antes de acaecer esto, era desahogada; no lo sabemos, lo que sí es que, en lo que respecta a locura, ésta es real, dado el trabajo, y podemos decir arriesgado, que nos costó obtener las fotografías publicadas; una vez: que dentro de la máquina estaba Dios, y otra vez que estaba el diablo, casi nos quedamos sin ella, gracias a su buena puntería.



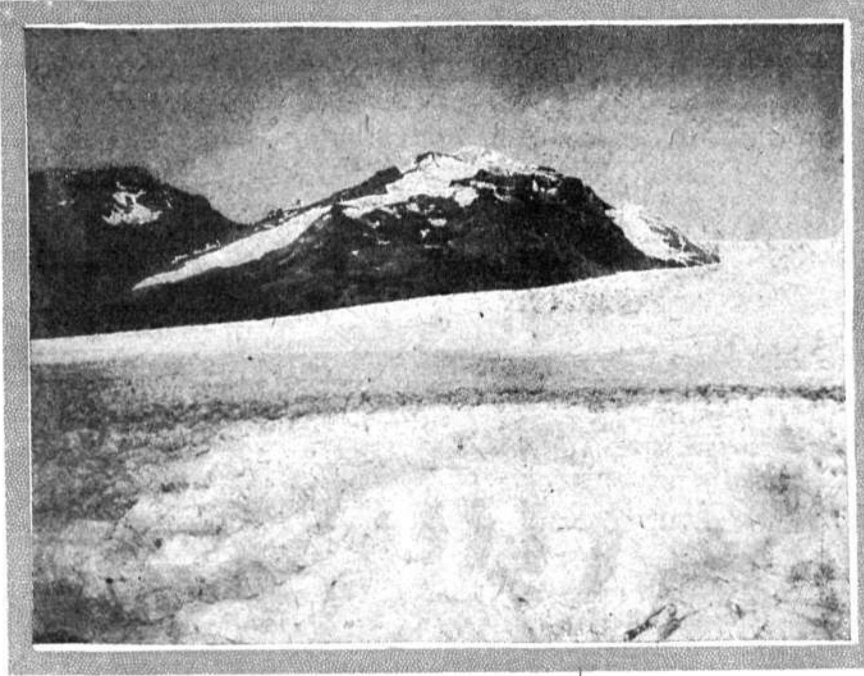
Doña Agustina, defendiéndose de enemigos imaginarios.



El rancho donde habita la señora Doña Agustina.

Un correo de los Andes, hace veinte años

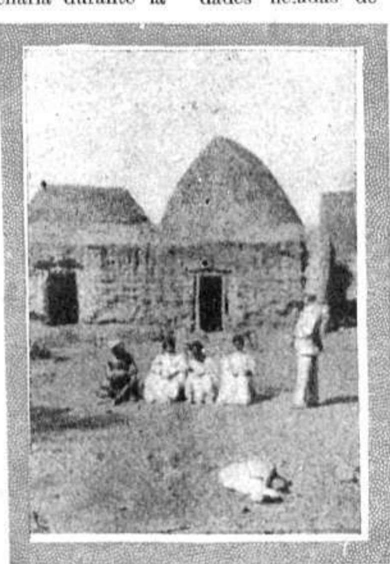
Marchando penosamente entre la nieve amontanada sobre el camino, que incansable ha caído por días y días; ascendiendo encorvado, agobiado bajo el peso de las valijas postales; subiendo, siempre subiendo, un punto apenas perceptible en la grandiosidad del blanco escenario, tal aparece a nuestra imaginación el último «Correo de los Andes» en su postrer viaje a través de la montaña, antes de que el ferrocarril invadiese sus dominios señoriales arrebatándole ese reino inmenso, mis-



Un ventisquero en la Cordillera.

terioso y trágico de la cordillera meridional americana.

¡Tipo extraño el arriero de los Andes, que a las veces hacía de correo! Peludo, barbón, quemado por la nieve el cobrizo rostro, caído el mostacho hirsuto; más bien bajo y grueso; forrado en dos y hasta tres ponchitos cortos, a la chilena, no sospecharíase en él al verle el coraje y resolución que, sin embargo, desplegaba a cada instante. Reservado, enemigo de la charla durante la marcha, — porque eso distrae al arriero en sus observaciones profundas y minuciosas del camino, verdadero relevamiento que luego le permitirá desenvolverse y orientarse aún en medio de una tempestad de nieve y viento que todo lo oculta y desfigura, — su esfuerzo incansable, su valor tranquilo, sereno y su fortaleza muscular, hizo posible que hasta hace quince años durante la estación peligrosa de principios y fines de verano, en que la cordillera todavía «da paso», — el resto del año permanecía «cerrada», — la hermana República de Chile no quedara reducida a la vía marítima; — ¡10 días más de viaje! — para el recibo de su correspondencia de ultramar.



Casa de piedra para resguardo de los viajeros.

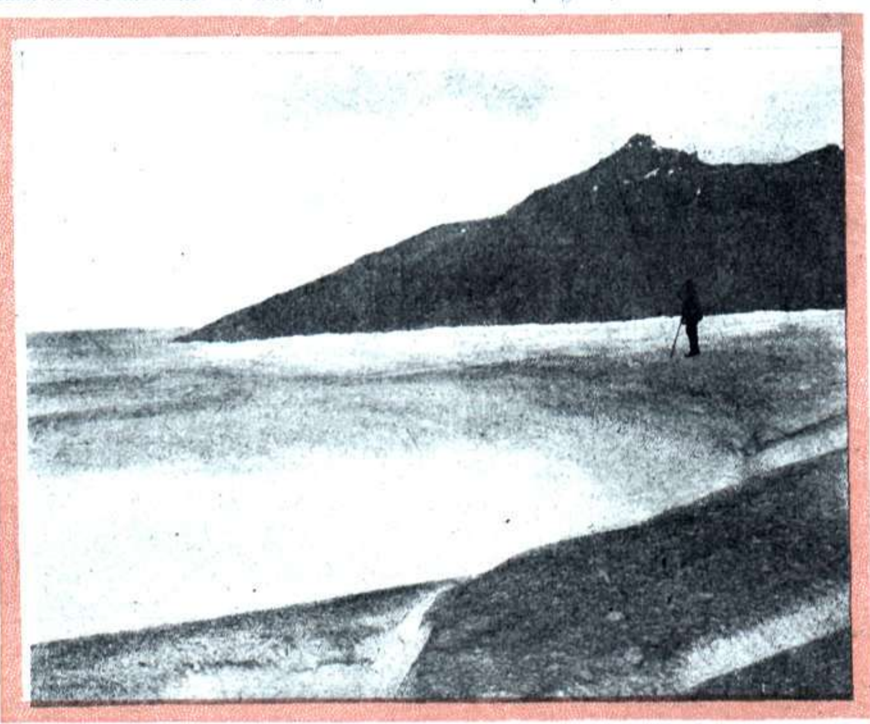
Llegaban entonces los trenes primero a Uspallata, luego al Inca. De allí al Salto del Soldado, que separan sus diez o doce leguas de camino entre ásperas gargantas y yermas faldas de montaña, apenas salpicadas en alguna parte por desmedrados arbustillos, hacíase el viaje parte en carruaje, parte en mula, durante la buena estación, que no va más allá de abril; la jornada, por lo novedosa y desprovista de peligros, resultaba agradable y seductora. Pero el correo continuaba mientras podía, hasta mayo y junio. Era preciso. Así, la carta de Londres o Amsterdam al banquero de Valparaíso; la esquela familiar, afectuosa, con los trazos temblones del abuelo, o los finos de la esposa en Buenos Aires; y el billete perfumado de la prometida que paseaba su gracia santiaguina en París, debido al esfuerzo, al valor del humilde correo, podían llegar a destino «vía Cordillera», no sin que éste debiera librar ruda batalla con la naturaleza abrupta y salvaje de los Andes. Nunca hubo para él, sin embargo, la palabra de aliento y reconocimiento que en justicia merecía.

Pero no importa. El viajero de hoy en día, que desde la ventanilla de su coche de primera, tibio y confortable, contempla el panorama andino, más de una vez sigue con la vista, interesado, el caminito de hormigas, aquel que serpentea, caracolea entre la montaña, sube, da vuelta, zigzaguea, va y viene, dibujando extrañas figuras, sorprende de cuando en cuando, pasando Uspallata, en los Penitentes, Paramillo de las Cuevas y las Calaveras, ciertas cruces rústicas, de madera, de hierro, de piedra, — especie de menhires criollos, — que jalonean el camino: son las tumbas de los valientes guías y correos de los Andes, que año por año, al empezar el invierno, pagaban tributo a la muerte en las soledades heladas de la montaña cruel e implacable.

¡Muerte horrible la suya! Con las valijas al hombro a veces, otras arreando las mulas que las cargaban, desde abril el correo marchaba a pie para evitar el enfriamiento fatal que traidoramente adormece de repente el pie, la pierna, y poco a poco trae la muerte, segura, fatal, inevitable, en medio del desamparo atroz, anonadante de la montaña desierta... Y el correo marcha, marcha guiado por su instinto, por su conocimiento exacto del terreno, porque la nieve nada deja ver. El sabe, adivina, por donde va la senda cubierta bajo un manto hasta de catorce metros de nieve. En el paso peligroso, en el desfiladero, junto al precipicio oculto por la nieve, el correo sabe donde poner el pie, sabe que veinte centímetros de error significa la caída al fondo del abismo, al río, que allí abajo, cien metros más hondo, a pique, corre levantando blanquecina espuma al chocar contra los enormes pedruscos del lecho, para luego caer como fina llovizna sobre el agua que agitada, loca, atropellán-

dado todo, corre como si el rio mismo supiera que un segundo de pereza significaría para él también la congelación fatal...

Y así, el correo anda, anda rápido, porque es forzoso llegar al refugio que cada legua en cierta parte del camino se ha construído: a la pobre casucha de piedra, de techo también de piedra en forma de casquete cónico — así fabricada para mejor resistir al peso de la nieve — refugio que le permitirá capear el temporal que se viene. Allí pasará interminables horas prisionero de la nieve que implacable e incansable cae horas seguidas durante la estación cruda y terrible del invierno andino. Entonces el correo, en su pobre celda de piedra, no hallaba otro abrigo que el calorcito reconfortante del whisky, que trago a trago, lentamente, pero seguramente, iba desapareciendo de la amplia y bien provista cantimplora, yendo a reanimar su cuerpo entumecido por temperaturas de 15 y 20 grados bajo cero. Otras veces la borrasca se descuelga rápida y furiosa, la nieve cae con fuerza, maciza, compacta, en capullos grandes como puñadas de algodón y tan juntos y tan apretados que a un metro nada se ve, a no ser la blancura inmaculada y enceguecedora del medio: blanco el piso, blanca la falda de la montaña, blanco el cielo, todo blanco, siempre blanco. De pronto el correo siente una viva comezón cuyos peligros conoce y que empieza por las yemas de los dedos del pie. ¡De prisa, amigo correo, redobla la marcha! La comezón prosigue, penetrante, aguda, a pesar de que el arriero lleva sus grandes «ojotas» de cuero de carnero con la lana para adentro. El whisky, — ¡pobre correo! — te resulta débil, aguado; y la parálisis avanza... El correo hace un supremo esfuerzo, junta coraje y procura seguir. ¡Imposible! las piernas no dan más, y está solo, solo. Poco a poco la nieve lo va cubriendo hasta que llega al fin la muerte, liberadora de tanta miseria y sufrimiento...



Paso en un ventisquero.

Meses después, durante el deshielo, unos compañeros descubren el cuerpo helado del correo, siempre de pie, en actitud de marchar, contraída la faz por la mueca característica del helado, que semeja a una carcajada trágica, horrible, pavorosa.

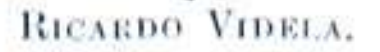
Ese hombre, no obstante, por una mísera paga del correo argentino arriesgaba diariamente su vida, sin gloria, sin provecho, porque sí, por costumbre, por fatalismo, — ¡qué sé yo! — ¡pues trabajo, a Dios gracias nunca faltaba en el llano! Tal vez le impelía el espíritu de aventura que sin duda le trasmitiera la poca sangre que llevaba de sus antepasados lejanos los conquistadores, que por esos mismos montes y caminos vinieron en 1561 y fundaron en el valle de Guentala esta ciudad de Mendoza, después llamada de la Resurrección... Quizá no era ajeno tampoco a ello, en parte, su origen indiano por la madre, más remoto aún, puesto que remontaba al Imperio de los Incas cuyos súbditos, siglos antes que los españoles, entraron de Chile por los Andes... ¡Mas de todos modos, bendito sea ese hombre que, ciego instrumento del progreso, escalaba montañas, salvando precipicios; pasaba privaciones y sufrimientos en medio de una ruta ingrata, poblada de peligros y trabajos!

Llegó un día, sin embargo, «en que unos obreros que picaban la piedra desde las dos faldas antes hostiles de la montaña, se encontraron en lo negro del túnel concluído, con abrazos de fraternidad y gritos de gloria». Luego, antes del Centenario de Mayo, la locomotora traspuso la áspera muralla y el viejo correo y guía de los Andes, concluída su misión, tornó triste y meditabundo al llano, azorado aún del milagro realizado por la mano del hombre, a concluir una existencia inútil y sin objeto, puesto que desprovista de las aventuras, correrías y peligros que la hacían amar... no tenía encanto para él.



Correo y viajeros en un paso difícil.

Ricardo Videla.



Mendoza, mayo, 1918.

SARRASQUETA, "CAMOUFLET"





Pasando por la dársena, observa con curiosidad un barco inglés, todo pintarrajeado o "camoufleado", sistema que emplean *para pasar inadvertidos ante los submarinos enemigos.*

Sarrasqueta, que sufre de una terrible persecución por sus ingleses o acreedores, estudia la manera de libertarse de ellos, para lo cual pone a contribución su poderoso ingenio.



Entusiasmado con tan genial idea, la adopta, para pasar él inadvertido por la calle, cuando tenga un encuentro con sus ingleses, y defenderse de un torpedeamiento por los mismos medios inventados por ellos. Compra anilinas y empieza a "camoufletearse".



Ya perfectamente "camoufleteado", sale audazmente a la calle, en la seguridad de pasar completamente invisible a sus recalcitrantes perseguidores y sin temor a torpedeamientos ni trompeaduras.



Un vigilante, tomándole por un arlequín, le detiene, advirtiéndole que aun no ha llegado Carnaval y que si no se desenmascara, lo manda a la comisaría.



Cuando le ven por la espalda se ríen mucho, pues le toman por un pobre gato, y pasea tranquilo a la vista de todos.

Pero un inglés asustadizo, al verlo, le confunde con algún tigre escapado del Zoo y la emprende a estacazos con él. Lo que demuestra que para acreedores recalcitrantes no sirve "camoufletearse"

Dib. de Redondo.



MONTEAVARO SE CASABA...

Una noche, al salir de la Casa de Gobierno, después de terminar la jornada diaria, me llamaron. No di vuelta, suponiendo que el importuno fuese uno de los tantos postulantes de empleos que, como acridios alrededor de un árbol copudo y verde, golpean las puertas y la paciencia de los funcionarios con suficiente poder para repartir prebendas. Sucedía el caso allá por 1911, en la plaza Primera Junta de la Plata, en pleno invierno.

Apreté el paso y me disponía a cruzar el camino blanquecino de conchilla, cuando la voz conocida de Antonio Monteavaro me detuvo:

—Hombre, espérate... Hace cinco horas que te aguardo para hablarte. Recíbeme en esta oficina lujosa.

Diciendo y haciendo, me tomó de un brazo y se sentó conmigo en un banco, bajo una hermosa y hospitalaria magnolia.

—Aquí estaremos mejor que allí.

—¿Por qué no te anunciaste?

—¿Por qué? —repuso.— Me faltaron guantes y botines. Sin tales credenciales los negros ordenanzas hubieran hecho conmigo una mazamorra.

El querido muchacho, el sutil y original espíritu, tan hermano mío en el ideal, denotaba en su semblante un destello de alegría y esperanza.

—He venido a verte haciendo un sacrificio. Supondrás que no uso pase oficial, que no me han dado medalla legislativa y que el diario donde escribo no me adelanta un peso para viajar, porque dice el administrador que si saco billete para Córdoba a las veinticuatro horas amanezco en Bahía Blanca. Tenía que hablar contigo así, a solas, y me fuí a Constitución. Pedí boleto de tercera y se rieron de mí; de perro, y el empleado de ventanilla casi me ladra y hasta intenté colarme en un vagón de ganado, acordándome de Goicoechea Menéndez y Bernardo Berro, que iban de una parte a otra en los vagones jaula en tan amable consorcio con los animales, como si se hallaran en los Pullman a Rosario o Mar del Plata. No emprendí la vía pedestre por carencia de suela en mis zapatos y el temor de la cruzada a nado del arroyo del Gato. Llegué en segunda a solicitarte un empleo de doscientos nacionales, porque he resuelto casarme, como lo oyes, casarme; ando enamorado, y un hombre, para tal empresa, requiere cuellos, corbatas, traje, sombrero, bastón y una cartera de cuero de Rusia... Si tú me nombras en cualquier cosa, capataz, dactilógrafo, vacunador, cura o escribiente, compraré todo eso y me casaré. Serás mi padrino, te dedicaré mi primer chico y una novela en la que tú aparecerás como un Dios, como un Hado bueno, armado de las siete virtudes. Tú lo harás, ¿no? porque eres mi hermano; en la calle más de uno me ha saludado confundiéndome contigo y he respondido ceremoniosamente, dejándote bien... Me pagarás la cortesía.

Todo lo expresó con su verba ágil, rápida, ligeramente irónica y afectuosa. Monteavaro unía a su ingenio hondo y claro, admirable precisión; lo que su inteligencia concebía era incisivo, certero, y su pluma espontánea y fácil burilaba su personalidad literaria en el metal donde se han fundido las reputaciones de excepción.

—¿Recuerdas el cuento de Edgard Poe, que solíamos leer juntos? El cuervo enamorado que se volvió palomo... Amo como nunca he amado; es ella una mujer pálida como la luna, linda como mi mejor fantasía. La haré mi esposa, y escribiré artículos serios, libros filosóficos y hasta un editorial de dos columnas sobre el impuesto al calzado. ¡Ya verás!

Monteavaro se transformaba.

Las pupilas brillantes, el ademán entusiasta, el acento confidencial, casi conmovido, —el descreído, el escéptico, el que había hecho de su existencia sátira en acción, desapareció bajo la llama vívida de una pasión que lo elevaba.

—Seré otro Monteavaro. Ahora sí haré versos, versos de ensueño, deliciosos, sin ripios. Mi vida anterior la he tirado al río y se ha ahogado en el remolino. Me ha costado mucho vencerme, pero he triunfado. ¡La bohemia! ¡Qué pesadilla! Ayer tropecé con Soussens y me fijé que no llevaba guantes y se le caían los bigotes. Le grité: «Abajo la Siringa.» Tú sabes... la «Siringa», la creación del sublime Ingenieros. Soussens, enfurecido, me respondió con una injuria: «¡Malandrín!», acentuando las «erres». Si ahora pasaran por ahí Baudelaire, Murger, Verlaine, Rubén, los abofetearía. ¡Qué gentes! La gloria reina en mí. Las grandes pupilas de mi novia son los astros. ¿Sabes lo qué son los astros? No eres astrónomo, pero se les descubre cuando uno sueña... Dame un empleo y subiré hasta ellos.

—Convenido. Mañana cumpliré tu deseo.

Me abrazó, caluroso, y apretando mi mano con emoción, huyó de mi lado, con paso menudito.

—¡Espérate!...

—Se va el tren. Mañana volveré por el nombramiento. Tengo que verla esta noche.

Una semana después Monteavaro no había regresado y el nombramiento dormía en la carpeta oficial.

Al mes recibía carta suya, escrita con los caracteres firmes de su letra, en papel de ínfima calidad y en un sobre de réclame de cierto nuevo cognac en circulación.

Decía:

«Ya no me caso. He recogido mi vida del remolino. Se apagó la lámpara de mi corazón. Dale el puesto a otro que quiera casarse, comer galletitas y ser capataz o dactilógrafo.»

Al pie traía posdata:

«Me he reconciliado con Soussens. ¡Pobre Charles! No, no me batiré con él... Los malandrines son los que creen en el amor.»

La última vislumbre se extinguió, presagiando su triste fin.

MANUEL MARÍA OLIVER.

Dib. de Macaya.

Los caminos del país



El Director General de Puentes y Caminos de la Nación, ingeniero don Pedro Bazán, y su secretario, señor F. Nicolás Carrizo.

En todas partes los caminos son necesarios; pero en un país tan extenso como el nuestro, son más necesarios aún. De ahí que todas nuestras administraciones se hayan preocupado esencialmente de poner en comunicación las diversas regiones del país, del cual sólo una pequeña parte disfruta de las ventajas de la navegación fluvial, de esos caminos que andan, los ríos, según el conocido dicho de Pascal. En lo antiguo los caminos eran pocos: uno a Chile, otro al Alto Perú, con algunas ramificaciones a las ciudades más importantes y esa falta de caminos, de que siempre se quejaron los buenos funcionarios coloniales, fué una de las causas que dificultaron el desarrollo de la población. Pero esos tiempos ya pasaron, y ahora contamos con bastantes caminos, aunque no todavía los suficientes, insuficiencia que tiende a subsanar el proyecto de ley nacional de caminos, presentado al Ministro de Obras Públicas, doctor Torello, por la Dirección General de Puentes y Caminos de la Nación, a cuyo frente está el ingeniero don Pedro Bazán, con quien colaboran eficazmente su secretario, señor Nicolás Carrizo, el vicedirector, ingeniero J. A. Soldano y los ingenieros A. Ottanelli, jefe de estudios y proyectos, M. Arturo Monge, inspector de la zona oeste, y R. Santángelo, inspector de la zona este. Ese proyecto, verdadero y sazonado fruto de la ciencia y de la experiencia, merece ser considerado por el Congreso, pues en él están consultadas todas las necesidades y se propone un plan muy bien concebido para salvarlas.

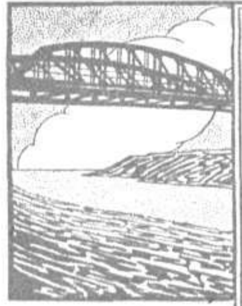
Vice-director general, ingeniero F. A. Soldano.

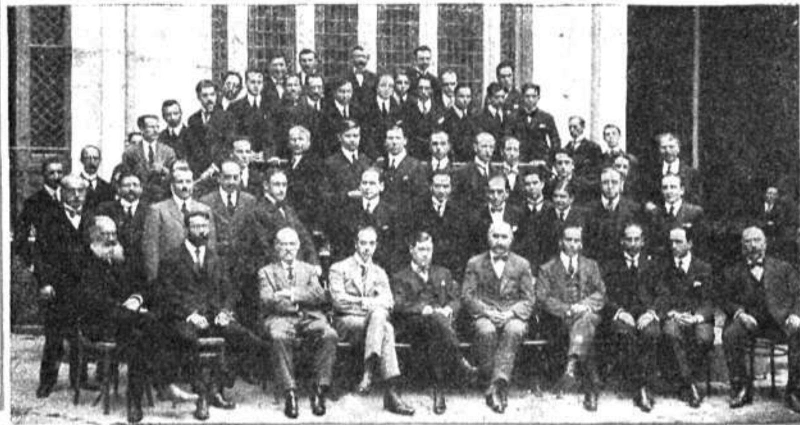
Ingenieros: A. Ottanelli, jefe de Estudios y Proyectos; M. Arturo Monge, inspector de la zona oeste, y R. Santángelo, inspector de la zona este.

Uno de los nuevos puentes levadizos, que se construirán en el Riachuelo, y del que es inventor el ingeniero A. Ottanelli.

Y que haya en el país abundantes y cómodos caminos, es cada día más necesario. De una parte, la población ha aumentado y tiende constantemente a aumentar, siendo mayor también cada día el área destinada al cultivo, y como no es posible que el ferrocarril vaya a todas partes a recoger los frutos de la tierra, es menester que el camino esté abierto, desde todos los puntos en que se producen, a las estaciones ferroviarias.

Pero aun hay más. Sucesos últimos y que amenazan repetirse con excesiva frecuencia, han venido a demostrar que no siempre se puede contar con los ferrocarriles. Una huelga de ferroviarios puede causar males inmensos; y el mejor modo de aminorarlos es dotar al país de





El personal administrativo y técnico.

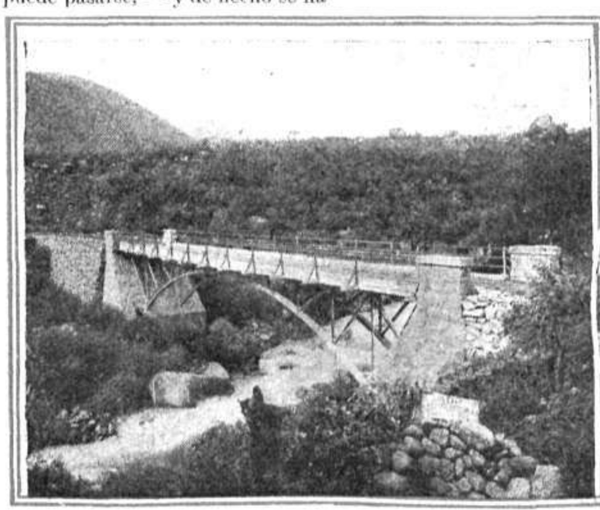
una red de caminos capaz de suplir, por lo menos en parte, a los trenes. Además, es un error fundamental y peligroso el de creer que el ferrocarril elimina la necesidad del camino; por el contrario, lo hace más apremiante, pues el camino es el complemento indispensable del ferrocarril. Así lo ha enseñado la experiencia en todos los países del mundo, en donde, conjuntamente con el desarrollo de las vias férreas, se han desarrollado los caminos. Y hasta puede decirse que el camino puede pasarse, — y de hecho se ha pasado siglos, — sin el ferrocarril; pero el ferrocarril no puede pasarse sin el camino.

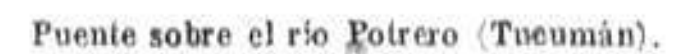
Y si de la necesidad pasamos al placer, los buenos caminos son un elemento indispensable para gozar de la vida, ahora que las bicicletas, las motocicletas, los automóviles, están al alcance de las pequeñas fortunas y aún de los modestos sueldos. Los buenos caminos, con su indispensable accesorio, los buenos puentes, contribuyen a mejorar la salubridad pública, pues permiten que las grandes ciudades se descongestionen, yéndose muchas gentes a vivir a pueblos de campo. ¡Y el mero placer de pasear en automóvil, en motocicleta, en bicicleta, o aún a pie o a caballo por un buen camino! De todos modos, pues, el camino es uno de los elementos indispensables de la verdadera civilización. Todavía se habla de los caminos romanos, del camino del Inca...

Puente sobre el Río Tercero (Córdoba).



Puente levadizo sobre el rio Chubut, en Rawson.





Puente sobre el río Potrero (Tucumán).



Puente sobre el Riachuelo.



Ya llega el invierno,
Ya el invierno llega,
Ya las hojas caen,
Ya está la Pradera
Triste y amarilla
De hojarasca llena.
Las espesas ramas
De las arboledas
Que dieron a Estío
Toda su belleza,
Luciendo sus copas
De hojas bien repletas,
Muestran su esqueleto,
Muestran su tristeza.
Ya las calles tristes
De gente desiertas,
Toman el aspecto
De tétrica aldea.

Ya llega el invierno,
Ya el frío se acerca,
Y como en los viejos
De blancas guedejas,
Va la nieve en copos
Cubriendo la tierra.
Todo es un sudario
De soledad y pena.
Ya me pongo triste,
Porque mi cabeza
Tiene la blancura
De la nieve yerta,
Porque mi alma joven
Antes de amor llena,
Sólo de la muerte
Que ronda mi puerta,
Recibirá pronto
Caricia postrera.

Ya llega el invierno,
Ya todo se aleja,
Ya llega la muerte
De esperanzas nuevas,
Sólo concebidas
Allá..., en Primavera.
Ya el año entristece,
Ya sólo me queda
Como una dolora
Sobre mi cabeza,
Los cabellos blancos
Como nieve espesa.
Ya llega el invierno,
Ya el invierno llega.

D. Cobas del Río.

Otoño, 1918.

Dib. de Oñirerta.



LA CASITA BLANCA

Despaciosamente,
por este sendero
rumoroso y largo,
con nuestros ensueños,
hacia la casita
que llenó febrero
de rosas y dalias
y frutos de almendros,
despaciosamente, callados, callados,
vayamos tejiendo la tela de un sueño!

La casita blanca
con bellos canteros,
y un jardín sombrío
de rumores lleno,
nos está esperando,
yo sé, lo presiento;
allí las alondras
cuidan sus pequeños,
y a las rosas sedeñas y tristes
van las mariposas, como van mis versos!

Hay en la casita
dulce paz, silencio;
despaciosamente
por este sendero,
sueltos a los aires
tus rubios cabellos
mientras juega la risa en tus labios
vayamos tejiendo la tela de un sueño!

Con aire atrevido
felices, risueños,
por las largas sendas
juntitos iremos;
la casita blanca
que muchos inviernos
le dieron nostalgias
a sus grandes huertos,
que en sus alamedas
jugaron los cierzos,
nos aguarda alma mía. ¡vayamos
contentos, tejiendo la tela de un sueño!

Tomados del brazo,
tú, riendo, riendo
de las avecillas
que volando presto
en busca del nido
se van a los ceibos,
o de los rapaces
que pasan corriendo
y al arroyo se internan llevando
florecillas hurtadas al huerto!

La casita blanca
como tus recuerdos
como un tul de novia
como mis deseos,
nos está esperando,
hasta que el invierno
marchite sus rosas
y sus crisantemos,
y no tenga alondras
en sus bellos huertos,
por la senda larga vayamos, la casa
parece que al verte se llena de ensueño!

DEL LIBRO "EL MILAGRO DE LA FUENTE", RECIENTEMENTE APARECIDO.

FÉLIX B. VISILLAC

ÓLEO DE LAVECCHIA

Conmemoración del Corpus



El Sántísimo Sacramento, bajo el palio, llevado por monseñor Alberti, a la salida de la procesión de la Catedral.



La procesión detenida ante el altar instalado en la Avenida de Mayo y Bolívar, durante las rogativas.



Monseñor Alberti, impartiendo la bendición, desde las gradas de la Catedral, a la inmensa muchedumbre de fieles que concurrió a solemnizar la tradicional ceremonia católica.

Homenaje del "Euskal Echea"



Concurrencia que asistió a la sencilla, al par que tocante ceremonia de la inauguración del monumento en memoria del señor Martín Errecaborde, primer presidente de dicha sociedad, realizada en los institutos de Llavallol. Abrió el acto, pronunciando sentidas frases, el doctor Jorge A. Echayde, siguiéndole en el uso de la palabra, el señor P. Jaca, quién historió la obra de la colonia vasca entre nosotros.



Vista del monumento inaugurado, en cuya placa está grabada la siguiente leyenda, que traducida, dice así: «La memoria de Martín Errecaborde, antes que en este bronce, quedó grabada para siempre en el alma de Euskal Echea».

El voto secreto en los Colegios Nacionales

La votación en el colegio «Juan Martín de Pueyrredón». — El cuarto obscuro está a la derecha.

Es indiscutible que el voto secreto, que en tan buena hora se implantó entre nosotros, es de una gran eficacia, sobre todo para calmar a los temperamentos exaltados, que tienen que esperar resignados hasta el final de una elección para «palpitarla», dando así un desahogo a su fibra partidista.

Sin embargo, si bien durante un acto electoral cualquiera, no se hacen aquellos «trabajitos» que tanta fama dieron a algunos caudillejos, en cambio, ahora la rivalidad electoral hace prodigios de «buen gusto» cuando trata de demostrar las «bondades» que adornan el candidato o candidatos contrarios.



Como el voto secreto es un artículo de moda, la muchachada de los colegios nacionales, lo ha adoptado, imponiéndolo al verificar sus elecciones para la renovación o constitución de las comisiones que deban regir «los sagrados», como reza uno de los carteles, intereses estudiantiles.

Inició la serie, el colegio nacional «Pueyrredón», cuyos alumnos, si es cierto que armaron un barullo infernal en el escrutinio, cuyo resultado fué ruidosamente festejado, no hicieron gala, quizá por carecer de local propicio, una buena lechería, como sus colegas del Nacional Central de una espiritualidad prodigada en infinidad de carteles alusivos al acto que también ellos realizaban.

El comité central, léase local de la lechería antes citada, fué teatro en los días que precedieron a la elección de escenas, donde la oratoria y el entusiasmo, bien alimentados por sendos «completos», puso de relieve las condiciones físicas, morales e intelectuales de los componentes de cada una de las numerosas listas, verde, de, azul, colorada, rosa, etcétera, etc., que se disputaban el triunfo.



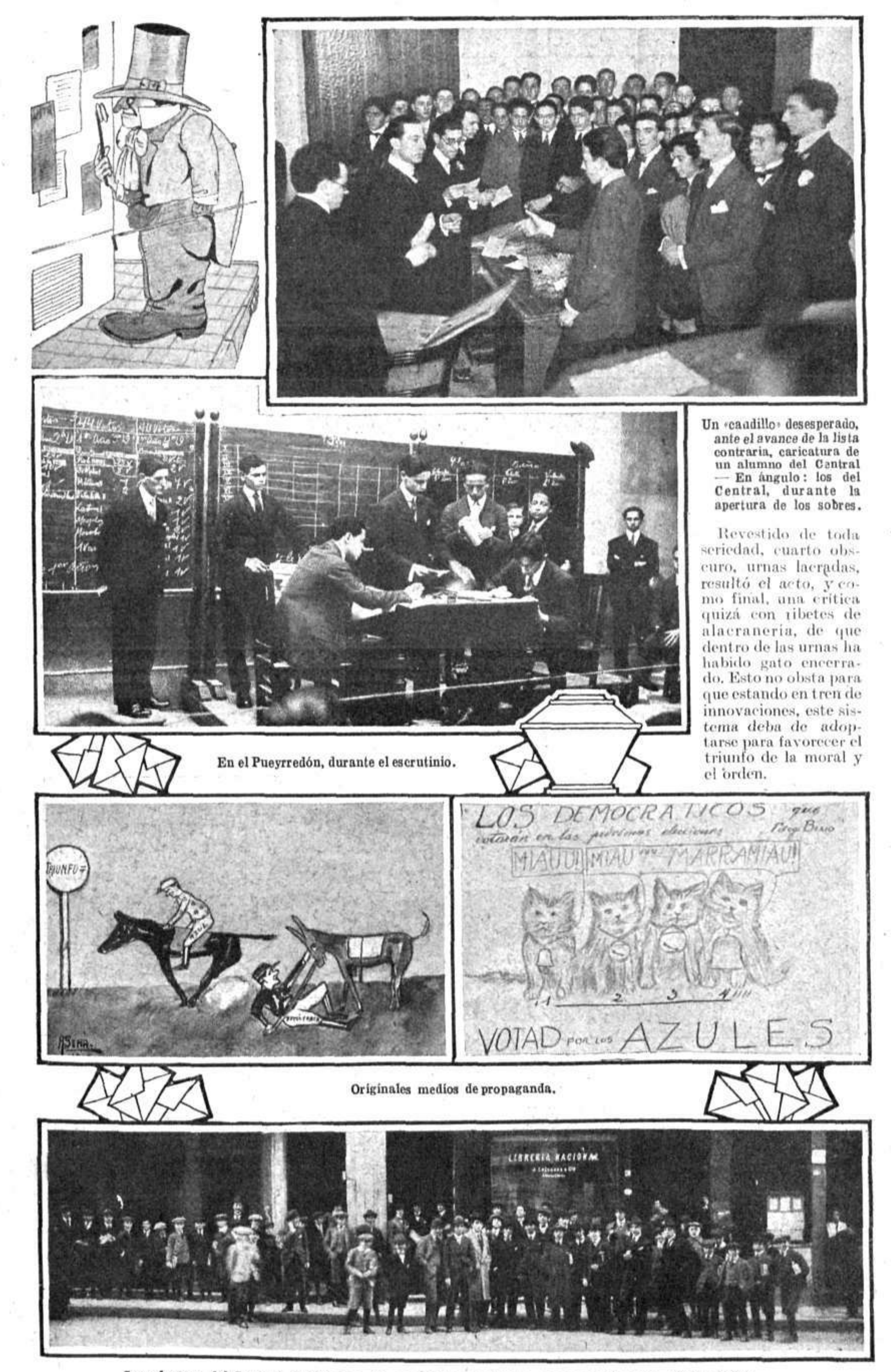


La propaganda electoral de los alumnos del Colegio Nacional Central, en una vidriera de la calle Bolívar.



Alumnos del Pueyrredón, esperando el resultado del escrutinio.

Pero llegó el acto, y con ello la tranquilidad de los espíritus estudiantiles, y también del de el lechero, que no los tenía todos consigo, temiendo por sus tazas, platos y vidrios.



Un «caudillo» desesperado, ante el avance de la lista contraria, caricatura de un alumno del Central — En ángulo: los del Central, durante la apertura de los sobres.

Revestido de toda seriedad, cuarto obscuro, urnas lacradas, resultó el acto, y como final, una crítica quizá con ribetes de alacranería, de que dentro de las urnas ha habido gato encerrado. Esto no obsta para que estando en tren de innovaciones, este sistema deba de adoptarse para favorecer el triunfo de la moral y el orden.

En el Pueyrredón, durante el escrutinio.

Originales medios de propaganda.

Los alumnos del Central, esperando a los candidatos triunfantes, para organizar una manifestación.

De Rosario



El intendente, doctor Ferreyra, conduciendo el guión, a la salida de la procesión del Corpus Christi de la iglesia matriz.



La solemne procesión, en uno de los descansos, durante la oración del presbítero Grenón.

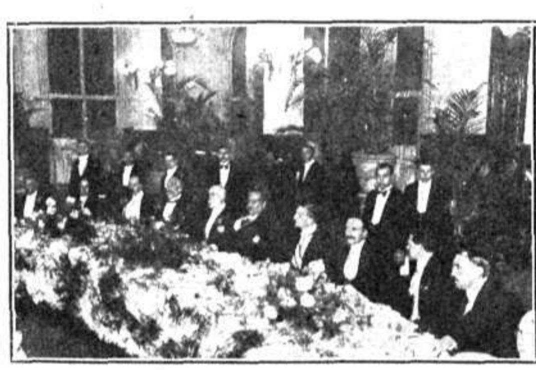


Niños que asistieron al matinée infantil, dado por la dirección de las escuelas inglesas, en el cine «La Bolsa», festejando el día del «Empire Day».



La presidenta de la sociedad «Asilo Maternal», pronunciando su discurso, en el momento de colocarse una placa en memoria de la señora Echagüe Salvá, fundadora de dicha institución.

De Montevideo



Cabecera del gran banquete ofrecido por el ministro de la Gran Bretaña a los poderes públicos, retribuyendo las atenciones dispensadas a los miembros de la embajada inglesa.



Grupo de niños concurrentes al gran baile infantil, celebrado en los salones del «Parque Hotel», a beneficio de la Cruz Roja Británica.





Distintas congregaciones católicas de fieles y la cabecera de la procesión celebrada con motivo de la festividad del Corpus Christi.

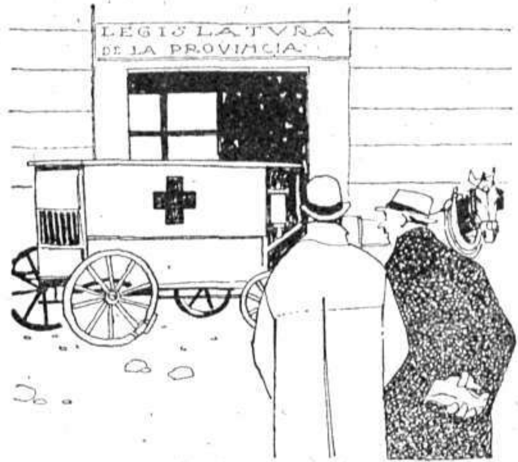
Emisión menor



Oyhanarte. — Con este bloque por delante, seremos inconmovibles en la Cámara.
Saguier. — Sí; pero he hecho instalar este periscopio para observar los movimientos del enemigo.



Alvarez de Toledo. — Con razón dicen que es molesto que le vengan a uno con embajadas... Por fortuna, estos ingleses hablan el criollo... y nos entendimos perfectamente.



— ¿Qué pasa en la legislatura de Buenos Aires, que tienen preparada la Asistencia Pública?
— Por ahora una interpelación... pero de sus resultados puede haber muertos y heridos.



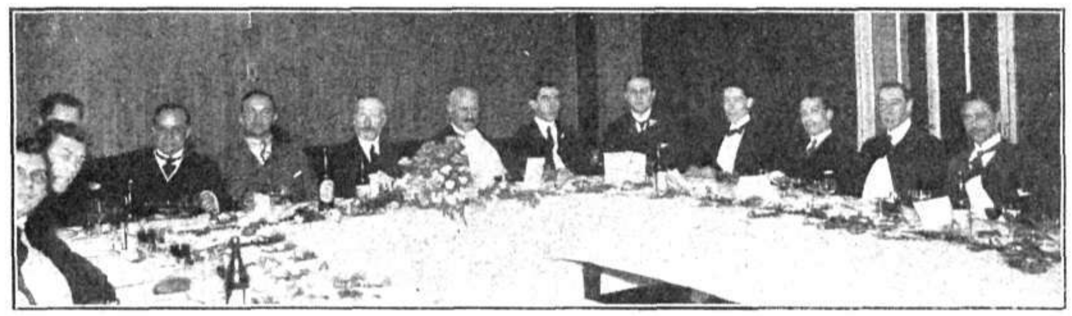
— Le felicito, ministro. Ya sé que está propuesto para un ascenso.
Elpidio. — ¿Cómo, van a hacerme general?
— Por ahora, se habla de hacerle gobernador.
Elpidio. — Y aceptaré. Como buen militar, debo someterme a la disciplina.



Llambías. — ¡Qué novelero es Buenos Aires! Llegan algunos ingleses, y se olvida el público de mí. ¿Qué podría yo hacer o deshacer, para probar que existo?

Dib. de Polimani.

Notas varias



Comida celebrada en el restaurant del Pasaje Güemes, por los ingenieros agrónomos designados para formar la expedición a los territorios del Norte, para inspeccionar las tierras fiscales.



El Vicepresidente de la República, en ejercicio, acompañado del ministro del Brasil, a su llegada a bordo del «Minas Geraes».



Cabecera de la mesa, durante el almuerzo que el jefe de la flota del país hermano, que nos visitara, ofreció a los miembros del Poder Ejecutivo y otras personalidades.



El jefe de policía, doctor Moreno, colocando las jinetas, con que ha ascendido al grado inmediato superior a los cabos y agentes más antiguos y como estímulo a la buena conducta que han observado durante el desempeño de sus cargos.



Una de las artísticas vidrieras alegóricas, con que las casas de comercio de la capital se adhirieron a los festejos conmemorativos de mayo. La absoluta falta de espacio nos impide, como era nuestro propósito, dar a publicidad varias de ellas.



Llegada del Presidente de la República, doctor Irigoyen, a la zona petrolífera de Comodoro Rivadavia, en su reciente jira a los territorios del Sud.



El doctor Irigoyen, despidiéndose de los escolares de Comodoro Rivadavia, antes de embarcarse de regreso, en el acorazado «Rivadavia».



Acaba de inaugurarse nuestra tradicional «Foire aux Vanités...» Tenemos temporada lírica oficial, lectoras amigas; acontecimiento transcendental para los devotos y aficionados de buena ley, como también para ciertos elementos mundanos, que no conciben la existencia, sin estar *abonado* a cualquier turno, con tal que les sea dado exhibirse en una sala resplandeciente... Y en estas primeras y esperadas noches del Colón, hemos podido admirar en pleno apogeo el conjunto de nuestra tradicional «Foire aux Vanités...» Más que en años anteriores, podemos comprobar, ahora, que la guerra europea nos ha devuelto muchas y muy brillantes personalidades femeninas pertenecientes a nuestra aristocracia.

Las hay, sin embargo, *incorregibles* porteñas, que por decir que están en *París, malgré tout*, soportan el incesante bombardeo, *constituyendo* ellas y sus familias una carga más, para esa Francia tan amada, puesto que no prestándole el apoyo de su fortuna o de su servicio incondicional, se limitan a ser inútiles parásitos de un país azotado por todos los flagelos de la guerra... Y esta digresión me hace recordar que oí lamentar días pasados, en elegante círculo, el que uno de nuestros más acaudalados mundanos, caballero soltero *d'un certain age*, reputado por sus aficiones artísticas, y que se halla actualmente en Italia, recibiera, como precioso obsequio, una misteriosa encomienda que contenía: *un panecillo blanco, una ración de exquisita manteca y una docena de terroncitos de azúcar...* Como la pobre viejecita del cuento, aquel millonario porteño se hallaba sin *nadita que comer*, por lo menos, de lo que a él le parecía indispensable... ¿No dirán ustedes, como yo, lectoras amigas, que mejor estaría en su tierra, en vez de pesar en casa ajena? No pude contenerme, y ese fué mi comentario, dejando un tanto escandalizado al elegante círculo de parientes y amigos del pobre desterrado... Pero volvamos a lo nuestro, y por consiguiente a hacer algunos comentarios mundanos a propósito de las primeras exhibiciones de nuestra «Foire aux Vanités...» Desde mi disimulado rinconcillo, he podido observar algunas características de la moda actual; la porteña cuya autoridad como elegante está ya consagrada, sufre sin embargo una extraña sugestión: adopta tal o cual detalle impuesto por la modista o modisto en boga, sin analizar y deslindar lo que pueda favorecer a determinado tipo de belleza, a una silueta esbelta o voluminosa... Esta sugestión del *figurín*, sin prestar la debida preferencia al género de belleza o el tipo poco agraciado de la minoría, nos impone el uniforme estilo de peinados, el modelo de traje repetido hasta el infinito, la uniforme actitud de las espectadoras elegantes... Y eso, que las Tanagras porteñas han modificado, este año, la actitud adoptada en el Colón, durante la última temporada; ya no se sientan cruzando las aristocráticas manos sobre la rodilla derecha, cruzada también indolentemente... En las pasadas noches ha habido alguna variedad en las actitudes, esperando, sin duda, que la moda indique la *pose* de actualidad... Pero volvamos a las *toilettes* y por consiguiente al modelo repetido hasta el infinito: el busto dividido, puesto que cruza la tela del traje desde el hombro izquierdo hasta el lado derecho de la cintura; cae esa *draperie*, negra por lo general, sobre una coraza rosa pálido, o *e'crue*... Alguien dijo cerca de mí, que el modelo, llevado con suma distinción por algunas, y demasiado aparatosamente por otras, le resultaba algo así como una simbólica alusión a patrióticas vestiduras... Y si en negro halló el nuevo traje algunas detractoras, confieso que sólo lo hallé criticable, al ver esa misma *draperie* hecha en terciopelo celeste turquesa muy fuerte, sobre coraza color de rosa; unía ambas telas, una rosa color fuego; cuán distinta era la armoniosa elegancia de una silueta vecina, que se erguía serena en artística actitud, en uno de los palcos bajos de la izquierda; vestía toda de blanco plata, y sujetaba los rectos pliegues de aquel traje que parecía una túnica clásica, enorme flor de terciopelo granate al lado izquierdo del talle... He visto muchas de esas *draperies* flotantes; en uno de los palcos bajos de la izquierda; las llevaban, también, en distintos colores dos interesantes hermanas; una de ellas había elegido el tono malva, que resulta siempre tan distinguido, pues no se ha vulgarizado aún.

Pero la moda de hoy nos ofrece muchas sorpresas, y con el recurso de combinar trajes con telas completamente opuestas, no ha de extrañarnos que se toleren ciertas extravagancias; he visto, en un palco balcón, un traje que parecía imitar a las suntuosas casullas recamadas de oro y pedrería; era su delantero, de lampas de oro, decorado de rosas en tonos fuertes, y el resto del traje, flotante como un manto, de terciopelo fresa fuerte... Les aseguro que no podía pasar desapercibido, y que muchas como yo detallaron largamente tan lujoso como llamante atavío...

En cambio, había mucho que admirar en la sala resplandeciente: belleza, elegancia y distinción, qué habrán sabido valorar los miembros de la nutrida embajada extranjera que nos visitara no ha muchos días. Entre las figuras femeninas más destacadas, pude anotar, desde mi rinconcillo: la arrogancia de Ercilia Cabral Hunter de Anchorena, la elegancia proverbial de María Luisa Quintana de Rodríguez Larreta, la exquisita belleza de Magdalena Benzolea de Sánchez Elía, el interesante porte de Elena P. Unzué de Alzaga, la gracia delicada de Angélica Molina Crisol de Achaval, el supremo chic de María A. Constanzó de Malaver, la atrayente figura de María Ayerza de Peró... Entre las jovencitas, fueron las más admiradas: Isabel Pearson Quintana, Josefina Cantilo Achaval, Susana Rodríguez Quintana, Adriana Harilaos; como también, Eloísa Juárez Celman, Mercedes Peña Unzué, María Cristina Méndez, Jeanne Dupont...

Luego, mientras algunas espectadoras escuchaban religiosamente el dúo de *Sanson y Dalila*, y otras elogiaban la elegancia del ademán de la nueva estrella, cuyos brazos — dijo alguien — parecían alas, oí susurrar al eterno Mr. Potin, comentando los lutos abreviados, las ejecuciones dolorosas, el último divorcio..., pero el viejo mago Massenet dominaba tales susurros, y por hoy no he de repetir nada...

La dama duende.

FLOR DE ENSUEÑO...

En un jardín azul creció mi flor amada
hecha de lirio y rosa
blanca y rosada...

Su perfume penetrante era místico y sensual...
de incienso del Arabia
mezclado con efluvios de rosal...

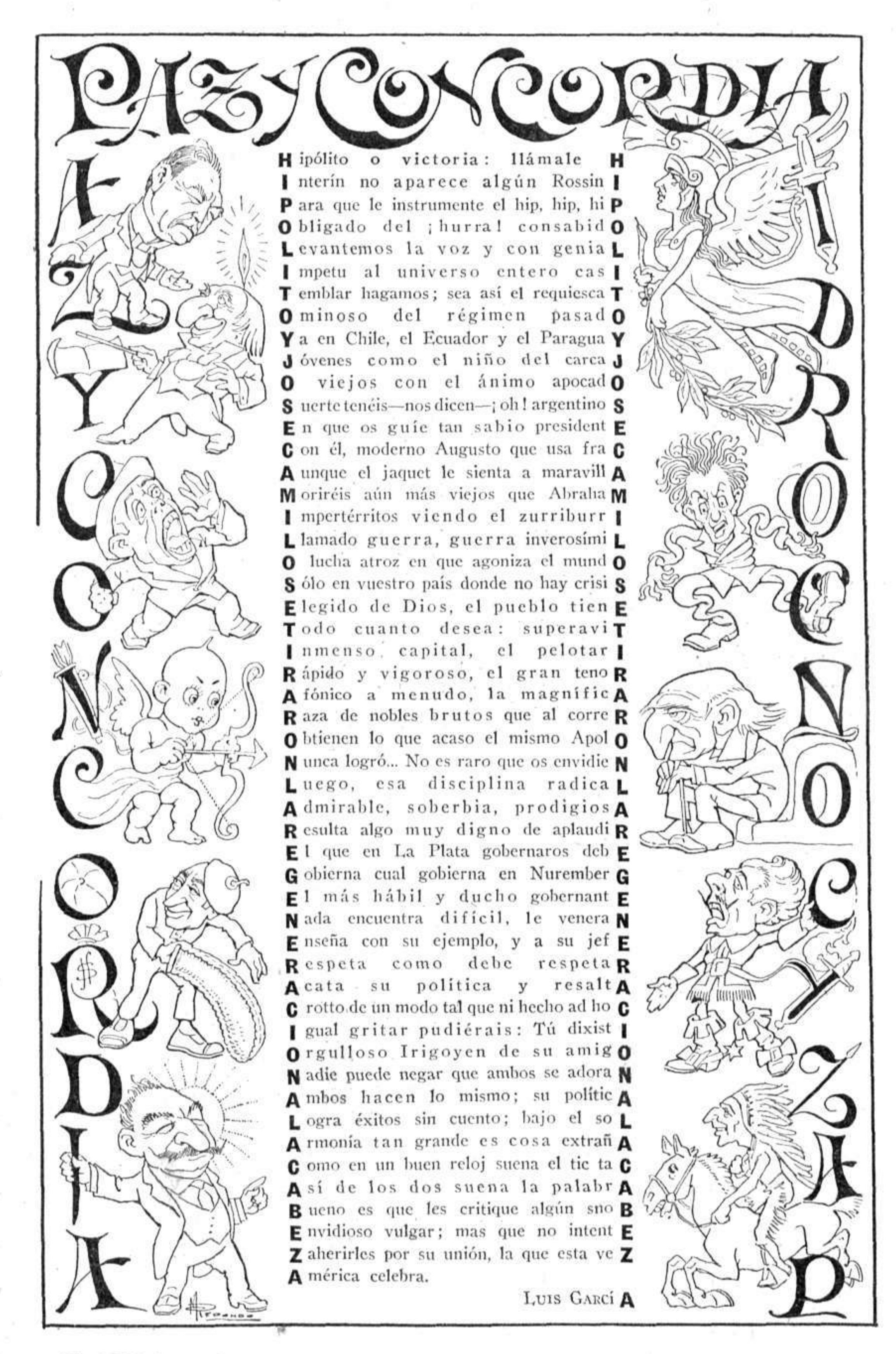
Era exótica y bella.
Era una flor con resplandor de estrella...

Creció como una pena
dentro de un alma de ilusiones llena...

Una mañana el frío de la Aurora
sus pétalos secó...: como el que llora
suspiraba la flor, y con su llanto
se formó de rocío un blanco manto...

Y en el jardín azul murió mi flor amada
hecha de lirio y rosa
blanca y rosada...

MARIANO MACIÁ.



PAZ Y CONCORDIA

Hipólito o victoria: llámale **H**
Interín no aparece algún Rossin **I**
Para que le instrumente el hip, hip, hi **P**
Obligado del ¡hurra! consabid **O**
Levantemos la voz y con genia **L**
Impetu al universo entero cas **I**
Temblar hagamos; sea así el requiesca **T**
Ominoso del régimen pasad **O**
Ya en Chile, el Ecuador y el Paragua **Y**
Jóvenes como el niño del carca **J**
O viejos con el ánimo apocad **O**
Suerte tenéis—nos dicen—¡oh! argentino **S**
En que os guíe tan sabio president **E**
Con él, moderno Augusto que usa fra **C**
Aunque el jaquet le sienta a maravill **A**
Moriréis aún más viejos que Abraha **M**
Impertérritos viendo el zurriburr **I**
Llamado guerra, guerra inverosími **L**
O lucha atroz en que agoniza el mund **O**
Sólo en vuestro país donde no hay crisi **S**
Elegido de Dios, el pueblo tien **E**
Todo cuanto desea: superavi **T**
Inmenso capital, el pelotar **I**
Rápido y vigoroso, el gran teno **R**
Afónico a menudo, la magnífic **A**
Raza de nobles brutos que al corre **R**
Obtienen lo que acaso el mismo Apol **O**
Nunca logró... No es raro que os envidie **N**
Luego, esa disciplina radica **L**
Admirable, soberbia, prodigios **A**
Resulta algo muy digno de aplaudi **R**
El que en La Plata gobernaros deb **E**
Gobierna cual gobierna en Nurember **G**
El más hábil y ducho gobernant **E**
Nada encuentra difícil, le venera **N**
Enseña con su ejemplo, y a su jef **E**
Respeta como debe respeta **R**
Acata su política y resalt **A**
Crotto de un modo tal que ni hecho ad ho **C**
Igual gritar pudiérais: Tú dixist **I**
Orgulloso Irigoyen de su amig **O**
Nadie puede negar que ambos se adora **N**
Ambos hacen lo mismo; su polític **A**
Logra éxitos sin cuento; bajo el so **L**
Armonía tan grande es cosa extrañ **A**
Como en un buen reloj suena el tic ta **C**
Así de los dos suena la palabr **A**
Bueno es que les critique algún sno **B**
Envidioso vulgar; mas que no intent **E**
Zaherirles por su unión, la que esta ve **Z**
América celebra.

LUIS GARCÍ **A**

Dib. de Redondo.

A TRAVÉS DE LA REPÚBLICA

UN CARACTER Y UN TALENTO



Rumbo a los barrios obreros. — El doctor Infante, con nuestro corresponsal viajero.

Fué el doctor Juan Alvarez, Juez Federal, uno de los espíritus selectos a quien Rosario debe gran parte de su movimiento intelectual, el que me aconsejó una visita al doctor Daniel Infante.

— ¿Ese señor del ramo de flores?

— El mismo. El ex Intendente que tuvo la ocurrencia de poner a remate todos los días un ramo de flores municipales, para arbitrar fondos en pro de la sociedad de las damas de beneficencia... Todo el mundo se reía... Como el tema se prestaba para los chistes, le decían ¡el Intendente del ramo!... Sin embargo, el hecho es que la sociedad de beneficencia a quien la Municipalidad había tenido que negar los fondos por no disponer de dinero, se encontró con buenos pesos conseguidos gracias al ramo de flores diario... Le daré una tarjeta para el doctor Infante, ¿quiere?...

— Muy bien...

— Mucho más que con los periodistas...

— Ah, ah... ¿Tiene prevenciones en contra?... Pues como no le he de dar motivo a quejas...

Fuí al estudio del doctor Infante, en la calle Córdoba; presenté la tarjeta del doctor Alvarez y francamente esperé resignado alguna de aquellas contracciones musculares involuntarias, que en el rostro de las personas son como frases escultóricas, dicen más que un discurso: — ¿A qué vendrá este señor periodista?... ¡Qué calamidad esta gente... metida... curiosa... atrevida!...

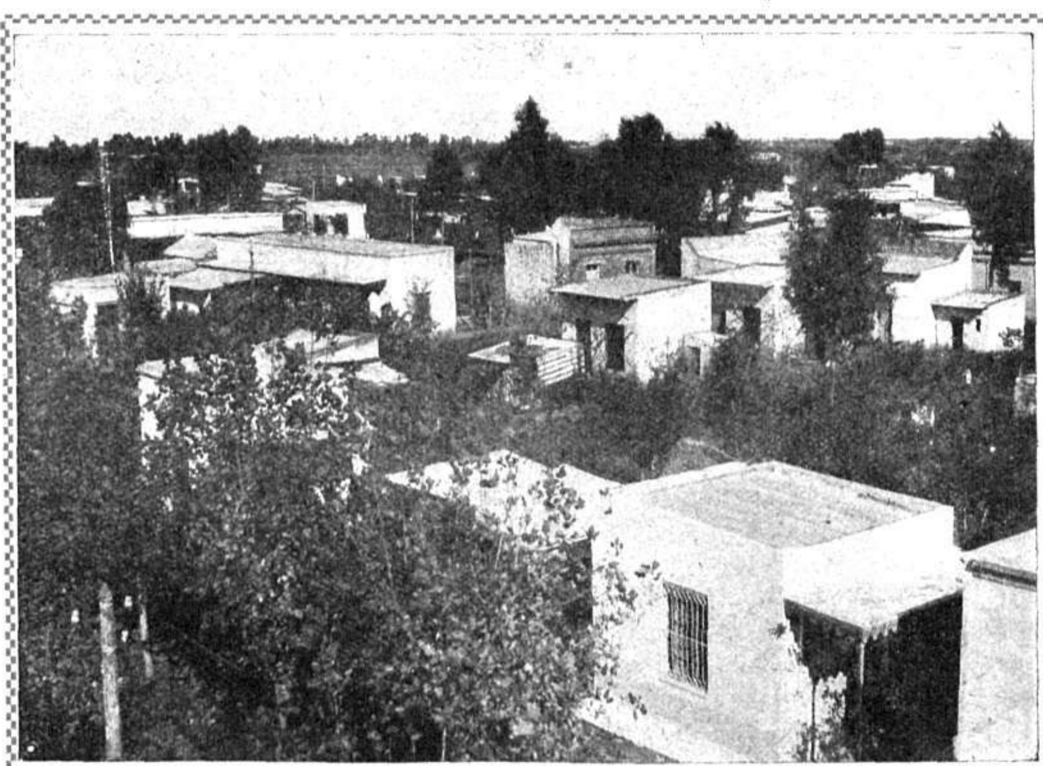
En cambio encontré todo un señor muy deferente, más bien exquisito...

— Estoy a su disposición...

— Quisiera, doctor, pedirle unos informes respecto a sus barrios...

— ¿Arrillaga, Azcuénaga y Godoy?... Como no, señor; con muchísimo gusto. Por lo pronto habrá visto usted que ni siquiera figuran en el mapa oficial de la ciudad del Rosario...

— ¿Cómo es eso?...



Vista parcial de los barrios que no existen, según el mapa oficial de la ciudad del Rosario.

—¡Sí, señor; sí, señor!... ¡Como suena! No figuran en el mapa... Están en blanco como si se tratara de terrenos despoblados. Sin embargo ya verá usted que no lo son...

—¿Y a qué obedece la omisión?

—Es una de las formas de lucha partidista rosarina: ¡Suprimir del mapa! ¡Sí, señor!... Lo mismo mi nombre y apellido, ¿piensa usted que alguna vez lo verá impreso en ciertos diarios de acá? ¡Qué esperanza!... Esta noche, por ejemplo, daré una conferencia en la Casa de España; pero mañana se hablará de todo menos que del doctor Infante... Así, así... ¡tal como lo digo!

—Pero me parece que estas armas no le molestan mucho, doctor.

—Me tienen absolutamente sin cuidado... Al contrario, me dan el buen humor, porque mis enemigos deben estar constantemente pensando en mí, para que no se diga esto, no salga aquello y demás... Pues, volviendo a los barrios...

—Eso es, doctor...

—Volviendo a los barrios, le diré que una de mis ideas fijas ha sido siempre la de proporcionar casa sana y barata a los trabajadores, a los que no pueden gastar mucho dinero para adquirir un hogar, y formé la Inmoviliaria Rosarina... Fíjese bien: Inmoviliaria, con v corta...

—¿Con?...

—Le voy a decir porqué. Hago esta digresión gramatical, porque si acaso usted viera escrito Inmoviliaria con v corta, sepa a qué obedece. La Academia Española es dueña de decir lo que quiere; pero la palabra inmóvil viene del verbo mover como la palabra movible... Se suprime la b y lógicamente quedan los derivados escritos con v corta y no con b larga. Pues vamos adelante. Para alcanzar mi objeto, se trataba de dar el terreno necesario en condiciones de pago accesibles a los bolsillos de los obreros...

—¿Y cómo resolvió usted el problema?

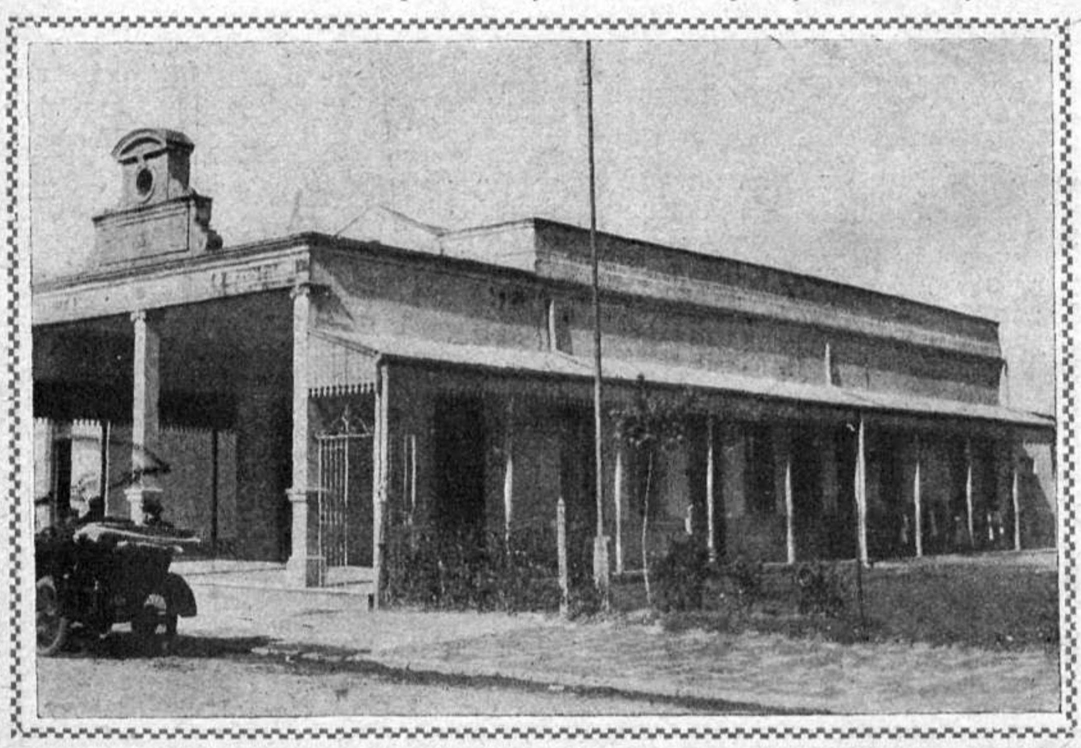
—Ahora va a ver. Lo resolví modificando el sistema irracional que tenemos en el trazado de la ciudad, dividida en manzanas. Este sistema de las manzanas es uno de los más perjudiciales que tenemos en el país, pues obliga a los compradores de lotes a quedarse con extensiones de terreno que no precisan: lotes de diez, quince y veinte metros de frente, por cincuenta y sesenta de fondo. Entonces pensé: ¿si hiciéramos unos pasajes que cortaran las manzanas por el medio, en manera de dividirlas en dos grandes rectángulos?... ¿Me comprende?... ¿Comprende lo que quiero decir?

—¡Cómo no!...

—Si hacemos un camino en el medio de la manzana, quitamos unos cuantos metros de extensión a los lotes, que saldrán más baratos y ganarán en ventilación y luz. Dicho y hecho. Con este sistema púde llegar a vender casitas en mensualidades por el precio de tres mil y hasta dos



Casitas en material, para obreros.



Un edificio para escuela, en uno de los barrios obreros.



Casitas en madera, para obreros.

mil ochocientos pesos, todo incluído, terreno y edificación...

—¿Ha visto?... ¡Qué lindo!...

—No tanto... Por lo menos a la Municipalidad no le ha de haber parecido muy lindo, porque amenazó con llamarme delante de los Tribunales. Según ella, no era permitido trazar calles que no fueran como las demás, y las manzanas debían tener las medidas antiguas. ¡Ni le hice caso, por supuesto! Al contrario, los he emplazado a que me llamen en juicio y veremos, con la Constitución en la mano, si es que en mi terreno no puedo hacer lo que me da la real gana...

—¿Con que ha sido amenazado de un juicio por...?

—Las cosas no terminan aquí. Hay más, mucho más... Pero dígame, señor, ¿dispone usted de un par de horas?... ¿Por qué no vamos a visitar los barrios aquellos? Si me permite voy a hacerle de cicerone...

—Con muchísimo gusto... ¡puede imaginarse!...

El doctor Infante hizo pedir un auto, y subimos al coche, no sin haber contestado antes a unas docenas de saludos cariñosos que le dirigía la gente humilde en su mayoría: —¡Doctor!... ¡Buenos días, doctor!... ¡Cómo le va, doctor!...

El chauffeur se apresuró a abrir de par en par la portezuela del coche, y se sacó el gorro con una deferencia, que está muy lejos de ser común en el gremio de los señores del volante.

—Este *mozo que nos* lleva en auto, ha sido un buen compañero de tareas... ¡Incansable el joven, de día, de noche, siempre dispuesto, sin quejarse nunca!... ¿Verdad, Alberto, que hemos pasado unos días?...

—Como no, señor... Sin pegar los *párpados*.

—Vete derecho por la calle Córdoba, allá por las inmediaciones del Ferrocarril Francés. Allá hay uno de mis barrios... de nuestros barrios... Como le decía, la Municipalidad, y también otros, pensaban en barrios obreros y casas baratas, pero ideaban crear estos barrios allá por el Saladillo, a los quintos infiernos. Al contrario, yo estaba con el clavo fijo de que se debían dar terrenos a los obreros, que pudieran aumentar de valor con seguridad y no sufrir depreciación alguna... Por eso pensé en la calle Córdoba...

Mientras nuestro coche se iba acercando a los barrios obreros, aumentaban las manifestaciones de simpatía de que era objeto el doctor Infante, que evidentemente goza del cariño y del aprecio de esa gente: lo consideran un padre, un protector...

—Muchos de estos pobrecitos terminaron ya de pagar sus cuotas y son dueños, propietarios absolutos de sus casitas; algunos han hecho mejoras *notables; por ejemplo,* vea usted el frente a la calle que hizo ese de allá... ¡Parece un palacete! Han agregado piezas, formado jardines bonitos... Sí, sí... Nosotros, digo el directorio de la Inmoviliaria Rosarina, daba premios a los chalecitos mejor *conservados y arreglados*... Podemos entrar en éste... ¡Vea qué precioso!... Es de esta señora... ¿Cómo le va, señora?... ¿Nos va a permitir un momento?... Muchas gracias. Su pieza de dormir arriba; un comedor abajo, que es éste, bien ventilado; *su cocinita con tres* ventanas... Aire y luz no faltan... Servicios...

—¿Pero, doctor, no hay tapial, pared divisoria entre una y otra propiedad?

—Nada, absolutamente nada. ¡Un *simple alambrado!... Yo* lo he querido así! Un tapial, una pared divisoria facilitan las rencillas entre vecinos... Un muchacho que tira un cascote, un... ¡sabe! esas pequeñeces que llevan a grandes cosas. Mientras el alambrado, en primer lugar, favorece la circulación del aire...

—Es cierto... La pared quita mucho...

—Hay más respeto entre linderos, no se tira basura al otro lado, hay estímulo en mantener la limpieza, la higiene, para no ser menos del vecino... Todos en este sentido ejercen un control recíproco...

Recorrimos una de las calles que dividen en dos rectángulos las manzanas:

—¿Y no le parecen tal vez algo angostas estas calles?... ¡Digo yo! Se me ocurre que si fueran un poco más anchas...

—Es que efectivamente son como usted dice, relativamente angostas... Pero, ¿a qué las precisan más anchas? Aire y luz entran por los cuatros costados, pues cada casita tiene *su terrenito* que la rodea. Si la calle fuera más ancha, el día en que a la Municipalidad se le ocurra pavimentarla, estos pobres tendrían que pagar una barbaridad, incompatible con sus entradas... Este trazado, que usted llama angosto, se hizo a *propósito,* teniendo presentes estas consideraciones.

—Yo hubiera creído que sus proyectos merecerían el aplauso y la buena voluntad de todos.

—¡Si supiera las luchas para dotar de agua y luz a estos barrios! En uno tuve que buscar *agua semisurgente,* luego levanté un depósito y del depósito, por medio de cañerías, hice llegar el líquido a todas las casas. Después de un tiempo la administración de las aguas corrientes se decidió a llegar hasta allá, pero tropezaba con la dificultad de la presión. Habría sido necesario construir un tanque elevado para conseguirla, y

con un tanque de esos la cañería no habría podido resistir, pues se trataba de caños de ventilación, no de aquellos que verdaderamente se emplean para las obras de salubridad...

—¿Y por qué? ¿No había de los otros?...

—Debido a la guerra, la escasez se hacía sentir, así que tuve que servirme de los que llaman caños de ventilación... Pero el resultado es el mismo... Ahí tiene el tipo de las casitas de madera... Se componen de una pieza dormitorio, un comedor, cocina y servicio... Baratísimas... Hay unos pobrecitos que se encuentran atrasados de dos a tres años; sin embargo, no se ejecuta a nadie... Pagarán apenas puedan...

—¿Y no pensó en un tipo de casa para empleado?...

—¡Cómo no!... Alberto, vete por... Ahí no más... ¡Un momento: para un momento!... Estas son casas para empleados... ¿Le gustan?... Tienen nueve piezas y mucho más terreno de frente y de atrás... Total hicimos 40 chalecitos de madera, 38 casitas obreras de material y unos cuantos chalets para empleados... No puedo olvidarme la frase de un zapatero el día que entró en posesión de su hogar. Golpeándose la frente decía: —¡Eh doctor, si esto lo hubiera tenido hace 20 años, no iba a tener canas antes de tiempo!...

Aprovechando la buena disposición que me parecía tuviera el doctor Infante conmigo, le pregunté a quemarropa:

—Dígame, señor. ¿Cómo le fué con los desocupados cuando se inició la guerra europea?...

—¡Ah, ah! ¿Le han dicho algo de esto también?... Pues no me ocurrió nada. Resultaba que el problema de la desocupación se iba haciendo todos los días más pavoroso, ya se habían verificado asaltos a casas de negocio, en fin, aquello tenía cara de concluir mal... Pues hablé con el doctor Caballero, entonces Vicegobernador de la provincia y prometió favorecerme. Hice levantar un censo de los desocupados y resultaron cerca de seis mil...

—¿Nada más?...

—¡Era un espectáculo imponente!... Me puse de acuerdo con la Municipalidad y, después de mucho pelear, llegué a conseguir que se pagaran jornales de 1.80 por día... Querían pagar 90 centavos, peor que una limosna. Hice pegar carteles por todas partes: ¡los desocupados podían presentarse en los alrededores de la Refinería al día siguiente, que encontrarían trabajo a $ 1.80!... Los organicé como soldados, les hice levantar sus carpas, que me prestó el F. C. C. A., y a todos les dí herramientas de trabajo que me hizo venir el señor Mario Cremonini, de la casa Drysdale, favor que selo agradeceré mientras que tenga vida... Y se pusieron a trabajar. Conseguí pan a precio de costo; carne lo mismo; leña me la procuré pidiendo autorización de podar los árboles e hicimos vida de campamento... ¡La vida de esos días!... Vigilarlos, separarlos para que no hubiese choques entre las diferentes nacionalidades... ¡Qué días! ¿Te acordás, Alberto?...

—Pero usted ha merecido bien de...

—¡Ahora verá lo que he merecido, ahora va a verlo! Un día me hacen reunir a la peonada para abonar los salarios, que importaban siempre de 12 a 13 mil pesos. Llegan los de la Municipalidad, me entregan dos mil nacionales, diciéndome que no podían disponer de otra suma. Esperaba el tiro. Pregunté si se daban cuenta de lo que quería decir no pagar a trabajadores que habían adquirido derecho a comer: les dije... Basta: les dije de todo y... tuve que remediar yo de mi bolsillo diez mil pesos, para cumplir con esos pobres. Después de tres años la Municipalidad terminó de pagarme lo que le había adelantado... Mi paso por la Intendencia es toda una novela... Si yo quisiera relatarle todo lo que ocurrió, tendría para escribir un libro.

—¿Y ahora, doctor?...

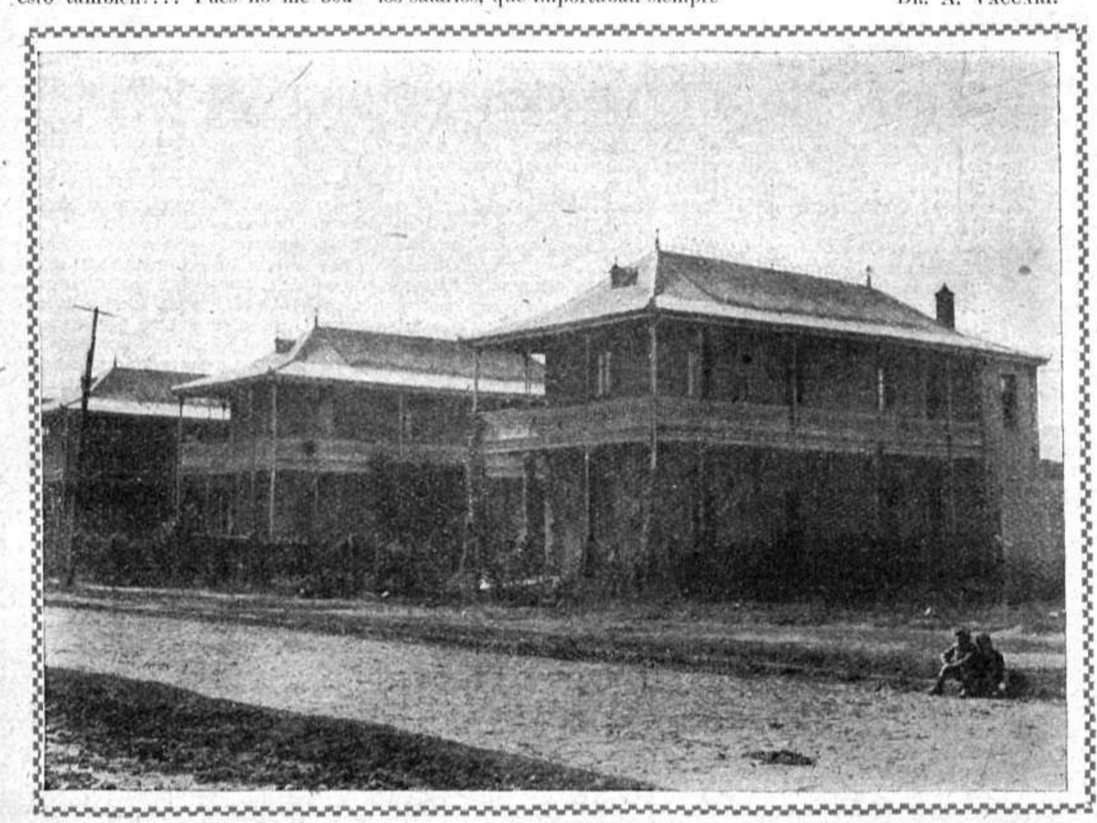
—Ahora aquí me tiene no agachado, sino agazapado... Listo para pegar el salto apenas se presente la oportunidad... ¿Dónde quiere que le acompañe?...

—Pues, doctor, permítame manifestarle mi profunda admiración por su obra y por las ideas claras, sencillas, netas, que usted sabe exponer con una facilidad que encanta y persuade...

—Sin embargo, ¿qué diría usted si le manifestara que se me ha tomado por loco y que se ha querido someterme a la injuria de un informe de facultativos?

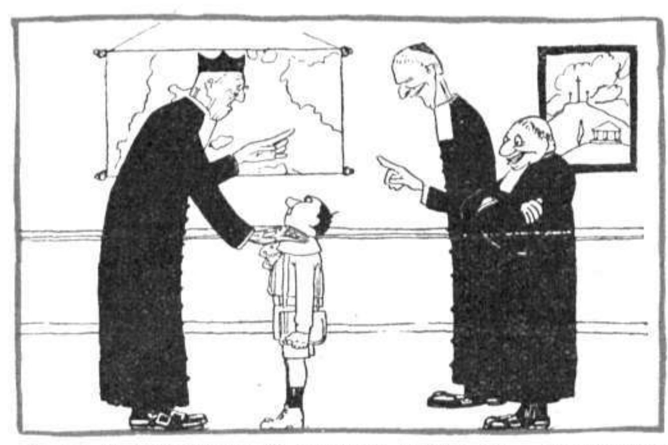
—Lo lamentaría por el agravio, pero no dejaría de encontrarlo muy natural. Los hombres de sus vistas estorban porque ponen en evidencia la pequeñez de los demás... ¡No es nada extraño! Hasta yo mismo, señor, modestia a parte, tengo el honor de figurar entre los medio locos...

DR. A. VACCARI.



Chalets, para empleados.

"EL DURMIENTE"



Es don Modesto hombre de mesurado andar y gestos sobrios. Habla poco y quedo. Mira. Sonríe. Podría creérsele provinciano. Pero no: es porteño educado en colegio de hermanos. Ya allí su lentitud mental, unida a la sensatez, dióle fama de ponderado. En ese ambiente de turbulentos, imperó su quietud precoz, algo así como reina la gravedad de un loro en jaula de canarios. No fué alumno de diez, ni medalla de oro en la Facultad; carecía de entusiasmos, de emulación, de curiosidad, de ideales; juzgaba descortés y presuntuoso ostentar miras propias, diferenciarse, infringir principios, alzar la voz, exponerse; cuando, como lo explicaba suavemente a sus amigos, «existe la norma común tan justa, tan clara, tan tradicional, tan fácil de obedecer». Fué buen discípulo, sin brillo, ni lo pretendiera: reveló desde su infancia ingénita sabiduría... Huelga decir que era piadoso; semejantes aptitudes al conformismo sólo derivan de una feliz y nunca bastante celebrada herencia moral, cuando no de maravillosa y exclusiva gracia de la Providencia.

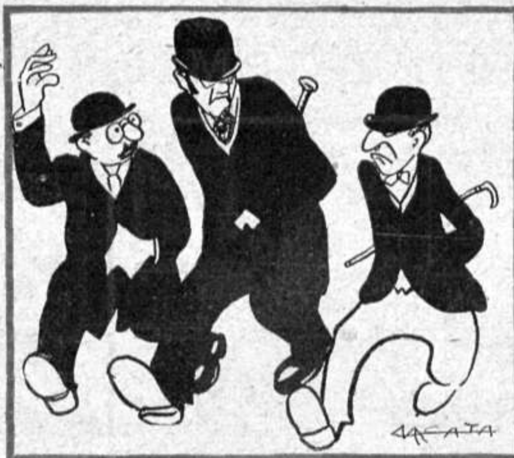


Al separarse de sus maestros, auguróle el Rector brillantes rumbos. «Llegarás, querido Modesto», — díjole con voz tierna e inspirada, —llegarás, no lo dudes. Tienes la noción del justo medio. Eres equilibrado y positivo. Tu lisura mental, tu inteligente humildad han de abrirte paso donde otros se quiebran. Sé siempre como los durmientes de la vida; ¡oh! ¡que el durmiente sea tu símbolo, hijo mío! es chato, vive bajo y correctamente alineado; no experimenta celos, ni inspira envidia; comparte responsabilidades; es seguro, elástico y resistente. Sigue mi consejo. Un magnífico porvenir burocrático será su fruto.»

Nuestro héroe no era rico, pero lo fué muy luego. Casó con una mujer de abolengo, que por fea calculó grata y sumisa. Carrera tan brillantemente iniciada atrájole el inestimable aprecio de la opinión sensata. Don Modesto, como empezó a llamársele, sin duda por el respeto que inspiraba su silencio intimidante, sus lentes obscuros y sus chuletas de archiduque; comprendió que requería definirse haciendo profesión de fe y proyectando de golpe ante el público la imagen de una personalidad respetuosa, e inconmovible. Fundó una iglesia en el antiguo pueblo de Cocopaligné (Indios-que-jamás-corren) en la provincia de Catamarca. Donó una capilla al pueblo de Rahucucú-sip (Indios-de-hiposonoro) en la provincia de Córdoba, y es hoy vox-populi (pues no pudo disimularse el nombre del generoso apóstol al entusiasmo de varias provincias) que restauró en diez años con los propios bienes de la señora, los veintitrés santuarios que erigiera aquí y acullá Garay en la riente y lozana campiña que se extiende de La Asunción a la ciudad de Santa Fe.

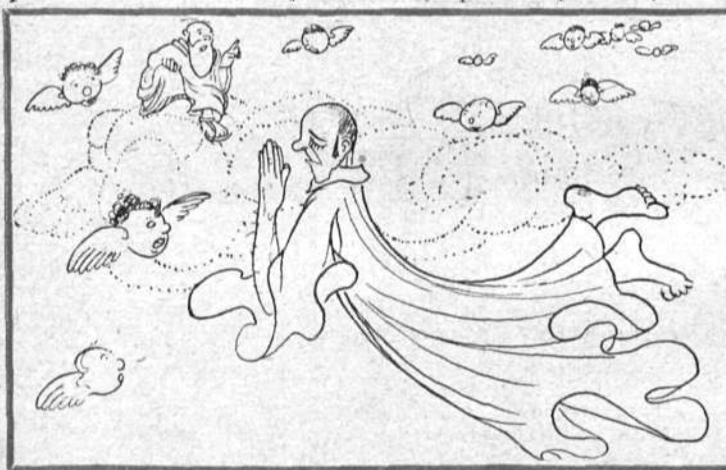
Este sabio llamado a la opinión acrecentó notablemente la estima ya dispensada a su dulzona personilla. El gruñón Helvétius pretende que «no amamos a la estima por la estima misma, sino únicamente por las ventajas que procura»; pero aceptar esa doctrina sería sacudir los fundamentos mismos de la virtud y poner en duda los móviles y los méritos dignísimos de don Modesto. Lo cierto es que ya nadie dudó de las altas cualidades morales, ni las ignoró... y uniéndose esto a su prescindencia en materia política, y a la fama de su grandiosa fortuna, comenzaron a lloverle, — pues no se da sino a los ricos, — sabrosas granjerías y lucrativas prebendas. El no las buscó, pero lógico fuera que desligado de todo partido, prestara honestamente el concurso de sus luces al gobierno de ayer, de hoy y de mañana, sin que persona alguna pudiese tacharle de oportunista o veleidoso. Veleidoso él, ¡qué desatino! nadie más firme y constante en su línea de conducta, nadie más unilateral, nadie más amante de lo establecido y consagrado. El apoyaría cualquier gobierno; autocrático, oligárquico, aristocrático, y hasta radical, siempre que respetase lo anteriormente instituído y permaneciese inamovible en el poder. Detestaba las novelerías; era conservador. Sea por lo que fuere, don Modesto es, hoy por hoy, un hombre de consejo y el vocal im-pres-cin-di-ble de toda comisión que se respete. Es miembro de once comisiones especiales, algunas honorarias, todas honoríficas, ninguna desventajosa. Y fuera difícil en estos momentos formar una comisión para el estudio de la navegación submarina en los canales del Chaco, para la defensa contra el esnobismo, para la adquisición de obras de arte, para el cultivo del zapallo amargo, para la redacción de un nuevo código internacional, para un





concurso de novelas «bien», para el aprovechamiento de los gases de pantanos o para fomentar la cría del pavo, sin que por ley natural y tradición establecida, figure en ella el más seguro, elástico y resistente Miembro de Honorable Comisión que haya respirado aire argentino.

Fué hasta Diputado. Pasó desapercibido. No hablaba. Observaba. Pero eran muy apreciadas sus muestras de asentimiento en el recinto y sus finos juicios a la salida de la sesión. Era de esos legisladores de quienes se dice: «No habla, pero es eficaz en el seno de la comisión». La comisión fué indudablemente parte del prefijado destino de don Modesto. Si no hubiese existido ya sabemos quien la hubiera creado. Es con todo rehacio a ciertos encumbramientos. Rehusa sistemáticamente las presidencias. ¿Será prudencia? Quizá le haya susurrado al oído su ingénita sabiduría: «De la cumbre sólo se cae al llano y las caídas duelen». Quizá haya recordado el símbolo de su maestro «el durmiente es chato, vive bajo y correctamente alineado, no experimenta celos y no suscita envidias». Quizá. Lo concreto es: que a mayúscula iluminada, prefiere ser en todas las páginas o sea en todas las comisiones, indispensable vocal. Lleva tan lejos su modestia que no inicia nunca proyectos. Tampoco combate los ajenos. Escucha las razones de quienes solicitan su apoyo. Goza del privilegio de atender sin dar la más mínima muestra de cansancio o de impaciencia, y mientras repasa sus propios asuntos, alienta al interlocutor con la cabeza, la sonrisa, los ojos y pequeñas interjecciones oportunas. Rehuye del «no» cortante y despiadado. Sabe que el «sí» es de poco riesgo; son tantas las complicaciones que surgen entre la promesa y la realización; es tan frecuente que éstas o el desaliento de los interesados le desliguen del compromiso, que... francamente... necio fuera escatimar una palabra tan corta cuando ella puede tan gratuitamente captar una simpatía y provocar un regocijo. De apretar el cuarto de hora de Rabelais, aún queda el recurso de «usted sabe que yo sólo no hago verano, consultaré los colegas; tenga fe en mi buena voluntad: haré todo lo posible». Y en la fiebre de la deliberación, él no discute. Escucha atentamente y vota con la mayoría. Pues en las comisiones como en la vida social y en política, él no se casa, es espíritu independiente. Está siempre con quienes pueden más que los demás por breve que esa dominación sea; en su sentir, quienes mandan, siempre tienen razón, así se encarne la voluntad de la mayoría en un texto santo o en un código, en una costumbre como en un voto. Respeta religiosamente hechos consumados por una mayoría legal; experimenta ante ellos como ante la letra irrevocable de su periódico favorito, el sentimiento de infalibilidad de los mahometanos fatalistas: «Mac-Toub». — «Estaba escrito.»



Con esa quietud espiritual, esa ausencia de lucha interior y la adaptación de esta elegante fórmula a los peores dilemas, don Modesto es hombre feliz. Ya lo dijo Sócrates: «El rico más feliz es el desocupado». ¡Y qué desocupación honorífica la de vocal! En una procesión religiosa, en una parada militar, en una fiesta patriótica, en un entierro, en una comida diplomática, en una exposición, en una recepción oficial, en un baile, en una junta de notables, ÉL, en virtud de sus innumerables títulos, brilla entre los primeros, ante todos los públicos, con todas las concurrencias, bajo todos los gobiernos, sin tarea, sin responsabilidad alguna, sin otra misión que la de figurar, y (como reza en las tarjetas de invitación que recibe) «honrar el acto con su presencia», enaltecer el acto; en una palabra, darle dignidad, solemnidad, lucimiento...

Deslízase la vida de don Modesto como por suave y acicalado tobogan. Sonríele el presente. Fiel al consejo simbólico del viejo maestro, no comete la torpeza de exponerse indivialmente al público: «comparte responsabilidades». Interviene — acompañado — en sin fin de asuntos graves, sin que trascienda la calidad de su participación. Se sabe a ciencia cierta que él es «alguien», pero no se sabe claramente «qué hace» para merecerlo. Su prestigio, embellecido por ese misterio, abúltase día a día como rodeado de vidrios de aumento. Otros realizan y ofrécense en blanco a la crítica. A él, más sabio, si bien no le ciñen la frente de laureles, tampoco arrojan piedras en su jardín. Y su nombre inmaculado, hundido en el centro del cuerpo social como la vejiga en el cuerpo humano, inspira al público el respeto inconsciente, pero fervoroso, que suscitan las grandes fuerzas ocultas, positivamente perceptibles, fragmentariamente conocidas...

Tampoco angústiale el más allá. Respondiendo, en su concepto, el universo a un orden perfecto y preestablecido, basado en justicia y recompensa de méritos, deduce de ello una lógica concordancia entre la vida celestial y la terrenal. Y haciendo cuenta de sus actos de fe manifiestos y reiterados, y de su alta jerarquía de Imprescindible Vocal de Comisión, aguarda impasiblemente su llamado al Paraíso, penetrado de conformidad y pronto a recibir en aquellas regiones un tratamiento de primera magnitud, equivalente por lo menos al que le depararon los hombres, en este valle de lágrimas... ajenas.

Y esa certeza baña a don Modesto en inefable beatitud y presta a su fisonomía el resplandor de esa cándida y calmosa felicidad sólo concedida por la Providencia a escasos privilegiados.

ROBERTO LEVILLIER.

Villa María, 1918.

Dib. de Macaya

QUÉ ES EL RIÑON FLOTANTE Y CÓMO SE CURA

Para CARAS Y CARETAS

¡El riñón flotante! Tormento de muchos, son pocas las personas que lograron hacerse un concepto claro, preciso, de lo que es el riñón flotante.

Y, sin embargo, un órgano dislocado, desprendido, desasido de sus naturales lazos que le retenían en su posición natural, preocupa y debe preocupar siempre, no sólo por las molestias que ocasiona, sino por los accidentes que puede determinar, algunos de ellos de cierta gravedad.

El riñón flotante es frecuente, sobre todo en la mujer, a la cual las estadísticas atribuyen sobre poco más o menos el 90 % de los casos observados. Se le encuentra sobre todo a la derecha, y de 20 a 40 años. Esta frecuencia y localización del riñón móvil, no es fortuita, sino dependiente de algunas razones anatómicas: en efecto, la fosa renal donde se aloja el órgano, es más ensanchada y menos profunda en la mujer que en el hombre; el riñón derecho está colocado más bajo que el izquierdo, y sus relaciones con el hígado favorecen la influencia de las inspiraciones profundas en el esfuerzo o la acción del corsé. Además, la cápsula suprarrenal y el riñón, son más solidarios a la izquierda, pues la vena suprarrenal se echa en la vena renal de este lado; por último, la hoja aponeurótica de Zuckerkandl, no existe a la izquierda, donde reviste al peritoneo sobre la cara anterior del riñón.

A estas influencias prediponentes, se suman las de orden dinámico, bastante numerosas también, las cuales produciendo la ruptura del equilibrio intraabdominal, permiten que el riñón se desplace. Pueden considerarse, en efecto, dice Frigaux, los músculos de la pared abdominal como una venda, y la masa intestinal desempeñando la función de una pelota elástica, todo lo cual mantendría el riñón en su celda. Cuando se suprime experimentalmente el efecto de la pelota, por la bertura del saco peritoneal, o el efecto del vendaje por la disociación de los músculos, los riñones bajan uno o dos centímetros». Todos los trastornos: extirpación de grandes tumores, evacuación de ascitis voluminosas, rarefacción del tejido adiposo en el espacio retroperitoneal en el curso del enflaquecimiento general, que determinen un relajamiento de la pared o una ptosis intestinal, actuarán en el mismo sentido.



El profesor J. Albarrán, ilustre urólogo francés, que llevó a un grado envidiable de perfeccionamiento todo el acervo científico relacionado con el diagnóstico y la cirugía renales.



Doctor Frantz Glénard, miembro de la Academia de Medicina de París, médico consultor de Vichy. Introdujo el método de Brandt, o sea el tratamiento de la fiebre tifoidea por los baños fríos, en Francia. A él se debe el tratamiento médico de las ptosis, considerado en otro tiempo como quirúrgico, mediante el corsé pelviabdominal, que concilia las exigencias de la coquetería femenina con la higiene.

este órgano mejor protegido en ella, sea por la cadera, el corsé o los vestidos. Los pequeños traumatismos repetidos, como la equitación, el esfuerzo en los constipados crónicos, etc., pueden determinar la caída del riñón, como igualmente, la larga inmovilidad en la estación sentada, las desviaciones de la columna vertebral, sobre todo la lordosis y los botines de altos tacones, que obligan a la mujer a mantenerse en una verdadera actitud lordósica para luchar contra el desplazamiento del centro de gravedad. Tal es la larga lista de las causas que pueden determinar el desplazamiento del riñón, su caída, que es siempre el resultado de un relajamiento de las vísceras abdominales, sea éste consecuencia de una debilidad de la pared que ha sido fatigada o distendida, o de un vacío producido en la cavidad. Y un riñón, cuyos medios de suspensión miserables están reducidos a su pedículo vascular y a sus hojuelas, es un riñón caído, un riñón ptosado, que es necesario sostenerle, colgarle, por así decirlo, reintegrarle en su celda, recurriendo para ello como «único» medio de contención, a la masa intestinal misma, dado que cualquier otro artificio ortopédico, de cualquier materia que sea, cualesquiera sean su elasticidad y su volumen y su punto de aplicación, será traumatizante e ineficaz, yendo más bien en contra del objeto perseguido. Huelgan las razones anátomo-fisiológicas, que contraindican esta aplicación.

Y entonces: ¿cuál aparato podrá oponerse al riñón móvil, siendo así que la intervención quirúrgica, la nefropexia (fijación del riñón) o la nefrectomía (extirpación del riñón), sólo están indicadas en casos gravísimos, excepcionales?

Nada de «pelota», es decir, de esos aparatos de forma más o menos esférica que mantenidos en su sitio por un sistema de ataduras, oponen una fuerza en sentido contrario al pujo hacia el exterior del órgano desplazado; nada de constricciones antifisiológicas, irracionales; sino simplemente, un cinturón o corsé cualquiera, elegido naturalmente, según las circunstancias y adecuado a las modificaciones racionales de cada caso particular, bastarán para mantener en su sitio a la masa intestinal, e indirectamente, por su intermedio, a rechazar elásticamente y sin traumatizar, al riñón en su celda.

Y también debe acriminarse al corsé inadecuado, cuya acción es innegable, siendo todavía más peligrosa la constricción del talle por las ataduras de los vestidos. En este caso, se observa corrientemente, al propio tiempo que un hígado lobulado, un riñón flotante. Un traumatismo violento puede determinar la movilidad del riñón, aunque como observa Albarran, el gran urólogo, en este caso trátase más bien de una luxación renal que de nefroptosis (caída del riñón). El tratamatismo puede ser directo o indirecto (caída de pie, sobre los isquiones), siendo de notar que la caída que puede determinar la ruptura de un riñón en el hombre, acaso sólo podrá desplazarlo en la mujer, por estar

El resultado obtenido con este sencillísimo método, es suficiente para corregir un grado de movilidad que hacía sufrir al paciente o podía determinar graves trastornos, accidentes serios, por la acodadura de los vasos o del uréter.

Los medios higiénicos, entre los cuales se practicarán, según los casos, curas de reposo, de engorde, masage para devolver la tonicidad a la musculatura abdominal y sobre todo para relevar la tensión abdominal, son excelentes adyuvantes y completarán felizmente la cura del riñón flotante.

DR. F. WILSON.

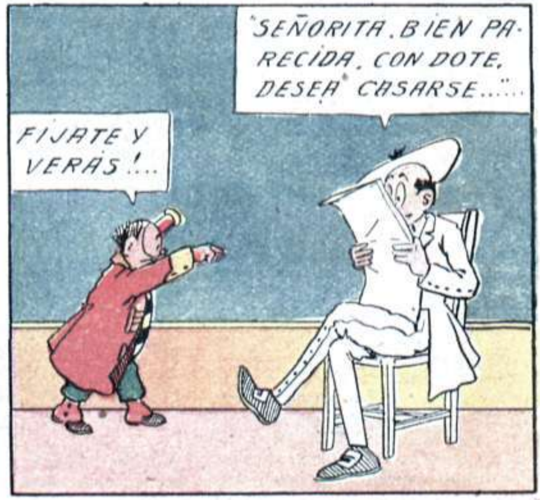


PARA LOS NIÑOS

AVENTURAS DE VIRUTA Y CHICHARRÓN
















BAU
Exijase
la firma
José Bau. V
en
cada
envase: Significa
Una señal de distincion

Consecuencia de una dilación

La escena tiene lugar en una estación de ferrocarril. Un tren se aproxima. Entre la concurrencia que se halla en el andén, aguardando que aquél se detenga para subir a él, se encuentra una familia compuesta del padre, la madre y tres niñitos.

El señor, ni bien llega, advierte la presencia de varios amigos. Se acerca a ellos y, después de saludarles, inicia una animada conversación sobre una de esas triviales cuestiones que embargan la atención.

Mientras tanto, el tren se ha detenido y su esposa sube en seguida, acompañada de sus hijitos. Pero, parecía que el señor no tenía mucha prisa y no solamente siguió imperturbable en su conversación, sin comprender que los minutos transcurrían velozmente y debía tomar el tren, sino que impedía que sus amigos realizaran el propósito que hasta allí los había llevado.

Impacientada la señora y temerosa de que su marido creyera de que aún tenía tiempo, deja a sus hijos en el vagón y se dirige a la plataforma, de donde le grita: Ven, que el tren va a partir.

— No te inquietes, tengo tiempo todavía, — le responde el marido.

La señora vuelve contrariada a su compartimento y le dice a sus hijos:

— Me parece que hoy no viajaremos juntos con vuestro padre, pues perderá el tren.

Transcurren algunos segundos más y la locomotora lanza un estridente silbido. Es la señal de la marcha. El tren comienza a moverse lentamente.

La voz clara y sonora de uno de los guardas, se hace oir en aquel instante.

— Suban, suban, — repite. —Después de tocar con el pito un largo y agudo silbido, hace al conductor la señal de la partida.

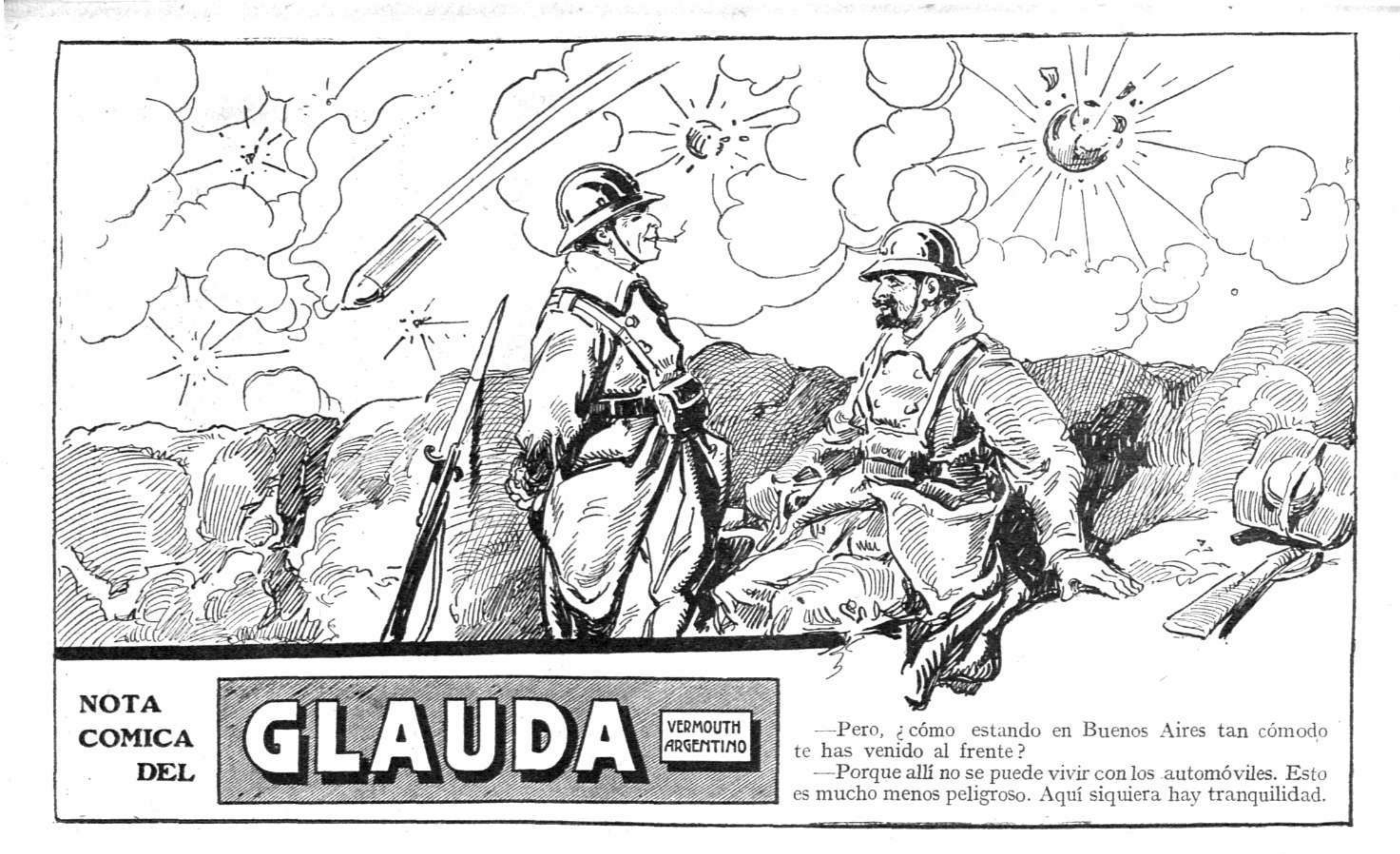
En ese momento el señor se despidió de sus amigos con los cuales había departido animadamente. Luego intentó subir al tren, pero ya era tarde. El tren se había puesto en marcha y poco después desapareció de su vista.

Esta escena fué relatada a sus hijos, por una señora que la había presenciado. Al terminar díjoles:

— Hijitos míos, ¡cuántos asuntos importantes no pueden llevarse a cabo, cuántas empresas se pierden algunas veces por desidia o dilación! No digáis nunca: Tengo tiempo, lo haré mañana. Pudiendo realizar una labor en la hora presente, hacedlo. Pudiendo evacuar un asunto en el día de hoy, hacedlo igualmente. Siendo presurosos, diligentes, ganaréis en tranquilidad, en bienestar y en la consideración de vuestros semejantes. Ningún sinsabor vendrá a ensombrecer vuestro espíritu por haber dejado de hacer con la puntualidad y escrupulosidad necesarias, éste o aquél trabajo, sea que os atañe, sea que os lo haya confiado otra persona.

Grabad en vuestra mente el relato que acabo de haceros. No digáis nunca como aquel señor que perdió el tren: «No me inquieto, tengo tiempo todavía».

Adelia Di Carlo.


NOTA
COMICA
DEL
GLAUDA
VERMOUTH
ARGENTINO
—Pero, ¿cómo estando en Buenos Aires tan cómodo te has venido al frente?
—Porque allí no se puede vivir con los automóviles. Esto es mucho menos peligroso. Aquí siquiera hay tranquilidad.

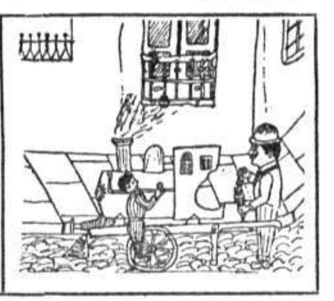


CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.





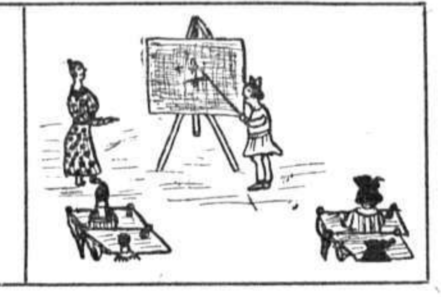
143 — Un concierto.
R. ERBA.

146 — Un casamiento aristocrático.
ELISA DASSO.

147 — Comprando manises.
V. INCHAUSTI.







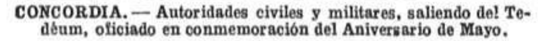
148 — Al colegio.
M. T. GARAT.

149 — Recibiendo órdenes.
ELOÍSA PAGLIERA.

150 — La clase de aritmética.
M. BURUGARAY.

De Entre Ríos





CONCORDIA. — Autoridades civiles y militares, saliendo del Tedéum, oficiado en conmemoración del Aniversario de Mayo.



CONCORDIA. — La señorita Joaquina Urdangarin, pronunciando un discurso patriótico ante los alumnos y público, congregados en la plaza de Mayo.

PARANA.— Afiliados a la sociedad de «Empleados de Correos y Telégrafos», reunidos para festejar el triunfo de las mejoras pedidas.

Unión Cívica Radical Intransigente







Señor César A. Perini. Señor Eduardo G. Buschiazzo. Señor Pedro Arigós. Señor Andrés J Zapata.
Candidatos a senador y diputados.

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.

Maestro. — ¿Qué pasa cuando hay eclipse de luna?
Alumno.—Que todos salen a verlo.

ENCISO.

— ¡Qué resfriado tiene usted!
— Lo atrapé en mi viaje del Congo al Polo Norte. ¡No se imagina usted la diferencia de temperatura!

T. F.



— ¿Tenía la otra maestra algún método especial de enseñarles?
— ¡Cómo no!... nos daba bombones y masitas.

BEBA.



— Señor pintor: ¿conoce usted a mi hijo Jorge?
— No lo conozco.
— Es extraño, porque todos los pintores se conocen y mi hijo pinta puertas.

MIL.

Decía un conscripto:
— ¡Qué cosas más raras nos suceden a los militares!
— ¿Por qué lo dice usted?
— Porque a lo mejor estamos en un punto y *el cuerpo* lo tenemos en otro.

G. E.

Un avaro a su hijo:
— No gastes, Gualberto.
— ¿Pero cómo voy a gastar si no tengo nunca un centavo?
— No importa. Hay muchas personas que se arruinan por gastar lo que no tienen.

LUIS B.



— Al oir el timbre salió nuestra sirvienta...
— ¡Si no tienen sirvienta ustedes!
— Bueno; pero tenemos timbre.

TOTÓ.



— ¿Está ya el baño dispuesto?
— ¡Cuando usted guste, señora!
— Puedes retirarte ahora.
¿Nada falta, por supuesto?
— No creo..., si no me engaño...
— ¡Tuviste una distracción!
¿No sabes que sin jabón
no puedo tomar el baño?
— ¡Es cierto! ¡Perdone usté!
Ya lo traigo, señorita.

— ¡Y que esto no se repita,
porque, si no te echaré!
¿Sin el **REUTER?** ¡Qué locura!
¡Sólo pensarlo me enerva!
¡Ese jabón que conserva
de mi cutis la tersura!
¡El que logra suavizar
y da salud y vigor!...
Te lo pido por favor:
¡no lo vuelvas a olvidar!

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. —N.° 34.

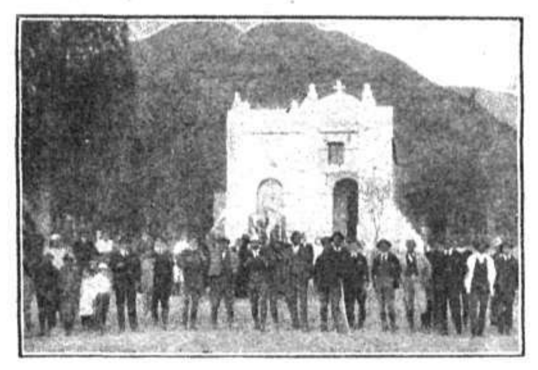
Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

De San Luis



Los pintorescos grupos de peregrinos, congregados ante la fachada principal del venerado santuario del «Señor de la Quebrada».



El obispo, monseñor Orzali, bendiciendo la piedra fundamental del mausoleo de la Cofradía de las Mercedes.



Los socios que componen el centro «Milicia Angélica», con su director, R. P. Miguel A. Andina.



La misa de campaña con que se inauguraron las primeras romerías españolas.



GRAN CONCURSO

Dedicado a los consumidores del delicioso «TE SUIZO», aromático, estomacal y laxante.

100 OBSEQUIOS EN LIBRAS ESTERLINAS

serán distribuídos, según las sencillísimas condiciones que explicamos a continuación y cuya base principal consiste en recortar las letras de las palabras "TE SUIZO" que sirven de título a este aviso y pegarlas sobre un papel, de modo que al ser unidas formen una taza con su asa correspondiente.

Cada una de las siete letras del encabezamiento de esta página, lo mismo que las comillas, acento y punto, corresponden a una fracción de la taza que se debe componer, siendo por lo tanto sumamente fácil pegarlas unidas de manera que todas ellas den la forma del artículo indispensable para tomar el saludable «TE SUIZO».

Por los cortes especiales de cada letra es fácil pegarlas entremezcladas, y con la inclinación que corresponde para hallar la formación de la taza.

En poder del Escribano Público, señor Francisco E. Collazo, Avenida de Mayo, 733, hemos depositado, en sobre cerrado y lacrado, la taza completa, formada con las letras recortadas tal como lo explicamos y de acuerdo con la cual se hará la aceptación de las soluciones que remitan los consumidores del «TE SUIZO».

Cualquier persona puede enviar a este concurso cuantas soluciones desee, siempre que cada recorte, completado según las instrucciones que anteceden, venga acompañado de la cédula de garantía con la firma de P. Soldati y Cía., que lleva en su interior cada caja de «TE SUIZO».

No será tomada en cuenta toda solución que llegue sin la cédula a que hacemos referencia.

El primer obsequio será adjudicado a la persona que haya acertado con la exacta solución, o en su defecto, a la que más se aproxime.

En caso de ser más de una las soluciones acertadas, se resolverá, de común acuerdo con los interesados, la forma más equitativa de adjudicar el obsequio.

Este concurso se clausurará el 31 de Agosto del año en curso.

Las soluciones pueden remitirse desde ya a P. SOLDATI y Cía., Catamarca y Rivadavia, Buenos Aires, poniendo en el sobre «Concurso TE SUIZO».

Detalle de los 100 OBSEQUIOS y forma de distribución de los mismos:

1	obsequio de	10 libras esterlinas	
3	» »	5 libras esterlinas	c/u.
5	» »	3 libras esterlinas	»
25	» »	1 libra esterlina	»
50	» »	1/2 libra esterlina	»

Obsequios de compensación:

A los que manden mayor cantidad de soluciones, — sean exactas o no, — se distribuirán los siguientes obsequios:

1	de	5 libras esterlinas	
8	»	1 libra esterlina	c/u.
12	»	1/2 libra esterlina	»

«TE SUIZO», se vende en todas las Farmacias.

UNICOS DEPOSITARIOS:

P. SOLDATI & Cía.

DROGUERIA SUIZO - ARGENTINA

CATAMARCA y RIVADAVIA - Bs. AIRES

Hematógeno del Dr Hommel
ZURICH SUIZA

PODEROSO TONICO
Y RECONSTITUYENTE INFALIBLE

Lacrimas de Pino

REMEDIO EFICAZ
PARA LOS CATARROS Y TOSES

ROMPE-NUECES

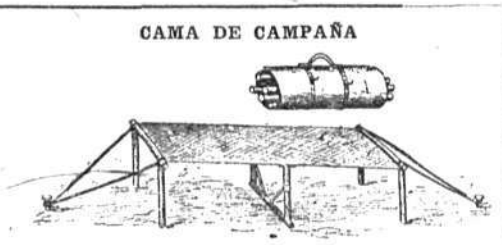
Este cómodo aparato para romper las nueces, almendras, avellanas, etc., consiste en una argolla de hierro que en puntos diametralmente opuestos de su circunferencia presenta una tuerca y un pequeño plato. Dicha tuerca da paso a un tornillo cuya extremidad interna termina con un segundo plato y la externa con un mango.

Se coloca la nuez sobre el plato móvil y dando un par de vueltas al tornillo, se prensa contra el plato fijo.

LAS SARTENES, CACEROLAS Y UTENSILLOS DE HIERRO, quedan brillantes y como nuevos, haciéndolos hervir con vinagre y frotándolos luego con un poco de arena de río; se lavan después con agua caliente y se frotan con aserrín para que queden bien secos.

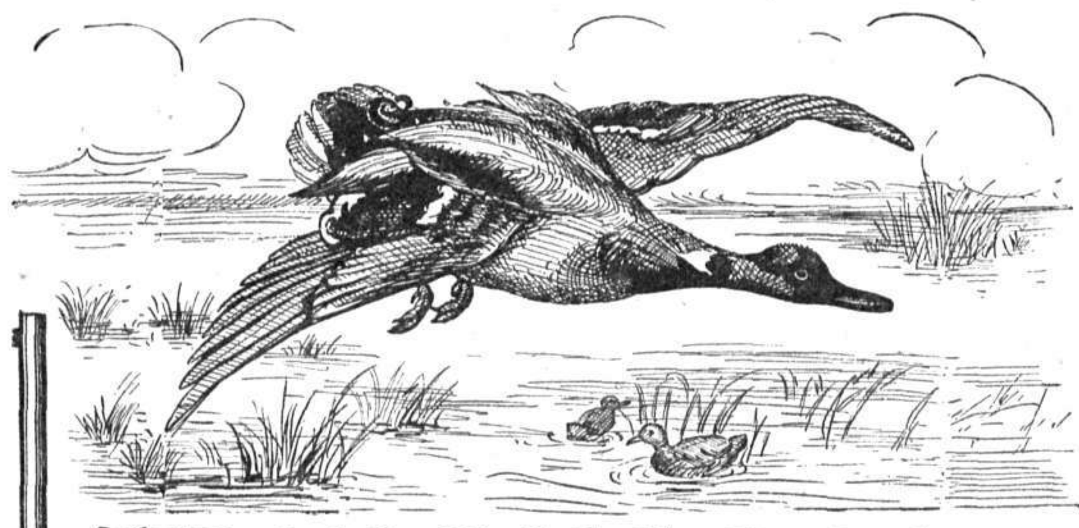
LAS TELAS NEGRAS SE PONEN LUSTROSAS por el uso, esto se puede remediar cepillándolas con agua preparada del modo siguiente: un puñado de quillay y otro de palo jabonoso se remojan por 24 horas en 2 litros de agua. Se cepillan bien las ropas en dirección del hilo del tejido; donde deja espuma se repasa con una esponja mojada en agua tibia, se secan a la sombra sin exprimir ni retorcer y se planchan por el revés.

CAMA DE CAMPAÑA



Está constituída por tres soportes de tubo metálico, que sostienen una tela resistente, unida por medio de anillas al tubo transversal de los soportes extremos. De cada uno de éstos, parte una cuerda que con objeto de obtener la más perfecta rigidez de la tela se fijan al suelo por medio de estacas emplazadas en el eje longitudinal de la cama.

El aparato se arma y desarma con suma facilidad y, dado su reducido volumen e insignificante peso, es muy a propósito para los aficionados a jiras campestres.



WINCHESTER

ESCOPETA AUTOMÁTICA

Calibre 12 — Modelo 1911

El arma ideal para la caza de patos

De las múltiples ventajas que son exclusivas de la WINCHESTER, es una de las principales, **su notable rapidez que permite aprovechar casi instantáneamente los seis tiros** y además de esto, que por sí solo bastaría para justificar sus grandes méritos, tiene la WINCHESTER, las características siguientes:

La especial *construcción* de su parte metálica, con una aleación de acero y níquel; el sistema patentado de su caja reforzada y de una sola pieza, lo que le da mucha fuerza y absoluta seguridad; el mecanismo automático de recarga, perfectamente ajustado, exacto y cómodo; el desarme en solo dos partes, lo que facilita su limpieza y evita que la humedad penetre en su interior.

Por su aleación de acero y niquel la ESCOPETA AUTOMATICA WINCHESTER es insensible a los cambios atmosféricos, a la humedad de las lagunas y bañados y a la acción corrosiva del aire salino de las costas del mar.

Estas y muchas otras condiciones que con el uso se aprecian en la WINCHESTER constituyen el fundamento de su superioridad indiscutible y del justo renombre de que goza sobre las escopetas de cualquier otra marca.

FABRICADA POR

WINCHESTER REPEATING ARMS Co.

NEW HAVEN — Conn., E. U. de A.

Gerente en Buenos Aires: ALFREDO C. MELLOR

AVENIDA DE MAYO, 1354

Catálogos: Se remiten gratis a quien envíe al gerente en esta Capital el siguiente cupón:

Nombre..

Calle.......................................N.º............

Ciudad..

F. C..

De Corrientes



Pic-nic que el doctor Vargas Gómez ofreció al interventor doctor Alberto Benavides y altos funcionarios de la intervención federal, en su quinta «Fonseca».

Pintoresco paseo por el río, con que fueron obsequiados los invitados del doctor Vargas Gómez.


Suprema Elegancia

De Santiago del Estero

Profesores y maestras, después del lunch ofrecido a la señorita Adelia Vital, en la escuela del Centenario, con motivo de su enlace con el profesor señor Antenor R. Ferreyra.

De Territorios

CASTEX (Pampa). — Vista parcial de los niños que acudieron a la intendencia, donde fueron obsequiados, en celebración de las fiestas patrias.

QUITILIPI (Chaco). — Vecinos de la localidad, encabezando la manifestación que se celebró con objeto de pedir garantías al gobierno nacional.



El pan verdadero o pan integral

Es opinión muy generalizada entre los fisiólogos, que la alimentación vegetal bien dirigida, es la que se halla más en armonía con el aparato digestivo humano, y la más conveniente para la buena conservación del organismo; por esta razón debe hacerse un detenido estudio de los alimentos vegetales, y muy especialmente de los cereales, en particular del trigo que comemos en forma de pan y constituye la base de la alimentación de casi todo el mundo civilizado.

Los principales errores que se han cometido al estudiar el pan como alimento, han sido ocasionados por la aplicación exclusiva de la teoría de las calorías, sin tener en cuenta que los alimentos, además de su valor en calorías, tienen otros muy importantes. Concentrándose demasiado los principios nutritivos de un alimento, se hace a veces de él un excitante, y una mala sustancia alimenticia, pese a las calorías que desarrolle, puesto que o no se digiere bien o no se eliminan completamente sus residuos.

Esto es lo que se ha llegado a hacer con el pan, reduciéndolo al almidón, para que sea más blanco y desarrolle más calorías, y así, en lugar de ser como era antes el primero de los alimentos, se ha convertido en un causante de hiperclorhidrias y estreñimientos.

Los alimentos tienen un valor que no suele apreciarse justamente y es el que resulta de conservar su estructura sin grandes deformaciones, ya que las estructuras son como energías en él condensadas, que serán aprovechadas por el organismo al ser transformadas en su interior.

Para que el pan sea el alimento que debe ser, ha de tener los elementos que contiene el grano de trigo, en las mismas proporciones que en éste, y habiendo experimentado las menos modificaciones posibles en su estructura; entonces, sólo entonces, es un *alimento completo*, de fácil digestión y excelente mineralizador, y esto se consigue con el *pan integral*, hecho con harina de trigo, resultante de los molinos de *piedra*, porque el pan hecho con harina fabricada con cilindros, está falta de núcleos y de las cubiertas, lo mismo externas que internas, y además tiene sus estructuras completamente modificadas.

Un estudio, aunque ligero, del grano del trigo, dará a comprender bien el fundamento de estas razones.

El grano del trigo se divide en tres partes: *almendra*, *embrión* y *cubiertas*. La almendra está formada por *almidón* y *gluten*, y las cubiertas son de dos clases: las externas, leñosas, y las internas, más finas, que a su vez se hallan constituídas por tres capas, de las cuales la más interna es la de mayor valor nutritivo, pues contiene *aleurona*, sustancia alimenticia de primer orden, y además fermentos y sales minerales que la hacen una de las partes más importantes del trigo, y de la cual se prescinde en absoluto para la fabricación del pan blanco.

Las envolturas externas representan el 15 % del peso del trigo, y las internas, en unión del embrión, el 10 %.

De lo expuesto se deduce claramente que al convertir en harina el trigo, solamente debemos prescindir, para elaborar el pan, de la parte que corresponde a la cubierta leñosa (afrecho), con lo cual fabricaremos un pan no tan sólo más nutritivo y más digerible que el del gluten y almidón (pan blanco), sino que se realizará un beneficio al aprovechar mejor la harina, ya que, utilizándola completa, se aprovecha del 80 al 85 % del peso total del grano de trigo.

El pan completo sería, pues, la solución simultánea de los problemas científico, higiénico y económico.

De Santa Fe

LEHMANN. — Niños de las escuelas locales y el público que acudió a la plaza, a oír el Himno Nacional, cantado por aquéllos, en la mañana del 25 de mayo.



BIBLIOGRAFÍA

«Filogenia», por Florentino Ameghino. Edición de La Cultura Argentina.

«Dietario sentimental», versos, por Emilio Carrere. — «De un mundo a otro», por Alberto Insúa. Biblioteca Renacimiento. — «Memorias del general Paz». Biblioteca Ayacucho. — «La República Norteamericana», por Bryce. Edición España Moderna. — «La Raza de Caín», por Carlos Reyles. Editor: Paul Ollendorff. Rep.: Agencia Gral. de Librería y Publicaciones.

«La guerra del Paraguay», por el doctor Rebaudi. Editor: Julio Suárez.

«La Partida», «La hija de la esclava» y «Un deseo cumplido», cuentos, por Ada M. Elflein. Biblioteca Infantil Argentina.

«La cuna de Monteagudo», por Carlos J. Salas.

«La hora del Ticiano», poesía, por J. de I. Núñez y Domínguez. México.

«La entrevista de Guayaquil», por Ernesto Even, J. M. Goenaga, B. Mitre y C. A. Villanueva. Editorial América.

«Flora bonairiensis», clave para la determinación de las familias y de los géneros de las plantas, por el doctor Hans Seckt.

«Verbeum». Revista de Filosofía y Letras. Año XII, números 41 y 42.

«Paisajes sentimentales», por Enrique Lefebre. Puerto Rico.

EPIGRAMAS

Un docto escribió un soneto
En *Nueva Literatura;*
Tan limado, tan completo
Que era *todo limadura.*

Por mí, pienso que es mejor
No rebuscar neologismos.
¡Que entienda tanto el lector
Como los autores mismos!

TORIBIO E. ORTIZ.

Hasta cuando se pelea
Es avaro Juan Lechuza;
Le dais cuatro bofetadas
Y no devuelve ninguna.

U. SEGARRA BALMASEDA.

A un cliente, un mal letrado:
— No haya—le dijo—cuidado,
Que yo le defenderé.
—¿Y quién—prorrumpió el cuitado
Me defenderá de usted?

CONSTANTINO LLOMBART.

Con enojo literario
Quise responder a un bestia,
Tan pesado como necio;
Y por hablarle en su lengua,
Probé a rebuznar; no supe,
Y le dejé sin respuesta.

F. G. SALAS.

Yo bien quisiera saber,
Y lo digo sin malicia,
¿Por qué, al oir *¡la justicia!*
Todo el mundo echa a correr?

DANIEL ORTIZ.

En cierta reunión decía
Un banquero millonario:
— Los niños listos concluyen
Por ser hombres mentecatos.
Y replicó con viveza
Un escritor afamado:
— Pues no hay duda, señor mío:
¡Usted de niño fué un sabio!

TOMÁS CAMACHO.

— Si te has llegado a casar,
Logrando al fin realizar
Todos tus sueños de amor,
Para ser feliz, Melchor,
¿Qué te hace falta?—¡Enviudar!

LIBORIO PORSET

Guarda sólo Soledad
Un secreto: el de su edad.

* * *

— Si vas a Madrid, Pascual,
Al teatro irás. — No tal,
Porque yo no estoy por eso;
Pero en cambio iré al Congreso.
— ¿Con que al Congreso? es igual.

VICENTE RUBIO.

Haz bien; pero mira a quién,
Pese al antiguo refrán,
Que si no lo miras bien
En coces te pagarán
Más de cien.

LUIS DE VAL.

Hurtado, a su amigo Antón
Tres mil duros ha robado.
¡No digo nada, si *Hurtado*
Llega a llamarse *Ladrón!*

ALEJANDRO NIETO.

PNEUMÁTICOS

DUNLOP

EL

DESGASTE

MÍNIMO

LA

ECONOMÍA

MÁXIMA

NUEVO DOMICILIO

VIAMONTE, 1299

U. T., 6301, JUNCAL

Festejos patrios en el interior





AZUL. — Las autoridades civiles y militares, dirigiéndose a la iglesia parroquial, donde se celebró el solemne Tedéum, con motivo del aniversario de Mayo. — El batallón 2 de ingenieros, desfilando ante el edificio de la municipalidad, desde cuyos balcones las autoridades presenciaron el desfile realizado con gran brillantez.



BAHIA BLANCA. — El intendente municipal y la comitiva, al incorporarse a la manifestación que llevaron a cabo los estudiantes.



BAHIA BLANCA. — Desfile de alumnos pertenecientes a las escuelas públicas, por las calles principales de la ciudad, en la mañana del 25 de mayo.



BAHIA BLANCA. — Durante la ejecución del Himno Nacional, en la plaza Rivadavia.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES
Teléfonos: Dirección: Unión, 598 (Avenida) Administración: Unión, 2316 (Avenida)
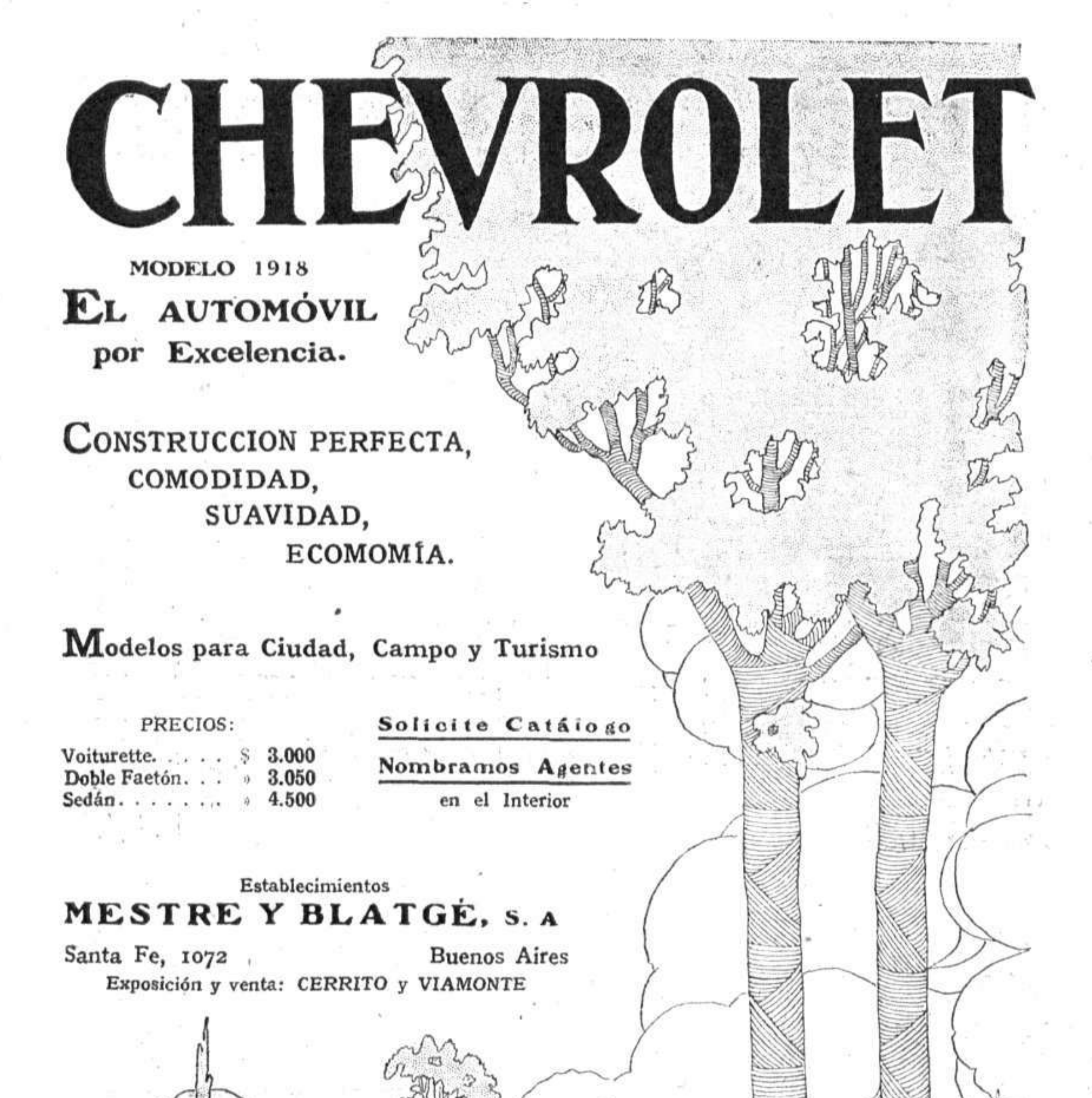
PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado	40 »	Número atrasado	50 »		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente. — En todas las oficinas de los «Mensajeros de la Capital», se anotan subscripciones y se venden ejemplares. — EL ADMINISTRADOR.

Cuadro alegórico «El lenguaje del abanico», representado por niñitas de la localidad, en la fiesta realizada en el teatro «Español», por el colegio nacional, celebrando el Aniversario Patrio.

El doctor Martín Dedeu, director del Instituto Politécnico, rodeado de sus alumnos, después de celebrada la fiesta en el teatro «Español», con motivo de las fiestas mayas, en cuyo acto pronunció un elocuente discurso patriótico.


CHEVROLET
MODELO 1918
EL AUTOMÓVIL
por Excelencia.
CONSTRUCCION PERFECTA,
COMODIDAD,
SUAVIDAD,
ECOMOMÍA.
Modelos para Ciudad, Campo y Turismo
PRECIOS:
Voiturette. . . . . . $ 3.000
Doble Faetón. . . » 3.050
Sedán. . . . . » 4.500
Solicite Catálogo
Nombramos Agentes
en el Interior
Establecimientos
MESTRE Y BLATGÉ, S. A
Santa Fe, 1072
Buenos Aires
Exposición y venta: CERRITO y VIAMONTE

Los últimos modelos de la moda parisién



Precioso traje de casa, bordado, corpiño de muselina de seda negra, túnica del mismo género, blanca, tableada, con bordados en seda, sobre pollera de liberty negro.



Elegante vestido estilo japonés, de sarga azul marino, bocamangas y cuello en «tussor» azul viejo y bordados del mismo tono.

Traje «tailleur», de sarga azul marino, con chaleco de punto Jersey, de seda amarilla, rayado en azul, cuello vuelca sobre la chaqueta, ceñida con cinturón de cuero, con hebilla de níquel. Pollera con faldón sobrepuesto.



Vistoso tapado de punto «Jersey», de seda «Manón», guarnecido de moletón «Manón», con originales rayas blancas.



Sencillo y elegante traje estilo sastre, de punto «Jersey» de seda negra, chaleco y vistas en lana blanca, a la otomana, chaqueta recta, con cinturón de lo mismo.



Traje de tarde, chaqueta en satín negro, vistas en «gabardina» negras y blancas, lo mismo que la pollera.

CUIDE SUS DIENTES



Cuide sus dientes con el rey de los dentífricos, Dentol.

El **Dentol** (agua, pasta o polvo) es un dentífrico a la vez sumamente antiséptico y dotado del más agradable de los perfumes.

Creado a base de los trabajos de Pasteur, destruye todos los malos microbios de la boca; impide también y cura las caries en los dientes, así como las inflamaciones de las encías y garganta.

En pocos días da a los dientes una blancura deslumbrante y destruye el tártaro.

Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente.

Aplicado puro, con algodón, calma instantáneamente los dolores de muelas más violentos.

El **Dentol** se encuentra en todas las casas de importancia, en donde se venda perfumería y en las boticas.

Depósito general: **Maison FRERE, 19, rue Jacob, Paris.**

El **DENTOL** es un producto francés.

SIN CANAS

El **Vegetal Canary**, es una composición de hierbas, descubiertas en el Sud de Tenerife (Canary Islands), que al propio tiempo que borra las canas, dejando el cabello sedoso y del color exacto al natural, quita la caspa a las pocas aplicaciones; limpia y tonifica la cabellera. Muchas personas se teñirían el cabello si supieran con exactitud que no les daña; otra de las dificultades es conseguir que el color quede todo igual; hay algunas cabezas teñidas que parecen un arco iris por la diversidad de colores que les quedan. El **Vegetal Canary** iguala los cabellos, dándoles el color rubio, pero todo rubio, castaño o negro. Tono natural. Invitamos con preferencia a las personas que estén cansadas de usar tinturas sin resultado, a que ensayen con esta substancia, convencidos de que cada uno será un cliente agradecido. En venta:

The Toilet Products Parlor,

URUGUAY, 46. BUENOS AIRES

Pesos, **3.50.** Encomienda, 50 centavos.

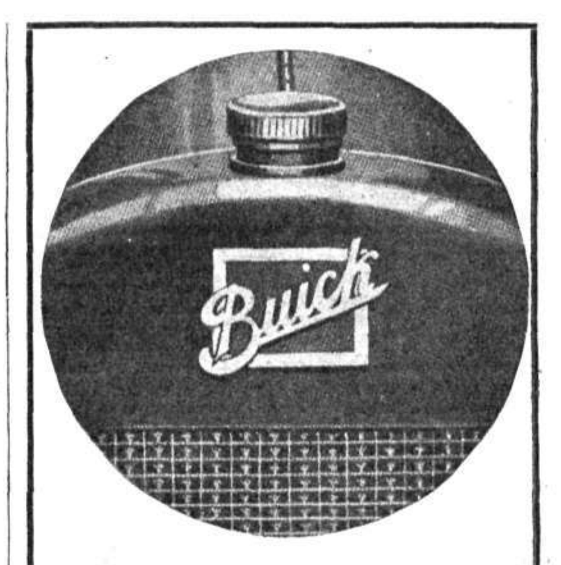
"Casa BUSTAMANTE"

NO TIENE SUCURSAL

(Productos Andinos). Fundada en 1897. — Yerbas **Medicinales contra tos, malas digestiones, reumatismo, etc., etc.** — Catálogo gratis.

PERFECTO P. BUSTAMANTE

Arenales, 2301. U. T., 6491, Juncal. **Buenos Aires**



La Marca de Automóviles de Superior Calidad.

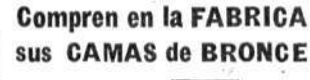
ECONOMIA - FUERZA - DURACION

SEIS Y CUATRO CILINDROS

60, 45 y 35 HP.

CALLAO, 451 H. C. EHLERT B. AIRES

INDUSTRIA ARGENTINA





El sistema de armar nuestras camas, patentado por el Superior Gobierno Nacional número 10730, ha dado excelente resultado.

JOSELEVICH Hnos. y Cía.

SARMIENTO, 2570 - Buenos Aires



CONSERVE SU CUTIS

Cuide de no ponerse en la cara polvos que contengan ingredientes nocivos y tenga presente que los fabricantes de la famosa crema **Oatine**, preparan con la misma base científica unos polvos que llenan todos los requisitos del tocador y que además son de intachable pureza.

USELOS SIEMPRE

POLVOS Oatine

DE VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

El petróleo o aceite de piedra

Como la nafta natural de la que se diferencia por contener asfalto disuelto en proporciones muy variables, así como otras materias extrañas que le impurifican, el petróleo es un cuerpo que se halla dentro de la categoría de los productos combustibles de origen mineral.

Es un líquido espeso, más o menos flúido, su peso específico es 0,8 siendo, por lo tanto, más ligero que el agua, muy inflamable, en contacto de un cuerpo que arda, su vapor puede encenderse, dando entonces llama azulada sin dejar el menor residuo fijo.

Su análisis inmediato puede dar en 100 partes 20 de nafta clara, cuyo peso es de 0,79, 50 de otra nafta más espesa; 5 de alquitrán o pisafalto y una de carbono libre.

Es en realidad una variedad de la nafta, por cuanto el petróleo se destila de este cuerpo, y además un producto bituminoso dotado de cierta volatilidad, idéntico al asfalto y de ahí viene el clasificar al petróleo en la clase de los betunes naturales.

¿Cómo ha podido formarse esta substancia que no es sino una mezcla de muy diversos carburos de petróleo?

El asunto tiene grandísimo interés y hállase ligado al problema de la síntesis del petróleo; el espacio de que podemos disponer es muy restringido para que de ello, aún sin descender a detalles, podamos dar más que una somera idea.

Las doctrinas emitidas acerca del origen del petróleo pueden clasificarse en dos grupos, que se refieren a su procedencia *orgánica* o *mineral:* Hitchkock le considera orgánico producto de vegetales y animales; Hunt precisa también que los petróleos son meros resultados de descomposiciones y transformaciones de materias orgánicas llevadas a cabo en el interior de las aguas donde se depositan sedimentos de naturaleza cretácea sobre todo, sufriendo cambios análogos a los de las hullas grasas; fundándose en que el análisis químico determina una serie de productos que varían, por grados insensibles, desde la antracita hasta el petróleo.

Davy, Cloez, Berthelot, explican por su parte el origen de este combustible, por acciones puramente químicas reproductibles en los laboratorios, donde sin gran trabajo pueden obtenerse petróleos, descomponiendo el vapor del agua por fundición de hierro rica en carbono, o en la sencilla preparación del hidrógeno por medio del hierro carburado, el agua y ácido sulfúrico, sin precisar para nada de restos de organismos, por donde es bien adecuado el nombre de *petróleo* que significa *aceite de piedra.*

Aun cuando el petróleo se halla repartido abundantemente por todo el globo terráqueo, encontrándose en muy diversas formas y varios terrenos, no en todas partes es beneficiable, y puede decirse que las grandes explotaciones son tan sólo las de los Estados Unidos, el Canadá y Méjico, en América, el Cáucaso y Galitzia, en Europa. Siguen en importancia los yacimientos de la República Argentina, los cuales tal vez superan en riqueza a todos los conocidos. Los de la costa del Mar Caspio, en los Apeninos; la Isla de Cuba, donde se encuentra una nafta muy pura, y en la península Ibérica, aunque en escasas proporciones.

Dice el padre Sahagun, religioso español del siglo XVII, que en el mercado de la ciudad de Méjico se vendía *chapuputli* y *chapopote* que se recogía principalmente en la laguna Famatina y en otras localidades del Estado de Veracruz, y en el istmo de Tehuantepée.

El vocablo *Chapopote* se deriva de las dos voces árticas *Tsauc* engrudo, liga, y *popochtli*, perfume, y se emplea en Méjico para nombrar los residuos del petróleo y también como sinónimo de asfalto y del mismo petróleo. Los indios lo usaban para preparar hachones y barnices. En las ruinas de Yucatán se ven argamasas preparadas con petróleo.

Lo empleaban también los indígenas americanos, para preservar las maderas que cubrían de *chapopote* y con este mismo producto calafateaban sus canoas. Como se ve, por lo antedicho, el uso del petróleo es antiquísimo en nuestro continente, siendo muchas y varias las aplicaciones que de él se hacían así como de sus derivados, y puede afirmarse, en consecuencia, que los americanos han sido los primeros en aprovechar esta fuente natural de riqueza.

DR. MAK.


Nº 49
60
Nº 50
Al precio único
e invariable de
$ 8.50
ZAPATOS
PARA SEÑORAS,
en potrillo charolado de clase muy fina.
Es el calzado que impone la moda y que la economía aconseja.
En elegancia, solidez, buen material, perfección de manufactura y modicidad de precio, estos zapatos de nuestra exclusividad, están fuera de toda competencia.
El precio único de $ 8.50, es por CUALQUIER MODELO A ELECCION
Casa Argentina Scherrer
161 Suipacha 185
BUENOS AIRES
El surtido comprende muchos otros modelos de la mayor elegancia.
A los pedidos del interior, agréguense 0,20 centavos para encomienda.
Soliciten nuestro Catálogo Especial de Calzado, Gratis.

Provincia de Buenos Aires



VILLA BALLESTER. — Autoridades locales, a la salida del solemne Tedéum, celebrado en ocasión del Aniversario de Mayo.



VILLA BALLESTER. — Niños de las escuelas del estado, oyendo los discursos, después de haber cantado el Himno Nacional.



SAN ISIDRO. — Vista parcial de la concurrencia a la fiesta patriótica, celebrada en la escuela número 2.



SAN ISIDRO. — Niñas del citado colegio, que ejecutaron el cuadro alegórico «Las lavanderas», en dicha fiesta.



TRES ARROYOS. — Alumnos de las escuelas públicas, cantando el Himno Patrio en la plaza de la localidad.



MAGDALENA. — Fiesta escolar, celebrada en la plaza Mitre, en ocasión de los festejos patrióticos.



LAS HERAS. — Los pequeños escolares y sus maestras, entonando la canción patria en la plaza principal.



PILAR. — Baile familiar dado por el centro recreativo «La Lira Argentina», efectuado en conmemoración de las Fiestas Mayas.

La enfermedad vence al más robusto!

Gota
Dolores
Reumatismos
Artritismo
Mala circulación
Enfermedades de la piel

Cuando la sangre viciada, cargada de desperdicios, de virus, de humores, arrastra todos esos elementos morbosos y los lleva a las venas, a las arterias ó a las articulaciones, aparecen las enfermedades indicadas aqui. Si no se efectúa, rápida y enérgicamente, la necesaria defensa para salvar el organismo atacado, la enfermedad vencerá en seguida a la personna más robusta. Por consiguiente, y sin dilación, hay que limpiar y purificar esa sangre, devolviéndole la riqueza que tenia. Asi, pues, hay que emprender inmediatamente la cura del

Depurativo Richelet

ese potente purificador y regenerador de la sangre, bajo cuya influencia, la sangre, limpia de impureza se transforma pronto en una sangre, rica, pura, y, en cierto modo, rejuvenecida.

Es indispensable, en concepto preventivo, efectuar, por lo menos, dos curas cado año

Llagas en las piernas
Varices — Flebitis

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS. — Pidase folleto gratis al Depósito General. — En Buenos Aires: Farmacia Franco Inglesa, 581, Sarmiento. — En Montevideo: J. J. Vallarino é Hijo, Sarandi, 422. — Laboratorio L. Richelet, de Sedán, 6, rue de Belfort, Bayonne (Francia).







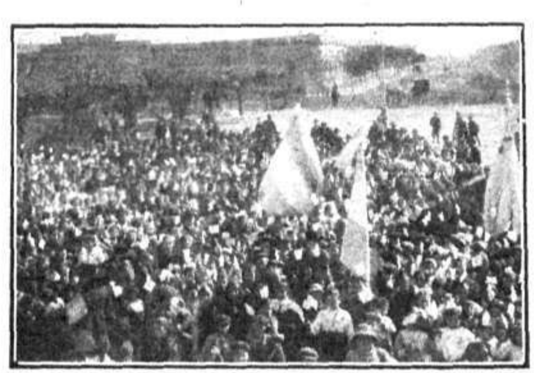
QUILMES. — Banquete ofrecido al jefe de la estación, señor Devecchia, por los empleados de su oficina, en demostración de simpatía.



BERNAL. — Grupos de boy-scouts y alumnos de las escuelas, con sus banderas, cantando el Himno Patrio en la plaza pública.



BANFIELD. — Niños de las «Escuelas y Patronatos», dirigiéndose a la fiesta campestre con que se les obsequió, festejando el Aniversario de Mayo.



NUEVE DE JULIO. — En la mañana del 25 de Mayo, los niños de las escuelas cantando, en la plaza General Belgrano, el Himno Nacional.

1802 — 1916

Atención: Operación de Máquinas Para Detonación Eléctrica de Varias Cargas de Explosivos.

Las Máquinas de Explosión

DU PONT

Aumentan La Eficiencia de Los Explosivos

Con la explosión eléctrica de varias cargas de explosivos a la vez, se removerá mayor cantidad de material, se disminuirá el número de explosivos necesario y se reducirá considerablemente el peligro de accidentes a los trabajadores y perjuicos a la propiedad.

Las Máquinas Du Pont de Explosión son una necesidad para las explosiones eléctricas. La sencillez de su diseño, firmeza, operación perfecta y su facilidad para transportarse han hecho que estas máquinas de explosión sean populares en las canteras, trabajos mineros y construcciones en general.

Su capacidad es de una a 150 cápsulas de cobre para explosión eléctrica y se fabrican en cinco tamaños.

Para aumentar la eficiencia de los explosivos, reducir el gasto de éstos y la mano de obra, y disminuir el peligro de accidentes, use Ud. las Máquinas Du Pont de explosión.

Para precios, descripción y capacidad de cada tamaño, consúltese a nuestra representante local:

Agentes: VENGE & Cía. - Buenos Aires

E. I. du Pont de Nemours & Co.

Los más Grandes Fabricantes de Explosivos en el Mundo

Oficina Principal de Exportación:
New York, N. Y., E. U. A.
Casa Matriz: Wilmington, Del., E. U. A.

Detonator

Máquina de Explosión

DU PONT (5)



METRITIS

y los dolores en el período, se curan radicalmente con el

"ESPECIFICO SCHEIDS"

Frasco: $ 2.80 m/n.

EN LA FALTA DEL PERÍODO, tómese **"AMENORROL"** éxito seguro!

Frasco: $ 3.— m/n.

Droguería Gibson, DEFENSA, 192 y buenas farmacias

Clisés usados

Se venden todos los clisés usados en "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra".

Dirigirse a la Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires.



— No apriete tanto, que soy su amigo.
— ¿Amigo mío? ¿De cuándo?
— De siempre. ¿Qué harían ustedes los agentes, si no fuera por nosotros? Tendrían ustedes que trabajar para vivir.

El Oil Creek (río de aceite). — Una de las maravillas más portentosas de los Estados Unidos es, sin duda, el valle que ha recibido, con sobra de razón, el nombre de Oil Creek y cuyos manantiales de petróleo alimentan hace ya 50 años al mundo entero con sus productos.

Conductos subterráneos lo llevan a Búfalo, Chicago, Filadelfia, de donde se transporta a Europa.

Es un verdadero mar subterráneo de petróleo, situado apenas a 70 metros de profundidad. Para extraerlo se cava un pozo ordinariamente cuadrado de 1 metro y ½ de lado y se sostienen sus paredes por medio de tablas; introdúcense en seguida los tubos de un cuerpo de bomba y se sacan a veces 100 toneladas de aceite en 24 horas.

En la noche el aspecto del valle es encantador; por todas partes surge una multitud de verdaderos picos de gas, formados simplemente con un tubo que se planta en el suelo a mediana profundidad, y cuyo extremo superior se enciende. Y así resulta una iluminación en medio de la cual se agita el sombrío hormiguero de los trabajadores.

Las fuentes de petróleo parecen, sin embargo, agotarse poco a poco y a pesar de la perforación de nuevos pozos; el petróleo americano encuentra hoy en Europa la amenazadora competencia del petróleo ruso de Bakú.

Bacalao de Terranova. — Todos los habitantes de la isla, casi sin excepción, se dedican a la pesca del bacalao y viven a lo largo de las costas en cabañas de madera y caseríos escondidos en el dédalo de sus fiordos.

La estación principal de los pescadores es el Gran Banco situado al sudeste de la isla, el cual por su templada temperatura atrae mucho bacalao en la época de desovar.

La pesca se verifica en los meses de abril, mayo y junio y da ocupación a 50.000 pescadores (ingleses, franceses, americanos), que arrebatan al mar más de 100 millones de kilogramos de pescado, obteniendo un producto de 50 millones de francos.



— ¡Qué guerra ésta!
— ¡Tremenda! Siete bailes de la Cruz Roja en una semana...



La joya fatal

Romance de intrigas y peligros

EPISODIO V. — ANTE EL SUPLICIO

(Continuación)

Tomás Carleton pudo al fin apoderarse del revólver e iba a hacer fuego sobre su adversario, cuando Ricardo Carslake, gracias a un ligero movimiento que sorprendió al joven periodista, le arrebató el arma, y fué llevándolo con furiosas acometidas hasta el borde del abismo al cual había caído Perla Standish. La desesperación del bandido se hallaba acrecentada y sus ímpetus de fiera dominaron totalmente las fuerzas debilitadas del valeroso muchacho.

No tardó mucho en desprenderse de él, lanzándolo de un golpe al vacío. Carleton cayó en la alcantarilla, y Carslake, aprovechando los segundos, ocultándose en las sombras de las galerías subterráneas, huía de Chinatown.

Fué horrible la impresión que recibió Carleton al caer en las frías aguas, después de aquel pugilato enardecedor; pero su robusta complexión se impuso aún al debilitamiento de sus fuerzas.

La impetuosa corriente de los desagües conducía los cuerpos de los desgraciados jóvenes hacia la salida de la alcantarilla.

Carleton no supuso, al hallarse en tan cruel situación, que la señorita Standish hubiera corrido el mismo riesgo; por el contrario, deseaba llegar cuanto antes al gran canal a fin de salvarla de las garras del malvado ex secretario de míster Standish.

Al final de la alcantarilla, donde los últimos rayos del sol de aquel precioso día, coloreaban con múltiples tonos las turbias aguas del canal de desagüe, distinguió Carleton, un cuerpo que se agitaba impotente. ¿Quién podía ser el desdichado que le cayera en suerte su misma angustiosa situación?

Comprendió que aquella desconocida víctima hallábase a punto de sucumbir a merced del olaje arremolinado que le imposibilitaba nadar y ganar la orilla opuesta a los muelles.

¿Cómo pudo caer en la alcantarilla si nadie, a excepción de Perla, encontró él en aquel lóbrego pasaje subterráneo? Desgraciadamente, ¿no sería la señorita Standish, quien así iba a perder la vida?, — pensaba el repórter del «Diario de New York», maldiciendo a los pillastres de Chinatown que eran los temibles secuaces de Ricardo Carslake.

— ¡Socorro! ¡Socorro!, — gritó Perla, — al sentirse extenuada.

Carleton reconoció inmediatamente aquella voz, y rápido, nadando vigorosamente, pretendió ganar la distancia que lo separaba de Perla. Mas la corriente llevaba a ésta fuera del canal, hacia el río, y si no ocurría una circunstancia providencial, la riquísima heredera norteamericana se perdería irremisiblemente, ya que nadie entonces podría socorrerla.

Una vez en el gran canal, Carleton pudo imponerse un poco al dominio del líquido elemento, y no cejaba en sus intenciones de llegar junto a la niña para tentar un último esfuerzo salvador.

Nadie había visto a los desdichados jóvenes, y, por consiguiente, el salvataje resultaba harto peligroso, pues los colosales bloques de piedra que formaban los muelles se encontraban a más de seis metros de altura de la misma marea.

La corriente llevó a Perla hasta el río donde pudo aferrarse a una prominencia de hierro que se destacaba de entre las piedras, y allí se quedó aunque el vaivén del agua la hacía destrozarse las manos. No luchaba más porque su extenuación la derrotaba y además se resignó a morir allí, donde acaso alguno oyera sus gritos o divisara su cuerpo. Se detuvo justamente en el atracadero de los «ferryboats», en la mitad del espacio de los rieles. A lo lejos veíase llegar un «ferryboat», completamente cargado, que se dirigía a empalmar sus rieles con los del murallón. Perla lo vió y su sensibilidad no se inquietó, resignada como lo estaba a morir.

Carleton, divisando otra vez a Perla, se apresuró a llegar junto a ella; pero la niña comprendiendo el peligro en que se encontraba, pues la terrible mole, al chocar contra el murallón trituraría sus huesos, gritóle desesperada:

— ¡No, señor Carleton, ahí viene un «ferryboat»! ¡Estoy resignada a morir! ¡Sálvese usted! ¡Sálvese usted!

— ¡Señorita, confíe en mí! ¡No malgaste sus últimas energías en gritar! ¡Vive Dios, no han de triunfar los designios de los truhanes: la salvaré aunque pierda en ello mi vida!

Carleton logró acercarse a la joven, y la ayudaba a ponerse en salvo del pesado barco, cuando éste se acercaba más y más...

La fatalidad quería hacerles morir allí.

A pesar de los esfuerzos que hacían ambos por salvar la distancia en que se hallaban colocados los rieles, no lo conseguían. Las fuertes oleadas los llevaban y traían como débiles juguetes, sosteniéndolos en aquel mismo lugar.

Recién Tomás perdió su acostumbrada serenidad y se supuso derrotado ante lo fatal de lo inexorable. ¿Qué podrían hacer ellos, contra los poderosos elementos que intervenían para sus males?

— No se desespere, señorita, ya nos verán desde a bordo del «ferryboat», y podrán detener la marcha del buque. Gritaré con todas mis fuerzas para que se alarmen, — exclamó Carleton: — ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

El «ferryboat» se acercaba cada vez más, y sin variar de rumbo; se conocía que nadie oía los gritos de Carleton.

— ¡Socorro! ¡Socorro!

De pronto, a bordo una mujer se desmaya y es atendida por los pasajeros que se encontraban a su lado. Había visto a los jóvenes náufragos, y comprendiendo todo el peligro que les amenazaba perdió el conocimiento. Este accidente alarmó a los pasajeros que, prestando atención, oyeron los gritos de Carleton y pudieron así dirigir sus miradas hacia el lugar donde se hallaban los jóvenes.

Poco tardó después en llegar el grito de alarma hasta el capitán del «ferryboat», el que se apresuró a dar instrucciones al maquinista para que maniobrara con energía a fin de detener la marcha.

Detener la marcha resultó imposible y desviar al buque era una locura, por cuanto se estrellaría contra la parte más estrecha del murallón del gran canal y ocasionaría una verdadera catástrofe. ¿Qué hacer en semejante instante trágico? Aquellos jóvenes se hallaban perdidos, condenados a la más espantosa de las muertes.

Ante la alarma que el desmayo de aquella buena mujer produjo a bordo del «ferryboat», los curiosos que se encontraban en el dique de atraque, pudieron también reconocer la verdadera causa de aquel horrible pánico.

Varios marineros se apresuraron a tirarle a los náufragos unos salvavidas, que éstos recogen prontamente. Los salvavidas se hallaban atados por gruesos cables, por los cuales los bravos marineros empezaron a tirar fuertemente para levantar los cuerpos de Perla y Tomás. Mientras tanto el «ferryboat» se hallaba a punto de chocar con el murallón que le servía de atraque para el empalme de los rieles...

Faltaban unos segundos...

Perla y Carleton, horrorizados, con los ojos que se les salían de sus órbitas, veían llegar ligera la inmensa mole. Un sudor frío corría por sus cuerpos extenuados. Ambos temblaban y sus labios no articulaban una sola frase. ¡No se salvarían de aquella sentencia de lo inexorable!

En el preciso instante en que el «ferryboat» chocaba, produciendo un sordo estrépito, los marineros consiguieron hacer llegar al muelle los cuerpos de Perla y Carleton. Por una casualidad milagrosa se habían salvado.

Una abigarrada multitud de curiosos rodearon a los náufragos. Los jóvenes no quisieron dar a la policía ni a nadie, los detalles que les fueron solicitados, y sin detenerse mucho para reponer sus fuerzas exhaustas, subieron a un automóvil, el que partió veloz rumbo a la mansión de la señorita Standish.

Ya en el automóvil, Perla interrogó a su compañero de peligro:

—Mi buen amigo Carleton, ¿qué puedo hacer yo, para demostrar a usted mi más sincero reconocimiento ante sus proezas? Le debo a usted por repetidas veces la vida.

—Señorita Standish, ello nada significa, cumplo simplemente con el más elemental de los deberes humanitarios...

—Es usted un héroe. Pero, ¿por qué desprecia su vida?...

Carleton, visiblemente emocionado, nada respondió, aunque su corazón contestaba con fuertes palpitaciones a aquella pregunta dicha por simple curiosidad por Perla, y que para él representaba la revelación de un secreto que habría de morir con él.

—¡Vale tan poco mi vida!, —repuso Perla, mientras su mente se nublaba por una repentina tristeza.

Carleton iba a responderle pero se contuvo. Se hallaba extremadamente nervioso.

—Pues bien, señor Carleton, ¿qué puedo hacer yo para demostrarle mi reconocimiento?, —repitió la niña con emoción sentida.

Carleton dudó por un segundo y después agregó con resolución:

—¿Su reconocimiento?... Señorita... ¿para demostrarme su reconocimiento?

—¡Ah, sí!, —dijo Perla con viva curiosidad.

—Desconfiando del señor Nicolás Knox.

Perla se mostró en su máxima incredulidad.

—¿Por qué debo desconfiar del señor Knox?

—Se lo ruego, señorita, desconfíe de él. Es para su bien que se lo suplico.

Ante las insistencias de Tomás, la niña resolvió simular a Nicolás Knox un amor extremadamente loco, con el objeto de sonsacar al enigmático joven, que jamás le refirió los misterios que significaban el anillo y el diamante del Dios Violeta del Daroon.

Llegados a la mansión de Perla, Carleton se despidió de la niña, ofreciéndose para ser llamado cuando ella pudiera necesitarlo. Poco después la heredera de míster Standish, descansaba en su mullido lecho, de las peripecias pasadas en el tenebroso antro existente en Chinatown.

Sus reflexiones no despejaban las incógnitas que afluían a su cerebro, por todos los inexplicables hechos acontecidos y en los que, sin comprender bien el origen y las razones de su intervención, se veía estrechamente vinculada, tanto que jugaba uno de los roles principales.

¿Qué resolvería la posesión del tan afanosamente buscado anillo del Dios Violeta del Daroon? ¿Por qué motivos Nicolás Knox no la informaba del significado de ese enigmático asunto?

¿La ignorancia de estos detalles le sería prudente o peligrosa? Ella quería saberlo todo, completamente todo, y no descansaría ni renunciaría a ello, pese a lo que ocurriera más tarde. En verdad, fué su padre quien adquirió el famoso diamante violeta, y ella debía haberlo heredado, así que le pertenecía y lo ambicionaba, aunque después lo entregara a la Alta Sacerdotisa de la maldita secta, para librar a Knox, del castigo a que estaba condenado.

Algunas horas más tarde, Perla recibió la visita de Nicolás Knox. Se hallaban los jóvenes en la sala, cuando a la niña se le ocurrió poner en práctica el plan que le hiciera concebir las palabras de Tomás Carleton, al pedirle desconfiara de Knox.

Por primera vez en su vida, la señorita Standish veíase obligada a fingir sentimientos amorosos hacia un hombre que en el terreno de la pasión nada decía a su espíritu.

Una mujer de mayor experiencia no hubiera tenido que violentarse lo más mínimo al emprender ese juego. La coquetería, esa coquetería interesada, mediante la cual el talento femenino se propone conseguir la obtención de un fin que no sea el de hacerse amable ingenuamente, le era completamente desconocida a Perla Standish. Durante su vida de niña millonaria y romántica, sólo había tenido ocasión de hablar con los muchachos de sus relaciones. Unos pequeños y discretos flirteos, inocentemente comenzados por parte de ella, he aquí toda la historia pasional de la valerosa Perla.

Sin embargo, tenía todas las condiciones requeridas para triunfar en las lides amorosas: su divina figura de mujer norteamericana podía ponerse como modelo de todas las excelencias que la mezcla de sangres proporciona al bello sexo en ese inmenso laboratorio de selección donde se depuran y perfeccionan el espíritu y la forma humanos.

Los ojos de Perla fascinaban sin que ella pusiese en ello intención alguna; su sonrisa, flor de la flor de sus labios, era un halago y una caricia, y su voz, de timbre claro y melódico, atraía el cariño de los hombres. Añádase a esto el poderío armónico de su escultural cuerpo y la seducción de un espíritu pleno de bondad, y podemos formar idea de lo mucho que la señorita Standish confiaba, instintivamente, en las fuerzas con que la naturaleza habíala dotado.

Por eso Perla Standish tenía entera confianza en el triunfo que conseguiría al fingir un amor apasionado, por medio del cual llegase a arrancar a Nicolás Knox el misterio atrayente del diamante violeta, que de tal modo intrigaba su curiosa fantasía femenina.

Inmediatamente inició el ataque:

—Amigo Knox, tiene usted que serme franco.

—Procuraré serlo, señorita, —respondió Knox, —sin comprender a lo que podría referirse la niña, en su pregunta, y para cuya contestación requería la mayor franqueza.

—Su pasión por la Alta Sacerdotisa es heroica... Llega usted hasta el sacrificio por ella... Esa mujer, además de su rango prominente, de las inmensas riquezas que debe atesorar en su país natal, ha encontrado algo que no se puede adquirir con todo el oro del mundo. Comprendo, amigo Knox, el secreto del encanto que le une a la Alta Sacerdotisa...

—No la comprendo a usted..., —interrumpió Knox a quien intrigaba aquel extraño modo de hablar.

—Sí, usted me comprende; pero es que usted hace de todo un misterio, —prosiguió Perla, dirigiendo a su interlocutor la más insinuante de las sonrisas. —No querrá hacerme creer que usted se encuentra ligado a la Orden de un dios que no es el dios de sus padres, por una causa que nada tiene que ver con el amor. Yo comprendo su historia: usted conoció a la sacerdotisa y quedó prendado de su hermosura, sin acordarse de los millones del Dios Violeta del Daroon. Usted es

un aventurero de amor y no un aventurero vulgar...

Knox no contestó, limitándose a sonreir.

—No me dirá que no existe... Yo hasta creía que era su esposa... porque... fácil es adivinar su delirante cariño por ella...

Knox, riéndose de buenas ganas, dijo:

—No la quiero; la odio. No me casaré jamás.

—¿Ello es posible?, —repuso Perla simulando profundo amor. —No lo creo.

—Pues... es verdad; le repito señorita: no me casaré nunca.

—Ni con una niña linda... y... tan rica como... ¿cómo yo?, —balbuceó Perla afectando emoción.

Knox ni la miró siquiera. Su mirada ahora no tenía reflejos burlones, se detenía en el vacío, entretenida, mientras su pensamiento marchaba lejos...

—¡Ni con usted, señorita Standish! —agregó con impasible rigidez.

Perla comprendió que había perdido su primera batalla en aquella lucha de fingimientos. Aunque su propósito no afectaba su corazón, es necesario confesar que esta derrota le molestó bastante, tanto porque le alejaba del ansiado misterio como porque estas heridas del amor propio son dolorosas para las almas femeninas. Mas no lo daba todo por perdido. Solamente podia considerarse la lucha aplazada para otra ocasión en que Perla tomaria el desquite.

En ese estado de la conversación, apareció un criado para anunciar a una señorita que pedia permiso para hablar con Knox.

—Señorita Standish, ¿si usted permite que la atienda aquí?...

—¡Oh, cómo no! Dejo a usted dueño de mi casa, —respondió Perla.

Al llegar la tía Matea, quien sentía profundo fastidio por Nicolás Knox, Perla se retiró con ella hasta una alcoba inmediata. Tía Matea rezongaba malhumorada, porque desde la aparición del joven, su sobrina no había tenido un instante de reposo y ella de sosiego.

Knox hizo pasar a la desconocida que le deseaba hablar. Era ésta, más bien delgada, alta de estatura, y vestía impecable traje «tailleur». Al presentarse ante Nicolás, después de los saludos de práctica, díjole:

—Señor, vengo a verle por el anuncio que usted ha publicado en los diarios. —Diciendo esto, sacó un diario que dió a Knox, y que decía:

«Buena gratificación a la persona que informe sobre el paradero de Ricardo Carslake. N. K., 510 West, 86 th. Capital.»

—Está muy bien, —respondió Knox, una vez que se hubo fijado en el anuncio.

—Yo fuí primero a su domicilio, pero allí me dijeron que encontraría a usted en esta casa, y por ello he venido a molestarlo..., —se disculpó la desconocida.

—¿Usted sabe acaso el paradero de Ricardo Carslake? —díjole el joven.

—Sí, señor. No recurro ante usted por la gratificación que ofrece, sino por servirle. Suponía que a usted le hubiera hecho algún mal ese pillastre.

—No puedo responderle, —díjole Knox.

—Ese hombre me engañó. Es un vil, un cobarde... ¡Ah, si pudiera vengarme! —exclamaba furiosa la desconocida visitante.

—Acaso pueda ayudarla; pero, ¿dónde vive Carslake? —agregó de mal talante.

—En Wáshington Mews, número 20, —dijo en alta voz la señorita.

Perla, que en ese momento entraba en la sala, pudo oir claramente esta dirección.

—Bueno, señorita; estoy dispuesto a acompañarla ahora mismo, si usted lo desea. ¡Quiero entrevistarme con ese canalla!

—Yo estoy dispuesta a vengarme de él, —repuso la desconocida en tono enérgico.

Se iba a retirar Knox de la mansión, cuando se le acercó Perla, preguntándole:

—Señor Knox, ¿a dónde va usted?

—No se preocupe, Perla; me voy a dar un paseo. No me siento bien...

Knox y la desconocida se despidieron de la niña y se retiraron de la casa. Perla quedó sumamente disgustada, y recordó en seguida las advertencias de Carleton. ¿Tenía razón el joven repórter? ¿Habría que desconfiar de Nicolás Knox?

Perla se decidió a seguir a Knox, a donde fuera, y le pidió a la tía Matea llamara inmediatamente a Tomás Carleton, para que éste la esperara, cerca de Wáshington Mews, número 20. Hacia allí se dirigió en su automóvil, sin hacer caso de las advertencias juiciosas que le hiciera la tía Matea.

—

Knox y la desconocida pidieron al primer agente que encontraron, los acompañase para arrestar a un ladrón. El vigilante aceptó el pedido de auxilio y con la pareja subió a un automóvil para dirigirse a la casa de Carslake.

Una vez que llegaron a ella, descendieron rápidamente del vehículo, y la desconocida abrió la puerta de calle con una llave que extrajo de su cartera, y uno tras otro entraron en la casa.

Knox y el vigilante marchaban en silencio, revólver en mano.

Mientras tanto, Carslake se hallaba frente a una ventana mirando despreocupadamente por entre los visillos. Lucía lujoso «robe de chambre», y conocíase que acababa de leer el diario que apretujaba en una de sus manos. ¿Esperaba a alguien?

Sin embargo, no distinguió en la calle a las personas que descendieron del taxi. Su semblante no tardó en cambiar de aspecto, al retirarse de la habitación.

No bien Carslake saliera de ella, entraron precipitadamente Knox, la desconocida y el vigilante. Fué la mujer que los acompañaba quien tocó uno de los resortes secretos de la pared para que se abriera una de las trampas y pudieran ocultarse los que habrían de acechar al pillo.

—Entre usted, señor Knox, —díjole la desconocida, mientras lo empujaba hacia la entrada de la trampa. —Desde aquí observaremos, por una pequeña abertura, cuanto suceda en la habitación, y fácil nos resultará entonces lanzarnos a prender al delincuente.

—Convenido, —dijeron resueltos Knox y el vigilante, entrando en el hueco que como una alcoba quedaba practicado en la pared al abrirse la trampa.

Así lo hicieron, y la puerta de la trampa volvió a cerrarse herméticamente.

No tardó en regresar Ricardo Carslake; y se disponía a continuar la interrumpida lectura, cuando se abrió silenciosamente la puerta disimulada en el muro.

Hicieron irrupción en la habitación los tres personajes que conocemos. Carslake permanecía tranquilo, leyendo.

—¡Arriba las manos! —exclamó Knox.

El pillo no se inquietó mucho y luego sonrió sarcásticamente.

—¡No se enfurezca, señor Knox, no es para tanto! Con tranquilidad arreglaremos todas sus cuentas.

—¿Cómo mis cuentas? —dijo asombrado por la actitud de Carslake; pero al darse vuelta comprendió que había caído en una nueva celada. La desconocida y el vigilante se reían muy de buenas ganas.

—¡Arriba las manos! —volvió a ordenar el joven.

Esta vez el vigilante le apuntaba, resuelto a todo. A Knox, de la sorpresa, se le cayó el arma con la que intimidara a Carslake. La desconocida y cómplice del bandido, cumpliendo una orden de éste, revisaba a Knox buscando entre sus ropas el anillo del Dios Violeta.

Sucedía esta escena en el escritorio de Ricardo Carslake, en Washington Mews, número 20; mientras en la calle, Perla Standish y Tomás Carleton, que se habían encontrado pocos momentos antes, procuraban entrar sin ser vistos a los interiores de la casa. Desde uno de los corredores de la misma, Perla vió en una de las grandes ventanas del primer piso, la silueta de una mujer que echaba sus brazos al cuello de Knox.

Creyendo que la desconocida abrazaba al joven sectario del Dios Violeta del Daroon, Perla y Tomás se iban a retirar; pero pronto se dieron cuenta que allí arriba Knox sostenía una lucha entre varios sujetos.

—Ha caído en una emboscada. Corramos a socorrerlo, —exclamó Perla, invitando al joven repórter a que la acompañara.

Ambos se dirigieron corriendo hacia el escritorio del primer piso. De un golpe, Tomás rompió el cristal de la ventana, y entraron los salvadores de Knox, justamente cuando Carslake, lleno de alegría, colocaba el diamante violeta en el anillo.

Se produjo una espantosa batalla de la cual resultaron heridos el falso vigilante y la desconocida mujer.

Knox pudo, en una de las alternativas de la pelea, arrebatar de manos de Carslake el anillo y el diamante que tan afanosamente buscara. Tomás y Perla consiguieron encerrar a los tres pillos en la trampa, cuyo funcionamiento les indicara Nicolás.

Al retirarse del escritorio, dijo Knox:

—Si éste es realmente el diamante violeta, usted, señorita Standish, me ha hecho un favor que nunca podré pagarle.

—Sí, señor Knox, puede pagármelo, —contestó Perla aprovechando la ocasión; —dígame el secreto del diamante violeta.

Habían llegado a la calle. Knox, ante las pretensiones de la niña vaciló, y de repente saludándolos ligeramente, echó a correr veloz hacia un automóvil que a cierta distancia de ellos se hallaba detenido con la portezuela abierta. Desde él, la Alta Sacerdotisa le había hecho señas para que se acercara.

Cuando Perla y Tomás volvieron de la sorpresa, el automóvil había desaparecido.

—¡Esto es ya una burla insoportable! —protestó Perla furiosa. —Sea o no sea peligroso, seguiré a Knox a donde quiera que vaya. He de saber el misterio que rodea a esa joya fatal.

—Como usted lo ordene, —arguyó Tomás, que se hallaba igualmente picado por la curiosidad de descifrar los secretos que envolvían a aquel asunto tan intrincado como peligroso.

Perla y Tomás suben al auto que aún los aguardaba y se dirigen hacia el templo del Dios Violeta del Daroon.

——

Entretanto, Carslake, que con sus cómplices había podido romper la puerta secreta de la trampa, salía con precipitación para perseguir a los jóvenes que le habían arrebatado esta vez el legítimo diamante violeta. Al llegar a la puerta de calle sólo distinguió al automóvil de Perla, que, como un débil puntito negro, se perdía en lontananza entre el denso humo que descargaba la válvula de escape, y la polvareda que levantaban otros vehículos, en la carretera del campo libre, manchada de rojizas pinceladas por un sol radiante que parecía chisporroteaba fuego...

——

El automóvil de Perla se detuvo en la entrada del templo. La valiente niña, a pesar de las protestas y de las súplicas del generoso Carleton, entró sola al abominable antro religioso.

Para que el lector se dé cuenta exacta del desarrollo de estos episodios basados en hechos que tienen más de reales que de imaginarios, para que comprenda como una niña en las condiciones de la señorita Standish se ve arrastrada imperiosamente por el descubrimiento de un misterio, haremos algunas reflexiones acerca del carácter de la gentil protagonista y de la influencia que sobre su ávido espíritu ejercía la extraña joya.

Hay almas a quienes no puede satisfacer en modo alguno los prosaísmos de la vida cotidiana.

Perla, habituada desde niña a conseguir sus propósitos a la primera insinuación que hiciese a su benévolo padre, se veía de pronto por un azar de la suerte mezclada en aquella exótica aventura.

Un sport más emocionante que cualesquiera otros, más peligroso, pero un sport al fin. Esto es lo que la señorita Standish encontraba en aquel incidente, tal vez decisivo de su existencia.

Aparte de esto, ella, que tantas y tan valiosas joyas poseía, no hubiera cambiado el diamante violeta del Dios del Daroon por la más enorme piedra preciosa.

El brillo polícromo que a través de la entonación violácea del diamante hería los ojos, presentaba caracteres de misterioso hipnotismo. No en balde aquella piedra había estado engarzada en la órbita de un dios.

Quizás la magia poderosa del ignoto oriente, comunicara raro poder al diamante. Además, la joya fatal perteneció a su amado padre; era entonces una joya de familia. Y también la vida de Nicolás Knox estaba pendiente del hallazgo.

Por misterio, por cariño y por filantropía, era necesario arriesgar los mayores peligros.

Se resignaba Tomás a aguardar tranquilamente la salida de la señorita Standish, cuando vió que se acercaba otro automóvil. Rápido fué a ocultarse detrás del coche que lo había traído. Tuvo una feliz idea al prevenirse, pues no tardó en ver a Carslake en las proximidades del templo asiático. El ex secretario de míster Standish los había seguido en un taxi que por casualidad acertó a pasar por frente de su casa.

——

Sigamos a Perla una vez que había penetrado en el templo. El hermano-portero se le adelantó para prohibirle el paso a la alcoba donde se celebraban los ritos de los ídolos menores.

—¿A dónde se dirige la señorita?

—¡Quiero ver a la sacerdotisa; necesito hablarla con urgencia, ahora mismo!

—Es imposible; la Alta Sacerdotisa está en el sagrado recinto y no podemos interrumpirla en sus oraciones.

—¿Que no la veré?... —repuso lo más enfadada Perla, dándole un empujón al árabe y penetrando resuelta en el interior del segundo aposento. Allí la detiene otro que tampoco puede con el impulso de sus iras, y Perla, viendo que una puerta que supuso daría acceso al sagrado recinto no estaba tampoco cerrada con llave, de un empellón la abrió y penetró resuelta. Así fué llegando hasta la cámara sagrada, donde halló a la Alta Sacerdotisa en compañía de Nicolás Knox y otros árabes principales de la secta.

Bien se conocía que éstos celebraban un importante concilio, pues se sorprendieron enormemente al ver aparecer a la señorita Perla Standish.

Con gran enfado, Perla reconvino a Knox por haberla dejado en forma tan poco caballeresca después que ella se molestara en prestarle oportuno socorro en Wáshington Mews, número 20.

—Señor Knox, se ha portado usted lo más groseramente conmigo. Sus acciones desdicen su pretendida caballerosidad. En muchas ocasiones he arriesgado mi propia vida por la suya, y como no reconoce usted los méritos que tienen los sacrificios de una niña como yo, entrégueme el diamante violeta, ahora mismo, o refiérame el secreto que hace enigmático el asunto del anillo del Dios Violeta del Daroon.

Perla extendió con resolución una de sus manos para que Nicolás le diera la joya; pero la sacerdotisa, fuera de sí, respondió:

—¡Mis mejores fieles, arrojen a esa niña a la calle! Sepa, señorita Standish, que el diamante y el anillo son de propiedad exclusiva del supremo Dios Violeta del Daroon! ¡Guay de quien ose arrebatárnoslo nuevamente!

—El diamante lo compró mi padre y a buen precio, así que me pertenece. Lo cederé siempre que se me informe del secreto que él oculta, —arguyó Perla con provocación.

Los árabes se movían impacientes sin poder contener la cólera que crispaba sus nervios. Un murmullo de protesta cundió por la vasta sala.

—¡Guay de quien ose arrebatárnoslo nuevamente!—repitió con ira la sacerdotisa.

Perla, con acelerado movimiento y sin hacer caso a la religiosa, le arrebató a Knox el diamante auténtico.

Los árabes pretendieron echársele encima para obligarla a devolver la simbólica piedra; mas Perla fué ligera y no se dejó atrapar por ninguno de los bárbaros. Pudo llegar a un ventanal régiamente decorado con «vitreaux», y, desde allí, echando la joya en uno de los muchos floreros que había en el altar inmediato, les dijo a todos con imperativo gesto:

—¡Si alguno se acerca hasta mí, arrojo el florero por la ventana! ¡Lo juro!

Mientras profería su amenaza, sus brazos mantenían en alto el jarrón. Ninguno de los árabes se movió. Sólo Knox, persuadido de que la actitud de la niña no sería sino un ardid, se le acercó resuelto.

Cumpliendo su amenaza, Perla arrojó el florero a la calle, rompiendo los cristales del ventanal.

La casualidad obra muchas veces en la vida dañando nuestros intereses. Y así fué como esta vez intervino en perjuicio de la señorita Standish y de la Orden del Dios Violeta.

Coincidió fatalmente la resolución tomada por la niña con la oportuna presencia de Ricardo Carslake en las inmediaciones del templo asiático.

El pillo se hallaba buscando una puerta secreta para

introducirse en el sagrado recinto, cuando a sus mismos pies se estrelló con estrépito el jarrón arrojado por Perla.

Carslake no se explicaba lo ocurrido. ¿Se le había lanzado ese objeto a modo de proyectil? ¿Cómo le podían ver sus enemigos? No atinó a suponer nada, porque en seguida sus vivísimos ojos se posaron en algo que despedía extraños reflejos... ¿Tanta suerte le deparaba su destino? ¿Era lo que veían sus ojos el diamante violeta? ¿No soñaba?

Efectivamente, su nervuda mano recogía la auténtica piedra que momentos antes le fuera arrebatada por aquellos tres jóvenes, sus decididos y encarnizados enemigos.

Tomás Carleton, que, *oculto tras del automóvil de* Perla, seguía atento hasta los menores movimientos del afortunado pillastre, se lanzó resuelto a agredirlo creyendo fuera la caída del florero la señal con que Perla indicábale su entrada en acción.

Carslake, al ver venir a Tomás, guardó el diamante en el bolsillo de su chaleco, y esperó tranquilo la acometida del muchacho. No tardaron en irse a las manos; pero en esta ocasión con marcada desventaja para el joven periodista, que fué derribado sin conocimiento sobre una carretilla de albañil, la que seguramente habían dejado en ese sitio unos obreros que trabajaban en las refacciones del templo.

Carslake, después de dejarlo fuera de combate, corrió calle abajo en procura de un automóvil.

En el sagrado recinto, los sectarios que con gruesas cuerdas habían atado de pies y manos a Perla, la conducían a la cámara de tortura. La Alta Sacerdotisa no podía dejar de satisfacer la sed vengadora que ardía enfurecida en los pechos de aquella recua de canallas que la adoraba con misticismo salvaje, sanguinario.

En la cámara de tortura se hacían los preparativos para cumplir estrictamente la sentencia a que se condenara a la heredera de míster Standish.

La intrépida niña fué suspendida, por los pies, de una cuerda que corría en la garrucha enclavada en el techo, y en esa torturante posición se la dejó cuando la Alta Sacerdotisa díjoles a los verdugos:

— Está bien. Esa es la altura que conviene.

La garrucha cesó de chirriar al no correr la cuerda que apretaba los pies de Perla.

*Sorprendía a los bárbaros seguidores del dios asiá*tico, el estoicismo de aquella niña rubia que no exhalaba ni una queja. Knox palidecía de emoción, y la sacerdotisa se demostraba en el colmo de la insensibilidad. ¡Con qué impasibilidad resistía tamaña crueldad humana!

— ¡Traigan inmediatamente el recipiente del aceite sagrado! — ordenó la religiosa.

Los verdugos obedecieron. Un gran tanque montado sobre unas ruedas, apareció ante los ojos atónitos de Knox y de Perla. Los árabes lo condujeron hasta que quedó debajo del cuerpo de la desdichada víctima, que se desvanece horrorizada.

— ¡Ahora, desciendan poco a poco el cuerpo de la señorita! — exclamó sonriente la Alta Sacerdotisa.

Los verdugos dejaban deslizar despacio, por entre sus callosas manos, la cuerda que, al pasar por la chirriante garrucha, hacía descender al cuerpo de Perla...



Episodio VI. — **FÓRMULA MORTÍFERA**

Ricardo Carslake, — después de apoderarse del diamante auténtico que recogiera de entre los vidrios rotos, y de haber conseguido desmayar a Carleton, — pudo al fin encontrar un automóvil de alquiler al que *subió estando en movimiento,* indicándole al chauffeur lo condujese a veloz carrera hacia un determinado sitio de New York. Había corrido calle abajo, desesperadamente, en busca de un taxi, porque le seguían a poca distancia tres corpulentos sectarios de la Orden del Dios Violeta del Daroon. Estos, salieron del templo cuando Perla arrojaba por la ventana el florero que se estrelló luego ante los mismos pies de Carslake, y que, — como se sabe, — contenía la legítima piedra recuperada por Nicolás Knox.

La persecución no cesó al tomar el truhán el automóvil, puesto que los árabes consiguieron subir después que él, y luchaban por abrir la portezuela. Logrado este propósito, pretendían además hacer descender al ocupante del vehículo; Carslake, poniendo en práctica sus admirables golpes de boxeo, fué derribándolos de uno a uno.

Los iracundos asiáticos quedaban tendidos en la calzada, y el automóvil se dirigía aumentando la marcha, hacia el centro de la populosa New York.

Era indudable que la suerte acompañaba al astuto ex secretario del banquero Standish.

¿A dónde se dirigiría ahora?

El vapor del aceite hirviendo ascendía desde el tanque en espesa y asfixiante columna, cubriendo el suspendido cuerpo de Perla.

Knox, había tenido un noble arranque, y ante la complacencia de los compañeros de la Orden por el atroz suplicio que estaba padeciendo la hermosa niña, *impuso sus* protestas.

— ¿Por qué ha de pagar esta señorita con su vida, el justo derivado de mi poca caballerosidad? Yo he tenido la culpa de todo. Sea ella perdonada. ¡Venerable sacerdotisa, imploro su gracia en favor de quien ha salvado mi vida arriesgando la suya, tantas y tantas veces!, — exclamaba Knox, enajenado de dolor.

— ¡No hay clemencia para quienes se burlan de nuestro divino Dios Violeta! — respondió impasible la Alta Sacerdotisa.

— ¡Qué no la haya para los traidores! ¡Qué muera! ¡Muerte a los traidores!, — gritaron enloquecidos los árabes.

— ¡Cobardes! ¡Maldición a los cobardes!, — vociferó Nicolás, palideciendo de ira.

— ¡Hijos del Dios Violeta, encierren a Nicolás Knox!, — ordenó la sacerdotisa.

Fueron muchos los que se abalanzaron sobre el joven, para llevarle fuera de la cámara de los tormentos. A pesar de la resistencia que opuso, Knox fué conducido al recinto sagrado, donde debía aguardar el cumplimiento de la monstruosa sentencia.

La Alta Sacerdotisa, mientras tanto, presenciaba sonriente aquella lenta ejecución. Había sido pedida por los miembros de la secta en holocausto al ídolo violeta, y nadie sino la voluntad suprema del dios llegaría a detenerla.

¿Podría esperarse de aquella irrisoria divinidad un milagro?

Perla recobró el conocimiento y a la vista del indescriptible cuan espantoso tormento, no pudo resignarse a una quietud imposible, a un estoicismo loco, absurdo, y prorrumpió en gritos, demandando socorro. Su cuerpo sacudíase en el espasmo del terror, hiriendo los músculos aprisionados por las gruesas cuerdas.

Al más impío, al más ruín, hubiera conmovido la brutal escena, ese asesinato alevoso; pero a los circunstantes todo aquello, hasta las convulsiones agónicas de Perla, parecíales digno, honorífico, porque la vida de Perla Standish era un sacrificio placentero para el Dios Violeta del Daroon.

— ¡Socorro! ¡Socorro!, — gritaba casi enloquecida la inocente víctima.

— ¡Oh, sí, nuestro dios se regocijará! — exclamó uno

de los verdugos muy satisfecho al ver sufrir a Perla.
Mientras tanto la Alta Sacerdotisa sonreíase orgullosa, triunfante...

——

Tomás Carleton volvía en sí cuando su compañera de penurias pedía socorro. Ante los gritos que lanzaba Perla, no pudo contenerse el joven repórter. Iría aunque fuese hasta el fondo de la tierra, descendería a los más insondables abismos, pero la salvación de la señorita la pedía su honor de caballero y también... ¿por qué no decirlo?, su corazón amante que sacrificaría toda la vida por ella... Cuanto más imperiosa imponíase al mismo amor su voluntad, — la dignidad del imposible, — más ternuras ansiaba el corazón. Y así la lucha gigantesca y torturante de la conciencia del hombre que se reconoce en inferior posición social, contra el amor mismo, inmenso, ilimitado que se sabe poderoso porque todo lo nivela sentimentalmente, se sostenía en el pecho de Tomás Carleton a cada hora. La imagen de aquella bendita criatura no se le borraba de la imaginación, y en sus oídos resonaba, como si dulcísimas voces lo cantaran, el nombre querido... Al recobrar el conocimiento y oír los gritos de la joven, corrió hacia el ventanal del templo. Con precaución pudo, debido a los cristales del «vitreau», que se rompieron con el golpe del florero, mirar al interior del sagrado recinto. Allí se hallaba presa de gran agitación, Nicolás Knox. No vió a nadie más; pero sus oídos recibían claramente los gritos de la señorita Standish.

No pudo contenerse, se hallaba extremadamente nervioso. ¿Por dónde se introduciría para correr en auxilio de Perla?

Decidido a todo como lo estaba, buscó con ansioso afán un lugar propicio.

Después de exacerbar el martirio que sufría la prisionera, la Alta Sacerdotisa y sus prosélitos salieron de la cámara de los tormentos. Una vez en la alcoba inmediata, dijo la sacerdotisa a los verdugos:

— Es preciso terminar el suplicio; la señorita puede morir antes de lo que suponemos y no se cumpliría el sacrificio que ofrendamos al supremo Dios Violeta. Traigan la jaula de plata y los ratones sagrados. Inmediatamente preparen las cosas. Temo que la americana no resista el tormento.

Dos árabes, haciendo el saludo de la Orden, salieron a cumplir el mandato que les regocijaba. En seguida regresaron trayendo, uno la gran jaula de plata, y el otro a dos tremendos ratones blancos.

La Alta Sacerdotisa se prosternó ante los animalitos, mientras sus prosélitos la imitaban con venerado respeto. Oíase en el templo, una música salvaje que crispaba los nervios. Era la oración de la agonía, entonada a coro por voces varoniles. El incienso inundaba las estancias, perfumándolo todo como si trasmitiera a las cosas un misticismo exótico o la realidad vaporosa de un sueño...

Armada la jaula de plata sobre un pedestal, se untó con una pasta dulce la soga que sujetaba aprisionado el cuerpo de la desdichada Perla. Esta soga, después de pasar por la garrucha de la cámara de los tormentos, por un conducto a propósito, venía a dar en la estancia inmediata, donde se le hizo pasar nuevamente por el interior de la jaula y se la sujetó en el pedestal que a ésta le servía de base.

La sacerdotisa, con gran ceremonial, hizo colocar a los ratones dentro de la jaula, los que, por hallarse muertos de hambre comenzaron rápidamente a devorar la soga. Roían ligero los blancos animalitos, incitados por el ayuno forzoso y por la dulzura de la untuosa pasta con que los árabes habían barnizado a la cuerda.

— A seguir devorando con tanta avidez, en pocos segundos más el cuerpo de Perla Standish caerá en el tanque del aceite hirviendo, — exclamó satisfecha la sacerdotisa.

Los sectarios y la sacerdotisa se retiraron solemnemente de la estancia. Custodiando la entrada a la cámara de los tormentos, quédose uno de los verdugos. En sus manos relucía enorme cuchillo.

La Alta Sacredotisa al pasar por el recinto sagrado para dirigirse al altar principal, donde la figura del Dios Violeta se destacaba imponente, al ver a Knox, díjole como para terminar y al comprender su insoportable estado de ánimo:

— ¡Nicolás Knox, su plazo expira y el diamante violeta todavía no ha sido recuperado! ¡Acuérdese: la muerte acecha sus pasos!

Nicolás no supo que contestar, se hallaba extenuado, arrepentido de todo. ¡Cómo ambicionaba recobrar su libertad perdida!

En circunstancias así, ni pensarlo siquiera. ¡La libertad! ¡Vivir con entera libertad! Por sus ansias de independencia le halagaba ese simplísimo vocablo; pero, al recordar que era prisionero a voluntad por su juramento de obediencia a aquella abominable Orden asiática, se conmovió. ¿Cuál sería su destino? ¡Oh, cómo lo entristecían los presagios que le asaltaron en los últimos días!

No quiso detenerse más y salió resueltamente del templo. Por todas partes veía la silueta de la señorita Standish. La imagen era blanca, confusamente blanca, cual si fuese una esfumadura que le seguía, agitándose en torno suyo. Mientras tanto los ratones blancos seguían devorando la soga. Muy poco quedaba de ella para que Perla cayera en el tanque del aceite hirviendo.

El verdugo contenía la respiración, fijándose atento en el rápido trabajo que realizaban los animalitos sagrados.

Ya no había tiempo para intentar la salvación de la niña. Uno de los roedores, con sus afilados incisivos cortó completamente la soga.

El verdugo quedó inmovilizado.

La sentencia de la secta estaba cumplida y el cuerpo de la desdichada Perla había caído sin duda alguna, al gran tanque de aceite...

No se oyó ni un solo quejido, ni siquiera el más débil rumor.

El árabe no pudo contenerse, y, empujando la puerta de la cámara de los tormentos, avanzó resuelto; quería presenciar la agonía de la señorita Standish, gozar del paroxismo del más espantoso de los tormentos... Los ojos del árabe brillaban como los de un beodo, y se deleitaban anticipándose al bárbaro espectáculo.

¡Oh, inconcebible realidad!

Perla Standish y Tomás Carleton se hallaban de pie, aguardándole.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo pudo Carleton arrebatar a la niña de las garras de la muerte?

Enfurecido, el verdugo, cuchillo en mano se abalanza sobre Tomás con deseos de ultimarlo a puñaladas. La lucha es breve y nadie oye nada.

Perla consigue intervenir oportunamente en defensa de su buen compañero, y entre los dos, levantando en alto al sanguinario prosélito, lo arrojaron sin titubear, al tanque que había sido destinado para recibir en sacrificio al Dios Violeta del Daroon, el cuerpo de la bella niña norteamericana.

Una vez más el arrojo del joven periodista obtenía como recompensa una sonrisa alentadora.

Se desarrollaban los acontecimientos, y el enigma del anillo, como el amor que anidara un corazón generoso, permanecía inexplicable...

——

Volvamos sobre la pista del ex secretario.

Repuesto de los contratiempos pasados, Carslake, elegantemente vestido, se presentó en casa del matrimonio Veneno. A estos personajes ya le conocemos por haber participado pocas horas antes en los sucesos que se desarrollaron en el escritorio del primero, en Wáshington Mews, número 20.

La sirvienta mulata que atendió a Carslake, cuando éste llamara a la puerta, le dijo:

— Señor, mis amos han salido hace un momento. Si quisiera usted verlos en seguida podría informarle a donde se dirigieron a almorzar...

— Sí, tengo urgencia en comunicarme con ellos, — contestó Carslake.

— Los señores están en el restaurant Inglaterra.

— Muy bien; muchas gracias.

Hacia ese restaurant se encaminó Carslake. Una vez que hubo llegado le preguntó a su camarero de confianza:

— Oye, ¿han llegado Veneno y Nela?

— No, señor; no los he visto. Yo creo que no demorarán mucho... Si el señor quiere esperarlos puede seguirme...

— Sí; les aguardaré, — respondió Carslake, dispuesto a seguir al mozo para que le designara estratégica ubicación.

En ese momento llegaba también al restaurant Inglaterra, el famoso detective Hanna, que desde hacía largo tiempo perseguía tenazmente a Ricardo Carslake,

sin que nunca se le presentara la oportunidad de darle alcance.

La detención del truhán le hubiera llenado de méritos, por cuanto era notoria la habilidad que ponía en juego Carslake para escapar sano y salvo de las manos de la policía. Hanna, a pesar de la astucia que empleaba para derrotarlo, jamás pudo echarle el guante. Y le seguía con toda tenacidad, pues la policía reclamaba la captura del aventurero a los efectos de las averiguaciones de ciertos crímenes que cometiera, y de los cuales jamás se supieran detalles. El prestigio de la repartición policial, y el del propio detective estaban en juego. Hacíase necesaria una rápida y eficaz investigación que pusiese en manos de los funcionarios policiales los hilos de aquel enmarañado y extraño asunto.

En su larga vida profesional, abundante en aventuras de todo género, nunca había encontrado el detective Hanna una pesquisa tan difícil.

La figura de Carslake era, sin duda alguna, la más interesante que el célebre detective había encontrado a su paso. Indudablemente, Carslake presentaba todos los rasgos que distinguen a esos criminales cuya audacia, presencia de ánimo y consumada pericia, llevan a cabo acciones inauditas, poniendo en tales odiosas empresas un talento que aplicado al bien daría grandes y benéficas consecuencias para la humanidad.

La lucha entre la policía neoyorquina y el bandido Carslake estaba, por lo tanto, empeñada. Hacía falta adquirir todas las pruebas necesarias para demostrar la criminalidad del elegante malhechor, y además, la de sus cómplices que lo ayudaban en la ejecución de sus planes.

Hanna suponía con su habitual acierto que los cómplices debían ser numerosos y admirablemente disciplinados. Aunque Hanna no conociese aún la existencia de los adeptos del Dios Violeta del Daroon, presentía que Carslake tenía enemigos tan disciplinados e innumerables como sus propios secuaces y que se hallaba empeñado en una empresa atrevidísima, en la que chocaban dos bandas de temible poder.

El detective era un digno representante de la policía neoyorquina. Es sabido, que esta admirable organización realiza a diario investigaciones que sobrepasan los límites de lo común. Por sus recursos múltiples, por la organización científica de sus procedimientos y la experta labor de sus detectives, deja muy atrás todo cuanto la fantasía de los novelistas del género, hayan podido inventar.

Al advertir la presencia de Carslake, Hanna decidió realizar todos los esfuerzos posibles para que esta vez no se le escapase la presa.

El bandido, que como supondrá el lector, siempre vivía en guardia, advirtió también a tiempo la llegada de su infatigable perseguidor, emprendiendo la fuga en cuanto halló la ocasión propicia.

Dadas las fuerzas de ambos rivales, la correría que se inició en el restaurant, fué abundante en peripecias imprevistas.

Carslake, además de sus propósitos de fuga, tenía otra acción que llevar a cabo: esconder en lugar seguro aquel diamante cuya posesión después de costarle tan ímprobos trabajos lograra recuperar de un modo fácil, cuando la señorita Standish lo arrojó a la calle dentro del florero.

Antes que perderlo nuevamente y esta vez en manos de la policía que no iba a dejárselo arrebatar tan fácilmente, Carslake lo hubiera arriesgado todo. Se encontraba por lo tanto, en un angustioso dilema: perder la piedra preciosa y la libertad al mismo tiempo o poner a buen recaudo el diamante, costara lo que costase.

Consiguió esto último, aprovechando para ello la ventaja que supo sacar a su perseguidor el detective Hanna.

El modo como pudo encontrar un medio salvador da idea de la rapidez de su inventiva. Con mirada certera dió instantáneamente, con el sitio propicio para ocultar la joya. En un reboque del muro tras del cual se ocultaba en este momento de la persecución, depositó cuidadosamente el diamante del Dios Violeta de Daroon. Y no era ésta una labor fácil, pues como se verá más adelante, el escondrijo debía reunir condiciones de gran seguridad unidas a que no fuese imposible el que una tercera persona comisionada por el bandido lo encontrase en tiempo oportuno y con pocas indicaciones. Aquel pedacito de reboque suelto, estaba, por lo tanto, admirablemente elegido.

Al poco rato, Hanna y los que le ayudaban en la captura del malhechor, dieron con el sitio donde estaba Carslake oculto. Este, sin presentar resistencia, se entregó a la autoridad.

Había conseguido, en parte, sus propósitos.

Aquella noche Nicolás Knox aguardaba en su casa el fatal momento en que iba a cumplirse el mandato de muerte de la sacerdotisa. Para él la iluminada noche de New York tenía todas las angustias y toda la obscuridad de una prisión subterránea. Bajo la luz que espléndidamente iluminaba la habitación, padecía el tormento que trae la presencia oculta de un peligro del que no se puede huir y que amenaza desde la sombra.

Oía las risas del New York noctámbulo que con alegría descansaba de las diarias tareas. Y este gozo de toda una ciudad venía a aumentar su martirio, formando un contraste violento.

Velozmente expiraba el plazo para el condenado por la venganza que en nombre de un dios salvaje se atrevía a imponer sus fueros sanguinarios, en medio de una urbe civilizada.

Nicolás Knox iba a morir al término de aquellos tres días que no supo ni quiso aprovechar. Primero empleó en la tarea de cumplir el juramento prestado a la sacerdotisa, todo el vigor y toda la voluntad de su fuerte alma. En aquellos instantes no reparó en los medios empleados; hubiera sido capaz de todo con tal de apoderarse del diamante del Dios Violeta.

Pero una figura bellísima de mujer tercamente empeñada por capricho de niña aburrida, vino a ponerse entre él y el objeto de sus trabajos. Si Perla Standish llegó a inspirarle amor, sería un secreto más que Knox llevaría a la tumba.

Lo indudable era que la abnegación de Perla, quien le había salvado la vida en varios trances y la presencia de los tormentos que ella había sufrido con verdadero estoicismo, llenaron el corazón de Knox de una piedad infinita.

Nicolás Knox iba a morir cuando menos merecía la muerte.

Entre sus manos oprimía convulsivamente la esquela que le fué enviada por la Alta Sacerdotisa.

Por centésima vez volvió a leer aquellos renglones: «Usted ha fallado en sus esfuerzos para recobrar el diamante violeta. Esta noche morirá. No trate de huir, ni llame a la policía, pues bien sabe que todo es inútil.»

Knox tiene el pleno convencimiento de que todo esfuerzo que realice para escapar de la implacable venganza del dios asiático, será vano. Pero, sin embargo, su ansia de vivir acrece a medida que disminuye el tiempo, y de pronto vuelve a aparecérsele la gentil figura de la señorita Standish.

Tal vez ella, la niña valiente y bondadosa, pudiese salvar al pobre Knox.

Y nerviosamente escribe a la joven una súplica: «He sabido que usted se ha salvado, y doy gracias a Dios por ello. Pero aquella gente ha jurado matarme a mí esta noche, y temo que le será muy fácil, a menos que usted pudiera ampararme. Usted, que me auxilió en otras ocasiones, ayúdeme ahora, y le diré el secreto del diamante violeta. — *Nicolás Knox.*»

Un mensajero llevó a Perla la carta del desdichado Knox. La señorita Standish leyóla con honda emoción. Su buen corazón no la dejó dudar ni un momento. Era necesario hacer algo en favor del sentenciado a muerte, y pensó en seguida en reclamar la ayuda de Tomás Carleton, a quien telefoneó, dándole cita en un lugar próximo a la casa de Knox.

Recurría al simpático periodista, porque no dudaba de que aquella infame secta asiática iba a cumplir estrictamente sus promesas.

Nicolás Knox sería asesinado cobardemente si no le prestaban oportuno auxilio los decididos jóvenes que en otras ocasiones lo acompañaron en las hazañas por él realizadas para recuperar la joya fatal, cuya pertenencia Ricardo Carslake defendía con ahinco y singular astucia.

Por tener esa seguridad espantosa, Perla no dudó en exponerse nuevamente a las iras de la Alta Sacerdotisa.

¿La existencia del joven sectario podía ser tronchada impunemente por los designios bárbaros y tan crueles de una pandilla de granujas?

Era evidente que la Orden del Dios Violeta del Daroon no reconocía los esfuerzos del desdichado Knox, y por la ineficacia de su acción iba resuelta a ultimarlo.

Las horas transcurrían veloces...

La señorita Perla Standish y su audaz salvador, el repórter Carleton, ¿llegarían a tiempo para evitar el cumplimiento de la venganza del irrisorio Dios Violeta?

El corazón de la heredera de míster Standish palpitaba agitadamente.

Entretanto había llegado a su destino.

Carleton se hallaba en la redacción de su diario cuando recibió el aviso telefónico, y entre las bromas de sus alegres compañeros, salió para el sitio indicado por Perla.

Apresurábase en llegar, porque sabía que la niña lo aguardaría impaciente.

Cada vez más aquellos misteriosos acontecimientos infundían a su espíritu, ávido de emociones fuertes, la certeza del triunfo final. Si bien es cierto que era poco lo que conocía del enigma del diamante violeta, su portentosa imaginación brindábale motivos novelescos que no estaban por cierto muy distantes de la verdad de los hechos.

Cuanto pudo referirle la señorita Perla Standish, acerca de lo ocurrido antes de su eficaz intervención en el asunto, lo entusiasmaba más en sus pretensiones de escribir para el «Diario de New York», al cual pertenecía, el folletín aquel, prometido al redactor-jefe.

Además, la pasión que le inspirara Perla, lo privaba de su libertad, y a ella hallábase sujeto en cuerpo y alma...

Verdaderamente ese amor imposible lo seducía y eran vanos sus esfuerzos para reprimir el generoso sentimiento rebosante en su pecho.

Por primera vez, aquel carácter resoluto e indómito fué vencido, y quedó a merced de la graciosa criatura.

El taxi en el que viajaba corría vertiginoso por las calles de la populosa capital norteamericana; pero a Carleton le pareció que iba despacio, demasiado lentamente, y protestóle al experto conductor.

Muchos vehículos deteníanse ante el paso de aquel automóvil que violaba las ordenanzas municipales. Los agentes cuidadores del tráfico no consiguieron detenerlo, por más que se empeñaron.

Por fin llegó Tomás al lugar en que fuera citado por la joven.

Perla lo esperaba a poca distancia de su lujoso automóvil.

— ¿Qué ocurre, señorita Standish?

— ¡Es horrible! ¡Horrible! La secta del Dios Violeta del Daroon va a matar hoy, esta noche, al infeliz Knox. Tenemos que evitar ese crimen inaudito a todo trance y cueste lo que cueste. ¿Se halla usted dispuesto a acompañarme, señor Carleton? — dijo la niña.

— ¡Ni preguntármelo siquiera, señorita! Seguiré a usted a donde quiera que vaya. Corramos. Ahora los minutos son preciosos... — respondió con resuelta entereza el renombrado repórter.

Desde allí se dirigieron, en el auto de ésta, al domicilio de Nicolás.

Mientras tanto, la venganza del Dios Violeta del Daroon estaba a punto de caer sobre la cabeza del infortunado Knox.

Una numerosa banda de fanáticos árabes, emprendía, con una audacia increíble, el asalto de la morada del sentenciado.

Al tratar de oponerse a la invasión, la cocinera fué asaltada y envuelta en ligaduras. Dos árabes entran por una ventana; otros cuantos llaman a la puerta, y al acudir el sirviente, los dos anteriores le atacan y lo atan también.

Ya expedito el paso, la sacerdotisa y los demás fanáticos hacen irrupción en la sala donde se encuentra la víctima, y le rodean amenazadores.

Knox está perdido; ningún poder humano puede salvarle de la muerte.

Ha llegado el momento de cumplirse la sentencia. Esta convicción le anonada y cae desplomado, sin fuerzas, rindiéndose a su suerte, sobre un sillón.

Con voz temblorosa articula su última súplica, implorando a la sacerdotisa para que tenga piedad.

— ¡El único culpable, — dijo, — de que yo no haya podido cumplir mi juramento, es el infame de Carslake!

A él corresponde, pues, el fin que ustedes me quieren dar; Carslake es un granuja; yo he cumplido las órdenes que recibí de la comunidad. He llevado el auténtico diamante... Estando en su poder, Altísima Sacerdotisa, concédame un plazo más; estoy convencido de que lo rescataría... ¡Por piedad, concédame unos días!... ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir! — balbuceaba presa de intensa desesperación.

— Se ha cumplido el plazo fijado; ya nada hay que hacer en su favor! — contestó altivamente la interpelada.

— ¡Carslake! ¡Carslake tiene la culpa, es un miserable!... ¡Juro que podré, en breve plazo, obtener la sagrada piedra!... No me resigno a tan espantosa suerte. ¡Lo juro por la dignidad sagrada del Dios Violeta del Daroon! Traeré el diamante.

— Tú, has destruído en pocos días el trabajo que mi padre acumuló durante años y años de penosa labor — contestó con tono implacable la sacerdotisa. — ¡El, quería descubrir un gran secreto: la pólvora que quema a las personas y las cosas, sin dejar rastros! Un día, ¡oh, fieles creyentes del Dios Violeta del Daroon!, aquel sabio sacerdote vió coronado por el triunfo sus infatigables experimentos. ¡La pólvora sagrada, aquella que destruiría seres y cosas en holocausto de la divinidad, fué probada por mi padre en un negro esclavo a quien aniquiló para saber la eficacia del temible descubrimiento. ¡Quedaba lo más difícil: esconder el secreto a los ojos de los profanos! Mi padre grabó ciertas palabras en las paredes del templo del Dios Violeta. Ellas indican lo que es preciso hacer para encontrar la pólvora. ¡Antes de morir pidió a sus prosélitos que hiciesen sacerdotisa a su hija, y que no abrieran el testamento hasta un año después de muerto el anciano y sabio sacerdote! En ese documento, a cuya lectura también estuviste tú presente, Nicolás Knox, había escrito mi padre: « ¡Si quisieran saber donde se halla la fórmula para preparar la pólvora cuya explosión disuelve a los hombres y a las cosas, vayan al templo del dios y coloquen en el ojo izquierdo de la sagrada estatua el diamante violeta que se encuentra ahora incrustado en la órbita derecha! ¡Entonces, oh, creyentes amados del Dios Violeta del Daroon, hablará la pared! »

La Alta Sacerdotisa terminó su alocución.

La suerte de Nicolás Knox estaba decidida. Aquel discurso equivalía a una orden de ejecución.

Los bárbaros secuaces de la Orden, se arrojaron precipitadamente sobre el infeliz condenado, que no oponía resistencia alguna.

Por la ventana abierta de par en par, llegaba desde lejos el rumor de la vocinglería callejera.

El New York noctámbulo revivía...

Los rascacielos, profusamente iluminados, daban a la ciudad un aspecto singular, un tanto misterioso. Era una noche clara de luna llena, y ni una pálida nubecilla cruzaba el espacio.

Perla y Carleton habían llegado a tiempo para escuchar las palabras de la sacerdotisa, pero no para salvar al desgraciado.

Lograron fácilmente llegar hasta la puerta donde se realizaba la siniestra escena, pues todas las entradas de la casa estaban expeditas.

Por el agujero de la cerradura veían a Knox, a quien los forzudos árabes estaban ahorcando. Esta visión aterradora les decidió a violentar la puerta para acudir en socorro de la víctima. Estaban a punto de conseguir su generoso propósito, cuando cuatro árabes corpulentos, escondidos en el vestíbulo, se arrojaron sobre ellos, entablándose una desesperada lucha.

A pesar de la resistencia de los jóvenes, pronto fueron dominados y conducidos a la sala donde yacía muerto el pobre Knox.

La Alta Sacerdotisa, exclamó dirigiéndose a Perla y a Carleton:

— ¡Ya ven lo que les sucede a los que estorban los planes de la Sagrada Orden del Dios Violeta del Daroon! ¡Ahora les toca a ustedes!

(*Continuará.*)